



# HECHNERA

CLARA ANN SIMONS

# **Hechicera**



**Clara Ann Simons**

Hechicera

Clara Ann Simons

Copyright © 2021 por Clara Ann Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Registrada el 20/04/2021 con el número **21904207564**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraanssimons@gmail.com

<http://www.clarasimons.com>

Twitter: @claraanssimons1

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Diccionario Lengua Antigua – Lengua Común](#)

[Mapas](#)

[Otros libros de la autora](#)

# Capítulo 1

# ANA

Tras la oscuridad, abro los ojos y me veo rodeada de varios hombres de aspecto fiero, vestidos con extraños atuendos como si se hubiesen escapado de algún documental sobre la Edad Media. La cabeza me da vueltas y apenas soy capaz de mantener el equilibrio. Joder, si esto es un mal sueño sería un buen momento para despertarse.

Desenvainan grandes espadas con una rapidez sorprendente, profiriendo gritos amenazantes que apenas soy capaz de comprender hasta que otro hombre, mejor vestido que el resto y sentado en una gran silla de madera, indica levantando una mano que se detengan.

—¡Expílicate!—ordena con voz ronca el hombre que se sienta en la pesada silla.

Petrificada, permanezco en silencio por unos instantes, eligiendo bien mis palabras antes de contestar. Una tarea complicada porque ni yo misma sé lo que ha ocurrido, así que difícilmente puedo explicarlo de una manera mínimamente coherente.

—No creo poder explicar lo sucedido—respondo tímidamente mientras coloco detrás de mi oreja un rebelde mechón de pelo—caminaba por el bosque y no estoy segura de lo que ha pasado, pero creo que accidentalmente debí cruzar algún tipo de...

En ese momento detengo mi explicación. No solo es cierto que no sé lo que ha pasado, sino que si utilizo las palabras “portal a través del tiempo” estoy segura de que complicaré aún más las cosas.

Sin embargo, por más que mi mente se niegue a admitirlo, es la única explicación que encuentro, por disparatado que sea mi razonamiento. Me gustaría que no fuese así, quisiera pensar que sigo en algún tipo de sueño, aunque ya tardo mucho en despertarme y todo esto me parece demasiado real como para tratarse de una pesadilla.

Recuerdo la extraña puerta de piedra que había encontrado en el bosque entre la neblina, los inexplicables dibujos tallados en su arco que por algún motivo me resultaban familiares y, sobre todo, el sentimiento de asfixia al



cruzarla como si alguna fuerza extraña y muy poderosa estuviese estirando mi cuerpo. Y más tarde, el vacío hasta aparecer en este lugar.

Joder, ¡qué estupidez! Los portales a través del tiempo no existen, son solo un invento de las películas de Hollywood y de escritores locos.

—¿Dónde estoy?—pregunto aturdida mientras mi cabeza sigue buscando en vano alguna explicación que pueda resultar mínimamente lógica.

Los hombres que me rodean se miran unos a otros extrañados y la sensación de pánico crece por momentos en mi corazón al escuchar sus fuertes risas. Mi mente empieza a contemplar con mayor detenimiento la posibilidad de haber cruzado realmente un portal temporal a pesar de mis vanos intentos por descartar esa teoría. En ese caso, habría aparecido de improviso en el medio de aquella enorme habitación como por arte de magia.

—¿He cruzado esa puerta?—pregunto con un hilo de voz señalando una pesada puerta de madera y forja que se encuentra a mi derecha, provocando una nueva carcajada en aquellos soldados.

—No, has aparecido de repente frente a ella—contesta el hombre que se sienta en la gran silla de madera que por momentos parece estar divirtiéndose a mi costa.

Abro la boca un par de veces para decir algo, pero las palabras se me escapan y todo lo que puedo hacer es quedarme mirando a ese hombre que se acaricia la barba negra mientras me mira entre curioso y entretenido.

—¿Por qué vistes esos extraños ropajes?—pregunta el hombre de pronto rompiendo el incómodo silencio—pareces proceder de tierras distantes.

Observo mi ropa; desde luego, mis pantalones vaqueros y la camiseta negra no parecen encajar muy bien con las prendas que visten esas personas, y las zapatillas de deporte menos aún. Al menos, el hombre de la silla ha pedido a los demás que envainen las enormes espadas, con lo que no parece que me consideren una amenaza y eso ayuda a que me tranquilice un poco.

—Pareces confusa—exclama el hombre de la pesada silla—empecemos por el principio, estás en presencia de Uther Pendragon, heredero al trono de Camelot y, ¿tú eres?

—Ana...de...de otro sitio—contesto luchando por sacar las palabras de mi boca ante la sorpresa que me provoca lo que ese hombre acaba de decir. La posibilidad de haber atravesado algún tipo de portal en el tiempo parece cada vez más real; eso o me he vuelto completamente loca, y no sé cuál de las dos opciones prefiero.

—Muy bien, Ana de otro sitio, quiero que me expliques lo mejor que puedas cómo has aparecido aquí. Observo que estás confusa, pero no debes temer, no te haremos ningún daño siempre y cuando tus intenciones no representen un peligro para la corona o para el reino. Te ruego que trates de aportar una explicación, por extraña que te parezca, para que podamos terminar con todo esto cuanto antes—explica el hombre de la pesada silla de madera en tono pausado.

—Creo que he atravesado algún tipo de portal o agujero en el tiempo—admito del tirón cerrando los ojos sin atreverme a mirar su rostro.

Para mi sorpresa, Uther Pendragon no parece demasiado asombrado con mi contestación, simplemente cambia de postura sobre la gran silla de madera y, ladeando la cabeza, prosigue con su interrogatorio.

—Y, ¿cómo se supone que has atravesado ese portal o agujero en el tiempo al que haces referencia?—inquire con calma acariciando de nuevo su barba negra.

—Lo cierto es que no lo sé, caminaba por el bosque y, de pronto, me encontré con una extraña puerta de piedra con forma de arco que parecía estar rodeada de una inusual neblina. Al detenerme a observar los símbolos grabados sobre las piedras que la formaban, una poderosa fuerza comenzó a tirar de mi cuerpo como si lo estuviese estirando, me vi envuelta en una profunda oscuridad y, de pronto, aparecí en esta sala. Supongo que no me crees, ¿verdad?—pregunto encogiéndome de hombros.

Nada más terminar de hablar, los hombres que me rodean se inquietan y uno de ellos parece acercarse más a mí con gesto amenazante, hasta que Uther le hace una seña con la mano para que se detenga.

—Debes referirte a mí como “su majestad” o “mi señor” y hablarme en modo formal. Asumo que vienes de tierras extrañas, Ana de otro sitio, y te lo perdonaré por esta vez—explica el heredero al trono sin perder la calma—y ahora, por favor sigue contestando a mi pregunta.

—Perdón, su majestad—respondo tragando saliva—como le iba diciendo, me encontré con esa extraña puerta y aparecí en este lugar, no comprendo lo que ha pasado, supongo que fue simplemente casualidad. Imagino que si abro esa puerta y la atravieso no volveré a mi hogar, mi señor... su majestad—pregunto nerviosa señalando la gran puerta de madera y forja que tengo a mi



derecha, ante la sonora carcajada de los hombres que me rodean.

—Te llevará al pasillo principal del castillo, pero te animo a probar— bromea irónico el heredero al trono provocando de nuevo las risas en sus secuaces.

Levanto los brazos lentamente en señal de que no pretendo hacer nada extraño ni peligroso y me acerco con pequeños pasos hacia la gran puerta. Mi corazón palpita con fuerza, aun sabiendo que las posibilidades de que esa puerta me transporte de nuevo a mi hogar son más bien nulas.

Al llegar a ella, tiro con todas mis fuerzas de la pesada puerta echando mi cuerpo hacia atrás como contrapeso hasta conseguir con dificultad abrirla lo suficiente como para deslizarme a través de la rendija.

Nada más cruzarla, me encuentro con un gran pasillo de piedra y la mirada atónita de varios hombres que al verme echan mano a sus espadas como habían hecho anteriormente los de la sala, por lo que decido volver otra vez a franquear la puerta, esta vez en sentido contrario, rogando al cielo que obre un milagro y me encuentre de nuevo en mi mundo.

Mordiéndome impaciente mi labio inferior y con las emociones a flor de piel, asomo la cabeza en la gran habitación solamente para observar el rostro divertido de Uther Pendragon que me hace un gesto para que entre de nuevo entre las carcajadas del resto de sus acompañantes que se lo están pasando en grande a mi costa.

Cierro los ojos e inspiro una gran cantidad de aire, soltándolo a continuación poco a poco mientras pienso en las distintas posibilidades y empiezo a ponerme tan nerviosa que me cuesta respirar. Parezco estar perdida en otro tiempo y en otro lugar, nada menos que en el reino de Camelot en una época anterior al rey Arturo, sin posibilidad alguna de volver a mi mundo.

Siempre me he considerado una mujer fuerte, pero al comprender la situación en la que me encuentro, no puedo evitar que mis ojos se llenen de lágrimas solo de pensarlo. Ya en condiciones normales, sé muy poco de Camelot, salvo un par de películas famosas que he visto, pero del Camelot anterior al rey Arturo, gobernado todavía por su abuelo Constantino y con Uther a punto de hacerse con el trono, no sé nada de nada.

Tiemblo al contemplar la posibilidad, cada vez más real, de no ser capaz de volver a mi hogar y verme obligada a permanecer en un mundo que no es

el mío y del que desconozco sus costumbres. Lágrimas de impotencia brotan de mis ojos mientras tengo que apoyarme para no perder el equilibrio ante la dificultad que la tensión me causa para respirar.

Al verme llorar, Uther ordena callar a sus hombres que siguen riendo a carcajada limpia a costa de mi desgracia y toma la palabra de nuevo.

—Te ruego que te calmes, Ana de otro sitio—dispone el heredero al trono—intentaremos encontrar una solución. De momento, lo más juicioso será cambiar esos ropajes, no queremos llamar la atención más de lo necesario. Mis hombres son leales a la corona hasta la muerte, pero en el reino existen otras personas que no lo son tanto y lo último que necesitamos es que empiecen a volar los rumores de que ha aparecido una dama en los aposentos reales.

Asiento con la cabeza sin ni siquiera contestar, confusa y desesperada a partes iguales, deseando solucionar la extraña situación lo antes posible sin tener idea alguna de cómo hacerlo.

—¿Conoces algo sobre Camelot?—pregunta Uther de manera autoritaria.

—Prácticamente nada, su majestad—admito nerviosa, mordiendo con fuerza mi labio inferior hasta que siento el sabor de mi sangre.

—Bien, supongo que podrías haber aparecido en algún lugar mucho peor. Por lo pronto, vístete con algunos ropajes que encuentres en esos baúles, pertenecen a mi esposa Igraine, pero apenas los utiliza ahora que está embarazada, confío en que te sirvan. Puedes cambiarte tras esas cortinas, no miraremos—explica señalando una amplia zona tras unas cortinas opacas—más tarde, iremos a ver a una persona que quizá pueda ayudarte o, al menos, asistirnos a la hora de encontrar alguna explicación lógica a este extraño suceso.

Camino hasta la zona que me han indicado y allí cojo lo primero que encuentro de uno de los baúles, principalmente la ropa que me parece más cómoda ya que no sólo desconozco cómo visten las mujeres en este tiempo, sino que ni siquiera sé cómo ponerme la mayor parte de las prendas. Con mi nueva ropa enrollada entre las manos, me dirijo a la zona detrás de las cortinas, cerrándolas para que ninguno de aquellos hombres pueda verme mientras me cambio.

Dejando mi ropa interior puesta, me visto con una larga túnica verde

oscuro que me llega hasta los tobillos, anudo los lazos de las mangas y me coloco un ancho cinturón de cuero para ajustar la túnica a mi cintura. No tengo nada claro que esa sea la manera correcta de vestir ese atuendo, pero al menos llamará mucho menos la atención que mis pantalones vaqueros y camiseta negra y además, debo de reconocer que es una vestimenta bastante cómoda.

Más problemático se presenta elegir el calzado. La reina Igraine tiene unos pies muy pequeños y no hay manera posible de utilizar alguno de sus zapatos que, para colmo, son feísimos e incómodos, por lo que decido calzar unas botas de montar que deben de ser del propio Uther y me quedan algo grandes.

Una vez vestida, me miro a lo que parece un extraño espejo de cobre pulido que refleja sorprendentemente bien mi figura e intento tranquilizarme inspirando hondo y pensando en que podía haber sido mucho peor.

Al menos, Uther Pendragon parece tener una mente muy abierta y no ha tomado mi aparición fortuita como una amenaza para su familia o para el reino, en cuyo caso en estos momentos me encontraría en una mazmorra o, posiblemente, sin cabeza.

## Capítulo 2

# ANA

Vestida con las nuevas prendas, más acordes al lugar en el que me encuentro, abro las cortinas y salgo con mis antiguas ropas en la mano. Respiro hondo preparándome mentalmente para lo que pueda venir a continuación, siendo consciente de que debo ser muy cuidadosa con mis comentarios, evitando a toda costa que Uther o su padre puedan pensar que represento de alguna manera una amenaza para ellos.

—¡Quema esos ropajes!—ordena Uther Pendragon a uno de sus subordinados señalando a la ropa que llevo en la mano y chasqueando los dedos—no queremos que nadie los encuentre, sería un incordio explicarlo.

Sin discutir, asiento con la cabeza y le entrego mi antigua ropa a uno de aquellos hombres que sale de la habitación a grandes zancadas. A continuación, Uther me hace una seña para que le siga y camino tras él por los largos pasillos de piedra del castillo, maravillada sin poder apartar la vista de todo lo que observo a mi alrededor.

—Si me lo permite, majestad, parece haberse tomado muy bien mi aparición repentina en sus aposentos—comento asombrada de que el heredero al trono intente ayudarme en vez de encerrarme en una mazmorra pensando que soy algún tipo de hechicera, una espía o quizá un demonio.

—Esto es Camelot, Ana de otro sitio, a veces pasan cosas verdaderamente extrañas y mi labor como heredero al trono es determinar si esos sucesos inusuales pueden representar una amenaza para el reino o si tan solo son anormalidades. No pareces una gran amenaza, se te ve débil y no portas armas, aunque uno nunca puede estar demasiado seguro y por eso quiero que te evalúe una persona que sabe mucho más que yo sobre sucesos extraños—contesta Uther con naturalidad encogiéndose de hombros.

—¿Y quién sería esa persona, si se me permite preguntar?—indago esperando encontrarme con el mismísimo mago Merlín.

—Lo verás en un momento—responde sin dar más pistas—por lo pronto, tengo bastante claro que tú no has creado ese portal o agujero o lo que sea que te ha permitido viajar en el tiempo, si es que verdaderamente lo has

hecho y no es producto de tu imaginación o de algún conjuro.

Mientras caminamos, reflexiono sobre la información que dispongo hasta este momento. Me encuentro en Camelot, con la reina Igraine embarazada, seguramente del propio rey Arturo, pero desconozco si el mago Merlín vivía ya en esta época o si estaba en el reino.

La única referencia que tengo son dos famosas series de televisión. En una de ellas, Merlín tenía más o menos la edad del rey Arturo, con lo que no habría nacido y no podré encontrármelo, mientras que en la otra, era algún tipo de ser que había vivido muchísimos años, repleto de demonios personales y con afición por las bebidas alcohólicas con lo que, en ese caso, casi prefiero no encontrármelo.

Posiblemente, ninguna de las dos versiones sea la correcta, aunque ya no sé qué es verdad y qué es mentira, porque siempre había pensado que Camelot era tan solo una leyenda y, en cambio, aquí estoy.

Con mi mente convertida en un avispero de ideas, llego a la conclusión de que lo mejor será desterrar cualquier información que posea de antemano e ir aprendiendo sobre la marcha basándome en la evidencia, ya que lo poco que sé se apoya en series de televisión y puede resultar del todo erróneo.

Atravesamos una gran sala llena de gente que pronto se desvive en reverencias ante Uther, ignorando por completo que le sigo. Al menos, ya sé que la ropa que he elegido me permite pasar desapercibida en este palacio porque parezco invisible.

Al llegar a una puerta de color negro, Uther se detiene de improviso y llama tres veces con sus nudillos.

—¡Adelante!—grita una voz de mujer en su interior.

Sigo a Uther y nos adentramos en una gran sala repleta de aparatos extraños y frascos que parecen contener algún tipo de poción o raros animales muertos. También puedo ver correas dispuestas para inmovilizar a una persona y mi corazón se dispara al darme cuenta de que quien supuestamente me va a ayudar quizá quiera experimentar conmigo.

Al fin y al cabo, eso sería justamente lo que harían los científicos del Siglo XXI si de pronto apareciese alguien de otro tiempo u otra galaxia. Y nos consideramos evolucionados.

—Todo va perfectamente con el embarazo de su esposa, majestad, no espero complicaciones—exclama una mujer joven acercándose a nosotros.

—Muchas gracias, Nimue, es un alivio escucharte—responde el heredero al trono con una amplia sonrisa.

Ese nombre lo recuerdo de la información que tengo de mi tiempo, aunque desde luego no esperaba asociarlo a la hermosa mujer que se presenta ante nosotros. Siempre había relacionado a Nimue como una bruja o una dama del lago; en cambio, frente a nosotros aparece una mujer con unos rasgos bellísimos y una piel algo más oscura que la del resto de los ciudadanos con los que me he cruzado hasta el momento.

—De hecho, he venido a pedirte ayuda, Nimue—exclama solemne Uther sin perder más tiempo del necesario—esta es Ana de otro sitio, dime qué puedes percibir en ella.

La mujer se me queda observando durante un buen rato con la cabeza inclinada hacia un lado, frunciendo el ceño mientras me escudriña con la mirada.

—¿De dónde vienes?—titubea.

—Posiblemente de otro tiempo—respondo con un hilo de voz esperando que mi contestación no me ocasione más problemas.

—Eso ya lo veo. Estamos en el año ciento treinta y dos de la era de Camelot, ¿provienes del pasado o del futuro?—inquire como si su pregunta fuese algo natural.

—Yo diría que del futuro—balbuceo asustada.

—Entiendo, ¿puedo tocarte?—pregunta clavándome unos preciosos ojos color avellana.

Preocupada, miro hacia Uther como pidiendo instintivamente su aprobación. Con su aspecto frágil y ese precioso rostro, no parece una mujer peligrosa, pero si la mitad de las cosas que cuentan en las leyendas sobre ella son verdad, no sé lo que puedo esperar, seguramente nada bueno.

—Adelante, no tienes nada que temer, Ana de otro sitio, Nimue es de mi más absoluta confianza—indica Uther Pendragon.

—Vale—contesto tragando saliva.



—¿Vale significa que es válida mi proposición en el dialecto de tu tiempo?—insiste Nimue.

—Sí, sí, adelante—asiento nerviosa.

—Comprendo tu preocupación, Ana de otro sitio, pero no deseo hacerte ningún mal, solamente quiero ayudarte. Si hay algo que hemos aprendido sobre Camelot es que las cosas más extrañas casi siempre ocurren por alguna razón, como si la magia protegiese a la ciudad y me gustaría entender qué es lo que ha causado que alguien del futuro viaje a través del tiempo para llegar hasta nosotros—explica sonriendo y acercándose un poco más a mí.

Con mucho cuidado, Nimue desabrocha el lazo de la túnica que llevo puesta para deslizar su mano hasta mi pecho y colocarla sobre mi corazón que salta varios latidos al sentir su cálida piel sobre mi seno izquierdo.

—Debes relajarte—exclama Nimue cerrando los ojos para concentrarse.

A pesar del nerviosismo, tengo que luchar para no dejar escapar un suspiro mientras la habitación se llena del más absoluto de los silencios hasta que Nimue retira su mano dejando un vacío en mi piel.

Clavando su mirada en mis ojos, vuelve a examinarme con curiosidad, aunque por sus gestos parece atónita, lo que no sé bien cómo interpretar.

—Es muy extraño—exclama la hechicera.

—¿Qué es muy extraño?—pregunta Uther con preocupación llevando instintivamente la mano a su espada.

—Es poseedora de magia. Una magia casi indetectable, no se extiende alrededor de su cuerpo como ocurre en las pocas personas que estamos conectados de alguna manera con la energía mágica. Ella posee esa magia dentro de su cuerpo, como si estuviese guardada en una semilla cerca de su corazón. Nunca había visto nada similar, ni leído sobre ello en los viejos manuscritos de la gran biblioteca.

—¿Representa un peligro?—inquire Uther sin soltar la empuñadura de su espada.

—No lo creo, ni siquiera parece saber que es poseedora de esa magia—reconoce Nimue sin dejar de mirarme a los ojos—o quizá sean simplemente trazas de magia al atravesar ese portal temporal al que se refiere, esa sería de

seguro una explicación más coherente.

—¿Existe algún hechizo o modo de devolverla a su tiempo?—demanda el heredero al trono en tono severo.

—Como su majestad sabe bien, nada es imposible, aunque en estos momentos admito que no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo. Debo comprender cómo ha llegado hasta nosotros y si existe una razón para que eso haya ocurrido. Una vez entendida esa parte, quizá podamos devolverla a su tiempo. Sin embargo, los viajes temporales es algo que va mucho más allá de mi comprensión de la magia o incluso de la de Merlín—confiesa la hechicera.

Al escuchar esa frase, se me hiel la sangre. Merlín existe en este tiempo, y no solo eso, sino que debe de ser ya un poderoso mago por el comentario que Nimue acaba de hacer que implica que su manejo de la magia es superior al que ella tiene. Sin embargo, no parece estar colaborando con Uther Pendragon o con su padre el rey Constantino o, de lo contrario, me encontraría ante él en estos momentos, y eso no sé si es bueno o malo.

—Si me lo permite, majestad, me gustaría conversar un rato con Ana de otro sitio para tratar de comprender cómo ha llegado hasta nosotros, quizá si me cuenta su experiencia pueda aportar algo de luz al misterio que nos ocupa —solicita Nimue, a lo que Uther asiente abandonando la estancia.

## Capítulo 3

# ANA

En cuanto nos quedamos a solas, Nimue toma mi mano derecha entre las suyas, acariciando la piel con su dedo pulgar y clavándome en el alma sus ojos color avellana antes de empezar a hablar.

—La magia es algo muy complicado—expone con una profunda respiración—. Desde que el mundo es mundo, desde que existe tal y como lo conocemos, la magia rodea todas las cosas; fluye salvaje, aunque su poder se va debilitando con el tiempo. Hace cientos de años la magia era mucho más poderosa de lo que lo es ahora. En la actualidad, se concentra en unos pocos reductos como por ejemplo, bajo el suelo que pisamos.

—¿Quieres decir que Camelot es un lugar mágico?—pregunto con sorpresa sin saber ya qué debo pensar o creer.

—Sí, Camelot se construyó sobre un potente reducto de magia con la esperanza de poder controlarlo y mantenerlo contenido. Los creadores de la ciudad pensaban, con razón, que la magia es algo muy peligroso como para no tenerla controlada. En cambio, existen personas que preferirían que la magia fluyese libre como en los tiempos antiguos para poder aprovechar su poder—explica Nimue con voz pausada.

—Pero, tú utilizas la magia, eres una hechicera.

—Yo tengo una conexión con la magia de este lugar y la canalizo para ayudar a los habitantes de Camelot. Unas pocas personas son capaces de conectar con la magia, supongo que es algo que hemos ido perdiendo a medida que pasaban los años. En cambio, es solamente una conexión, nuestra capacidad es limitada, muy limitada—reconoce la hechicera.

—¿No sería mejor para ti que la magia fluyese libre?—pregunto sin ser capaz de comprender por qué prefiere contenerla.

—Si la magia fluyese libre me daría más poder, de eso no cabe ninguna duda, pero al mismo tiempo sería mucho más peligroso. Utilizar la magia siempre tiene sus consecuencias y no las conocemos con exactitud, ni siquiera los tres Primigenii las entienden a la perfección. Si contenemos la magia estamos todos mucho más seguros y podemos servirnos de ella en

pequeñas cantidades para hacer el bien—apunta Nimue sin soltar mi mano.

—¿Los tres Primigenii?—interrumpo extrañada.

—Son seres que han convivido con la magia cientos de años. No se sabe bien si son inmortales o la magia ha modificado su existencia alargando su vida de manera artificial. Proviene de una época en la que la magia era mucho más poderosa y con el tiempo han aprendido a controlarla, aunque como te digo, ni siquiera ellos conocen cada una de las consecuencias que puede ocasionar—admite Nimue encogiéndose de hombros.

—¿De dónde han salido esos seres?

—Nadie lo sabe, ni siquiera ellos mismos, o al menos nunca lo han dicho. Tampoco conocemos si en algún momento existieron más de tres ya que ellos no te lo dirán. Son un misterio para nosotros. Uno de ellos ha ayudado a Camelot en épocas de grandes crisis, él fue quien diseñó el castillo sobre el reducto mágico para poder controlar la magia salvaje, aunque vivir sobre tal cantidad de energía hace que a veces ocurran cosas muy extrañas—explica la hechicera alzando las cejas y esbozando una preciosa sonrisa.

Por lo que he podido ver hasta ahora el poco tiempo que llevo junto a ella, Nimue es muy diferente a lo que cuentan en las películas. Es una chica muy joven, con una sonrisa preciosa y unos ojos dulcísimos. Parece tener una posición alta dentro del reino, aunque ella misma reconoce sus limitaciones, nada que ver con la Nimue poderosa y amenazante que creí que me encontraría.

—Uther me comentó que en Camelot ocurrían cosas raras y que por eso no le había preocupado demasiado mi aparición repentina en sus aposentos, aunque por un momento pensé que sus hombres me matarían—bromeo un poco más calmada.

—Un viaje en el tiempo es algo muy serio. Desde luego, yo nunca lo había visto y no está descrito en ninguno de los manuscritos antiguos de la gran biblioteca lo que indica que, o nadie lo había hecho con anterioridad o se trata de algo completamente prohibido, un hechizo que utiliza una magia desconocida para mí. Yo diría que...

—¿Podrás devolverme a mi tiempo?—interrumpo con algo de brusquedad.

—Si te soy sincera, no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo—admite la hechicera—como te estaba diciendo, abrir un portal en el tiempo requiere una magia muy poderosa y totalmente desconocida para mí. Sin embargo, tengo la impresión de que no es casualidad el que hayas aparecido de repente justo en estos momentos, hay rumores de que Camelot se encuentra en un grave peligro y si el Primigenius aparece para ayudarnos, como ha hecho en otras ocasiones, quizá él conozca la respuesta. Mientras tanto, ¿por qué no me cuentas con el máximo de detalle lo que recuerdes? Cualquier cosa puede ser importante, aunque te parezca una tontería.

Su respuesta vuelve a ponerme muy nerviosa, coloco los codos sobre la gran mesa de madera y escondo mi cara entre las manos dejando que las lágrimas tomen el control. Esto no puede estar ocurriendo, tiene que ser algún tipo de sueño. La magia no existe, y mucho menos los viajes en el tiempo. Yo tengo mi vida, mis amigos, mi trabajo. Tengo que volver a la normalidad.

—Encontraremos una solución, viajera del tiempo—susurra Nimue acariciando con suavidad mi espalda—ahora, ¿por qué no me cuentas todo lo que recuerdas?

—No le encuentro ningún sentido—reconozco todavía cubriendo el rostro con mis manos—. Había salido al campo en mi moto para observar las Perseidas con el telescopio y sacar algunas fotografías, son una lluvia de meteoros que se suele ver con mayor claridad en agosto. Ya tenía montado el trípode y, de pronto, oculta bajo unos...

—No he entendido nada de lo que me has dicho—interrumpe la hechicera.

—Perdón—me disculpo recordando que estamos en una época con una tecnología muy diferente—había salido al campo para ver las estrellas y de pronto, oculto bajo unos arbustos, me topé con un extraño pórtico de piedra que no conducía a ningún sitio, simplemente estaba allí, rodeado de una ligera neblina. Cuando me coloqué bajo ese pórtico para observar unas runas que tenía talladas en la piedra, sentí cómo me quedaba sin aliento, como si alguna fuerza extraña estuviese estirando mi cuerpo y aparecí en los aposentos de Uther. Es todo lo que recuerdo—reconozco abriendo las manos en señal de disculpa consciente de que no soy capaz de aportar demasiada información ni ser de gran ayuda.

—¿Puedes describir ese pórtico?—pregunta Nimue sacando un pergamino y una pluma—¿podrías dibujarlo?

—Yo dibujo muy mal, pero bueno, era un pórtico creado con grandes piedras negras que parecían haber sido seleccionadas con mucho cuidado para que encajasen a la perfección. El pórtico hacía un arco, y cada una de las piedras tenía una especie de dibujo, como si fuesen runas celtas que brillaron de pronto con la luz de la luna. Eso fue lo que me atrajo a observarlas más de cerca. Debajo del arco había una runa más grande que las demás y en el momento en que me coloqué bajo ella fue cuando fui transportada hasta este lugar—explico dejando escapar un suspiro de desesperación mientras seco las lágrimas con el reverso de la mano.

—Y has ido a parar directamente a los aposentos de Uther—puntualiza Nimue—posiblemente el lugar más seguro para materializarte de repente de todo el reino.

—No te entiendo—me disculpo frunciendo el ceño.

—Si hubieses aparecido en cualquier otro lugar, posiblemente estarías muerta, o como mínimo en las mazmorras. Por el contrario, Uther parece tener una atracción especial hacia cualquier suceso extraño, le resulta divertido e interesante, algo que cuando sea rey puede llegar a ser muy azaroso porque no es capaz de distinguir los peligros. Es como si la magia te hubiese llevado al lugar más seguro para ti, como si tratase de protegerte—aclara la hechicera asintiendo con la cabeza.

—Supongo que debo considerarme afortunada de seguir viva entonces, aunque esté lejos de mi casa en un tiempo y un lugar totalmente desconocidos para mí—admito con un nuevo suspiro de desesperación.

Nimue sonrío y vuelve a coger una de mis manos apretándola con ternura, lo que contribuye a que me calme un poco.

—Debes prometerme una cosa, Ana de otro sitio. Si en algún momento sientes que te encuentras mal o diferente, tienes que acudir a mí de inmediato. Es probable que haberte visto envuelta en una magia tan poderosa tenga alguna consecuencia que desconocemos, o incluso que la pequeña semilla de magia que llevas dentro, ya sea magia auténtica o trazas de ella por cruzar el portal, se vea afectada por los picos de energía que recibimos del subsuelo. En estos momentos son mucho mayores, quizá porque Igraine está a punto de dar a luz, no te acerques a las mazmorras, allí lo sentirías mucho más— advierte Nimue.

Asiento lentamente con la cabeza con un nuevo suspiro de preocupación



y observo una de mis piernas moviéndose nerviosa por debajo de la mesa. Cada momento que pasa, cada nueva información que recibo me vengo más abajo sin ser capaz de ver una solución al embrollo en que me encuentro.

—¿Dirías que es muy probable que esa magia me afecte?—pregunto con voz temblorosa.

—No lo sé, viajera del tiempo, esta situación es tan nueva para mí como para ti, quienquiera que haya creado ese portal domina una magia que yo ni siquiera comienzo a entender, es un poder que se me escapa por completo. Siento no poder ayudarte más, tendremos que ir evaluando sobre la marcha, por eso es tan importante que me avises de cualquier cambio. Ahora, por favor, ¿podrías dibujar la puerta en el pergamino?—solicita esbozando una dulce sonrisa y señalando a la pluma.

## Capítulo 4

# ANA

Permanezco pensativa durante unos instantes mientras Nimue sale de la habitación a por uno de los manuscritos antiguos que se conservan en lo que ella llama la Gran Biblioteca y aprovecho para reflexionar agobiada sobre lo que me está ocurriendo. Dentro de lo extrañísimo de la situación, lo que más me despista es que el Camelot al que he ido a parar es muy diferente al de las historias que se cuentan en mi tiempo.

Siempre había pensado que era totalmente ficción, al menos, una gran parte; una serie de leyendas basadas en posibles hechos reales sin definir. En cambio, aquí estoy, en los aposentos de Nimue en el castillo de Camelot, un ser encantador que nada tiene que ver con la imagen que aparece en las leyendas que yo conozco. Uther por su parte es una persona confiada y abierta de mente, pero tampoco parece ser el inútil que reflejan algunas de las historias.

Han comentado que Igraine está embarazada y a punto de dar a luz y Nimue ha mencionado que los picos de magia se incrementaron recientemente, es posible que por el cercano nacimiento del Rey Arturo, algo que seguramente podré presenciar en directo. En fin, no de manera literal, en eso no tengo ningún interés, pero quizá pueda vivir en tiempo real un acontecimiento histórico.

Para rematar la extraña situación, me encuentro con que la magia existe aunque en el futuro del que provengo haya desaparecido, o eso creo porque ya no estoy segura de nada. Por otra parte, las palabras de la hechicera admitiendo que el sortilegio utilizado para abrir el portal temporal es mucho más poderoso de lo que ella es capaz de entender, me ha puesto nerviosa hasta el punto de costarme respirar. Tenía muchas esperanzas puestas en que Nimue pudiese devolverme al mundo del que provengo.

Dentro de todo este caos, ella es la única luz que percibo. Tan solo con mirarme con esos ojitos color avellana consigue que me calme y, dadas las circunstancias que estoy viviendo, eso ya es mucho. Hasta tengo que hacer un esfuerzo para no suspirar cada vez que me coge de la mano. Nimue, qué bello nombre.

—Siento no haber venido antes, confío en que hayas avanzado con Nimue—exclama Uther Pendragon alzando la voz tras abrir la puerta sin ni

siquiera llamar lo que me causa un gran sobresalto—. Mi mujer, Igraine, está un poco agitada con el embarazo, hemos perdido a los dos bebés anteriores y los picos de magia que experimentamos en estos últimos días la están poniendo aún más nerviosa de lo habitual

—Lo siento mucho, majestad—contesto con educación con el corazón todavía acelerado del susto que me ha dado al abrir la puerta.

—Nimue dice que este bebé es bastante más fuerte, parece estar conectado de algún modo con la magia, y el embarazo ha sido más largo que los anteriores. Tenemos muchas esperanzas de que llegue a término y de que sea un niño—añade Uther orgulloso.

—¿Nimue puede saber el sexo del bebé?—pregunto curiosa, olvidándome de manera momentánea de mis preocupaciones. Es cierto que no poseen la tecnología necesaria, aunque quizá la magia que es capaz de canalizar pueda proporcionarle esa información.

—En el caso de que pueda, no nos lo ha dicho—admite el heredero al trono—Nimue siempre ha sido muy buena guardando secretos, sé que puedo confiarle cualquier asunto de importancia.

—Parecen muy unidos—expreso sintiendo algo de celos sin saber por qué.

—Lo estamos desde hace algunos años. Ella no ha nacido en Camelot, su familia es de esta tierra, pero vivieron muchos años lejos de aquí, tratando de esconder la verdad de lo que era su hija. Cuando llegó a Camelot, sintió una conexión muy fuerte con la magia que nos rodea y mi padre la acogió bajo su protección poniendo los antiguos pergaminos de la biblioteca a su disposición. Ha sido una suerte, es una magnífica hechicera, mucho mejor que el mago que nos servía antes, que causaba más problemas de los que solucionaba. Es la persona que más sabe de la magia de Camelot si exceptuamos a los Primigenii—añade Uther.

—¿Sus padres viven en Camelot?—pregunto con curiosidad.

—No, sus padres son gente humilde que se vieron sobrepasados por el poder de su hija. Existen muy pocas personas capaces de canalizar la magia, y digamos que Camelot es de los pocos reinos en los que no se les persigue. La mayor parte de las casas reales reniegan de la magia, no se fían de ella por los problemas que ha causado en el pasado y la han prohibido en sus tierras—explica el heredero al trono con voz calmada.

No deja de hacerme cierta gracia que Uther Pendragon parezca más un profesor que el heredero al trono de Camelot. Es una persona de lo más

curiosa y confiada a la que le gusta aprender y experimentar nuevas situaciones. Su ansia por conocer los aspectos del mundo mágico y de explicarme con detenimiento lo que conoce no dejan de sorprenderme.

—¡Vayamos a ver a mi padre, el rey!—exclama de pronto Uther haciéndome una seña para que me levante.

—Le he dicho a Nimue que la esperaré aquí para intentar dibujar alguna de las runas del portal que he atravesado—me quejo molesta ya que esperaba poder pasar más tiempo a solas con ella—. Además, mi señor, no sé si es buena idea que el rey conozca que he aparecido de repente en Camelot viajando en el tiempo desde el futuro.

—Oh, no te preocupes por Nimue, enviaré a uno de mis hombres a buscarla a la gran biblioteca y se unirá a nosotros en el salón del trono. En cuanto a que mi padre lo sepa, yo tampoco sé si es buena o mala idea, pero estoy seguro de que es mejor que esconderte. Si llegase a enterarse de que has viajado en el tiempo desde el futuro y te estamos escondiendo, entonces sí que se lo tomaría muy mal. Y con razón. Además, quizá él pueda convocar al Primigenius para que conozca tu caso—interviene en su tono calmado habitual.

No me queda más remedio que obedecer. Al fin y al cabo, no estoy en posición de negociar con el heredero al trono del reino tras haber aparecido en sus aposentos en unas condiciones más que extrañas e inexplicables.

Tengo muy claro que si quiero volver a casa algún día, debo confiar en Uther y en Nimue. Y, si mi estancia en Camelot se alarga, lo último que necesito es poner en mi contra al heredero al trono del reino.

Camino tras él de nuevo por los largos pasillos del palacio hasta llegar a una zona que parece más noble y pienso en lo mucho que me va a costar orientarme en este castillo si un día me dejan sola.

Calculo que puedo llevar aquí aproximadamente dos o tres horas; entré en el dichoso portal por la noche y al aparecer en Camelot era de día, cosa que no entiendo, y con el sol muy alto. Ahora el cielo comienza a teñirse de un rojo precioso, lo que me indica que está atardeciendo.

Las pocas horas que llevo aquí han sido una auténtica montaña rusa de sentimientos encontrados. Agobio por estar en una época completamente desconocida para mí y por no saber cómo he llegado, aventura por la oportunidad de vivir en persona una parte de la historia, ansiedad por no saber si algún día seré capaz de volver a mi casa.

Estoy agotada, y solo espero que la reunión con el rey Constantino no se alargue demasiado y me proporcionen algún sitio cómodo en el que descansar. Ya ni siquiera pido una cena, con tanto ajeteo se me ha quitado el

hambre, solo quiero acabar cuanto antes con el rey y reposar.

Uther se detiene de repente ante una puerta con dos guardas a la entrada que le hacen una reverencia al acercarse mientras un tercero abre la pesada puerta para permitirnos acceder a un enorme salón de cuyas paredes cuelgan hermosos tapices.

—El salón del trono—anuncia Uther Pendragon en cuanto franqueamos la puerta.

# Capítulo 5



# ANA

La sola magnitud del salón del trono es suficiente para que el corazón se sobrecoja. El rey Constantino se encuentra sentado sobre un formidable trono rematado en motivos dorados, rodeado de armaduras y antiguos libros y, con una seña de su mano derecha, indica a los hombres que le rodean que nos dejen solos.

El viejo rey sonrío al vernos entrar, solicitando que nos acerquemos y nos sentemos a su lado.

—¿Qué necesitas hijo mío y quién es la dama que te acompaña?—indaga el rey mirándome fijamente.

—Padre, esta es Ana de otro sitio, aparentemente es una viajera en el tiempo—contesta Uther con la naturalidad que le caracteriza.

Constantino no responde, se inclina en modo ceremonioso hacia delante sobre su trono como queriendo observarme mejor y ladea la cabeza acariciando su blanca y frondosa barba. Su presencia impone mucho más respeto que la de Uther, a pesar de que la edad va pasando factura a su cuerpo a juzgar por los ligeros temblores en las manos.

Me mira una y otra vez ponderando en su cabeza lo que su hijo acaba de decir hasta que, por fin, se decide a hablar.

—Es la primera vez que veo a una viajera en el tiempo—admite en tono calmado—. Ni siquiera he leído nunca que se pudiese viajar en el tiempo. ¿Provienes de un tiempo pasado o futuro?

—Del futuro, mi señor—respondo con educación queriendo que mi visita al rey se acabe cuanto antes.

—Debes de ser una hechicera muy poderosa para poder controlar el tiempo a tu antojo—afirma casi con veneración mientras se levanta y se acerca para observarme más de cerca.

—Padre, Ana de otro sitio no es una hechicera—interrumpe Uther apresurado—se encontró con un portal mágico y, al atravesarlo, apareció en mis aposentos.

El rey Constantino se detiene ante las palabras de Uther y deja escapar un gran suspiro, aunque no tengo claro si es de alivio o de decepción, casi diría que lo segundo porque parece haber perdido gran parte del interés inicial.

Aparentemente cansado, vuelve a dejarse caer sobre el gran trono y reflexiona pasando la mano derecha por la barba mientras me observa.

—¿Habéis hablado con Nimue?—indaga como si de pronto se acabase de acordar de que tienen una hechicera en el palacio.

—Sí, padre—responde Uther solícito—Nimue ya ha examinado a la viajera y en estos momentos está buscando entre los antiguos pergaminos alguna pista que nos pueda aclarar lo ocurrido.

—¿Y bien? ¿Cuál es su impresión inicial?—insiste el viejo rey.

—Lo cierto es que Nimue tampoco recuerda haber leído nada sobre viajes en el tiempo—exclama Uther a modo de disculpa—afirma que debe de tratarse de una magia muy poderosa, notablemente por encima de la que ella posee.

—Me pregunto si puede tener algo que ver con los picos de magia que estamos experimentando durante estos días—reflexiona el rey Constantino—. ¿Ha considerado Nimue la posibilidad de que Merlín pueda estar involucrado?

Al escuchar el nombre del mago Merlín, el rostro de Uther se torna pálido y parece titubear, ponderando bien sus palabras antes de contestar a su padre.

—Nimue no ha dicho nada, aunque supongo que es una posibilidad que quizá esté barajando. Esperemos a que termine su investigación en la biblioteca de los antiguos manuscritos y veamos si puede aportar algo de luz a este misterio—aclara Uther carraspeando la garganta.

El viejo rey vuelve a hacer otro largo silencio y se puede ver a la legua que Uther ya no se encuentra cómodo con esta situación. El heredero al trono es como un libro abierto en cuanto a su actitud y lo que hasta hace unos instantes parecía un juego entretenido para él, al escuchar el nombre del mago Merlín se ha convertido en algo que parece incómodo o peligroso.

—Camelot es un lugar muy complicado—tercia el rey Constantino retomando la palabra y dirigiéndose a mí—no sé cuánto te habrán contado mi hijo o Nimue. A veces ocurren cosas muy extrañas. Para empezar por lo más obvio, existe una gran reserva de energía mágica bajo este lugar desde que se tiene memoria. Se cuentan terribles historias de lo peligroso que era hasta que se empezó a controlar construyendo Camelot sobre ella con la ayuda de uno de los Primigenii.

—¿Del mago Merlín?—pregunto con los ojos iluminados por la curiosidad suponiendo que será obra suya.

—¿Qué sabes de Merlín? ¿Acaso existe en tu tiempo? ¿Por ventura le conoces?—replica el rey sobresaltado.

Algo extraño ocurre con ese nombre, porque cada vez que se menciona tanto Uther como el rey se ponen nerviosos, así que decido mantener la cautela y contestar con evasivas.

—No, majestad. Desde luego que no le conozco ni sé realmente nada de él. Estoy casi segura de que no ha llegado a mi tiempo. En mi mundo solamente perduran leyendas y habladurías sobre Camelot, Merlín, su hijo Uther, Nimue, el rey Arturo, nada que pueda considerarse como cierto y...

—¿Cómo que el rey Arturo?—Interrumpe Uther con un chillido estridente mirando aterrorizado hacia su padre.

—Sin duda es un rey muy posterior, mi señor, si es que alguna vez ha existido—rectifico dándome cuenta de que he vuelto a tocar un tema que por algún motivo parece ser delicado.

El viejo rey Constantino le hace un gesto con la mano a su hijo para que se calme y vuelve a quedarse callado perdido en uno de sus largos silencios que me empiezan a desesperar un poco.

—La historia a veces experimenta muchos cambios—reconoce pensativo el rey—dime una cosa, siento curiosidad, ¿se conoce algo sobre mí en tu tiempo?

—El problema es que yo no soy ninguna experta en las leyendas sobre Camelot—admito cuidando bien mis palabras para no meterme en ningún lío—. Lo que ha sobrevivido quizá no se pueda considerar historia propiamente dicha, sino un conjunto de leyendas en las que es muy difícil saber lo que es verdad y lo que no lo es. De hecho, hasta hace unas horas escasas, yo misma estaba convencida de que nada era verdad.

—Has respondido con sabiduría, Ana de otro sitio. Descuida, no me ofende tu respuesta, siempre he sido consciente de que no sería un personaje importante para la posteridad. Me considero un primer paso en la futura historia de Camelot, pero será mi hijo Uther y las próximas generaciones de la dinastía Pendragon las encargadas de ser recordadas—responde

Constantino con los ojos llenos de ilusión.

—Majestad, si le sirve de consuelo, casi no hay gente en el futuro que no conozca de algún modo la historia de Camelot y de sus valerosos caballeros. Desconozco si los relatos están o no muy modificados, pero su memoria ha perdurado en el tiempo—le aseguro dibujando en su boca una amplia sonrisa de orgullo.

Entre Uther y el rey Constantino me explican que, dado que las leyendas que han perdurado en el tiempo no parecen corresponderse del todo con la realidad del reino de Camelot en esta época, lo mejor es que yo no le cuente a nadie lo que sé sobre ellos. En cambio, debo tratar de mantener mi mente lo más abierta posible e ir aprendiendo a medida que transcurran los días hasta que pueda volver a mi hogar.

El viejo rey me explica que los picos de magia que están experimentando en las últimas semanas son muy inusuales y ni siquiera fueron tan fuertes cuando nació su segundo hijo, aunque decido no preguntar nada porque desconocía que Uther tuviese un hermano pequeño y, dado que no le he visto todavía en el palacio, es posible que haya fallecido en alguna batalla o de una enfermedad.

—Uther, ve a buscar a Igraine y a Nimue, quiero hablar con ellas—ordena de pronto Constantino ante la sorpresa de su hijo.

Una vez que el heredero al trono abandona el salón, el viejo rey solicita que me acerque más a él y me clava la mirada en cuanto lo hago.

—Me temo que las cosas pueden ser más complicadas de lo que quisiera, Ana de otro sitio. Tu aparición en Camelot no puede haber sido fortuita teniendo en cuenta estos picos de magia que experimentamos. Por otro lado, si existen los portales en el tiempo y Merlín sabe utilizarlos o, peor aún, los ha creado, ninguno de nosotros estamos a salvo—expone el viejo rey bajando la mirada y helándome la sangre.

Dejo escapar un suspiro de desesperación al escuchar sus palabras, yo solo quiero volver a mi casa, regresar a mi trabajo, con mis amigos, a mi hogar, no quiero estar aquí. Para colmo, ahora me dice que todos corremos peligro y ni siquiera sé si Nimue encontrará alguna manera de devolverme a mi tiempo. Joder, estoy tan cansada que ya no puedo ni pensar con claridad, solo quiero irme a dormir y que al despertar todo esto haya sido una pesadilla.

—Antes has mencionado al rey Arturo, Ana de otro sitio—interrumpe Constantino sacándome de mis pensamientos—Uther se ha puesto muy

nervioso porque Arturo es su hermano menor. Nunca se han llevado bien y abandonó Camelot cuando el Primigenius eligió a Uther como futuro rey y no a Arturo, que tenía esperanzas de ser elegido por ser mucho más hábil con las armas y tener una conexión con la magia.

—No creo que el rey Arturo del que hablan las leyendas sea ese mismo Arturo, majestad—le explico intentando tranquilizarle, aunque ni yo misma logro entender nada de lo que está ocurriendo—. En las historias que han sobrevivido hasta mi tiempo se trata del hijo de Uther y no de su hermano pequeño y, en cualquier caso, la mayor parte de las cosas no concuerdan con las leyendas de mi época: Nimue y el propio Uther nada tienen que ver con las historias que han sobrevivido a los siglos, yo no me preocuparía por eso.

Cada minuto que paso en este sitio me siento más confusa y el cansancio está haciendo que me estalle la cabeza hasta el punto de que estoy casi decidida a pedirle a Nimue que me de algún brebaje que me pueda ayudar. A falta de un buen ibuprofeno, que dudo de que pueda conseguir en esta época, algo lograrán sus pócimas.

# Capítulo 6

# ANA

Nimue entra en el salón del trono acompañada de Uther, quien nos informa que Igraine viene de camino. Apenas la conozco, pero diría que su rostro refleja preocupación, como si se estuviese enfrentando a una situación muy superior a lo que ella puede controlar.

Yo, por mi parte, solo deseo que esta improvisada reunión termine cuanto antes para irme a descansar porque dudo mucho de que pueda aguantar con el cansancio y el dolor de cabeza que tengo en estos momentos si se alarga.

—Majestad, hay demasiados datos que desconozco—admite la hechicera ante la insistencia del rey Constantino por obtener una explicación—. Yo diría que los picos de energía mágica son muy superiores ahora a lo que fueron cuando nació Arturo, pero yo no había ni siquiera nacido, solamente puedo fiarme de las anotaciones que dejó el anterior mago de la corte.

—El muy inútil—añade Uther con un gesto de desprecio.

—Lo que sí tengo muy claro es que en la gran biblioteca no existe ningún registro sobre viajes en el tiempo—afirma con voz pausada mirando hacia mí—lo que me hace pensar que, o bien nunca han ocurrido con anterioridad, o se trata de una magia tan poderosa que no se ha registrado nunca por escrito.

—Padre, ¿existe alguna manera de contactar con el Primigenius?—interrumpe Uther—quizá él pueda aportar algo de luz al misterio que nos ocupa.

Constantino se queda pensativo durante unos instantes, juro que esos silencios tan largos que hace me matan, no podría con ellos en condiciones normales, pero con el cansancio que tengo se me hacen eternos. Mueve la cabeza de lado a lado y se acaricia la blanca barba con parsimonia antes de tomar la palabra de nuevo.

—El Primigenius siempre ha aparecido cuando más lo necesitábamos, su espíritu es tan libre como la propia magia y no responde ante las órdenes de ningún rey. Sin embargo, tengo la completa seguridad de que habrá percibido los grandes picos de magia a los que nos estamos enfrentando y, seguramente, la llegada de nuestra visitante del futuro—admite el viejo rey meditando cada palabra.

—En estos momentos necesitamos su ayuda más que nunca—confiesa Nimue con preocupación en el rostro—estoy convencida de que la llegada de la viajera del tiempo no ha sido casualidad, la magia la ha traído hasta nosotros por algún motivo que desconozco y quizá el Primigenius pueda aportar una solución. Su dominio y conocimiento de la antigua magia es muy superior al mío.

—Me preocupa otra posibilidad—agrega el rey Constantino con gesto muy serio en cuanto Nimue deja de hablar—¿crees que el reino puede sufrir un ataque?

Nimue se pone tensa al escuchar esas palabras y abre la boca para contestar al viejo rey cuando, de pronto, la puerta del salón se abre y los guardias armados que la custodian dan paso a una mujer embarazada que no puede ser otra que Igraine.

Una gélida mirada de odio se cruza con la mía como si yo le hubiese hecho algún mal y, cuando el rey indica a Nimue que conteste a su pregunta, Igraine deja escapar un largo suspiro de desaprobación.

—No deberíamos descartar la posibilidad de un ataque, mi señor—reconoce Nimue apesadumbrada—. Por desgracia, las señales indican que Arturo podría estar detrás de algunos sucesos que están ocurriendo.

Al escuchar esas palabras, la sala se queda en silencio durante unos instantes en los que la tensión casi se puede palpar en el ambiente. La expresión en el rostro de Uther, normalmente relajada, se torna angustiada cada vez que alguien menciona el nombre de su hermano Arturo. Sin embargo, eso no es nada en comparación con la reacción que produce en su esposa Igraine.

—¿De nuevo simplemente aceptamos como dogma la palabra de alguien que ha llegado a Camelot hace relativamente poco tiempo y que no proviene de sangre real?—exclama Igraine nerviosa alzando la voz y dirigiéndose a Nimue.

La joven hechicera permanece en silencio, intercambiando miradas con el viejo rey y con Uther, hasta que Constantino interviene.

—Igraine, por favor, Nimue ha demostrado en innumerables ocasiones su buen juicio y su fidelidad a la casa Pendragon—tercia el rey con voz calmada.



—¿Y qué me decís de la otra mujer? ¿Esa que afirma haber viajado desde el futuro hasta nuestro tiempo? No la conocemos de nada y, en cambio, aquí está en la sala del trono debatiendo con nosotros sobre asuntos altamente delicados como si de un consejero real se tratase—continúa dirigiéndose a mí.

—Yo casi prefiero irme—interrumpo disculpándome—lo cierto es que ni siquiera sé de lo que estáis hablando y me encuentro muy cansada. Por mi parte podéis proseguir sin mí.

—Ana no presenta ningún peligro, simplemente se encontraba en el momento y el lugar equivocados—intercede Nimue—es incluso posible que al cruzar ese portal temporal nos haya salvado sin saberlo de un peligro mayor, posiblemente el portal estaba destinado a ser atravesado por alguien de gran poder.

La mirada de odio de Igraine es palpable, al escuchar las palabras de la hechicera sus pupilas se dilatan y las fosas nasales se hinchan. Tras dos o tres respiraciones profundas, rodea su barriga con las manos como queriendo proteger a su bebé y retoma la palabra.

—¿Y por qué debemos creerte, Nimue? ¿Cómo sabemos que no estás manipulando al rey y a mi marido con algún tipo de hechizo? ¿Cuál es el motivo para que te sigan ciegamente? Quizá tú has colaborado en la construcción de ese portal temporal para traer desde el futuro a una poderosa hechicera que te ayude a alzarte con el trono—chilla Igraine muy enfadada.

Tras las graves acusaciones, la sala se queda de nuevo en silencio. Igraine está muy alterada, su pecho se hincha con cada respiración y la tensión en su rostro es ahora más que palpable. El pobre Uther parece que no sabe dónde meterse, por algún motivo me cae bien este hombre, tiene pinta de ser buena persona y hasta ahora solo ha pretendido ayudarme.

Sin embargo, empiezo a tener muy claro que aquí hay mucho más que una cuestión de estrategia de estado; da la impresión de que lo de Igraine ha sido un ataque de celos en toda regla, me parece que sospecha o sabe que entre Uther y Nimue quizá hay algo más que amistad.

Yo, por mi parte, lo último que necesito en estos momentos es verme pillada en medio de un lío de faldas medieval entre el heredero al trono y su hechicera. A la mínima sospecha de que pueda representar un peligro para alguien en este castillo voy a perder la cabeza, de manera literal.

—En mi tiempo no existen los hechiceros, mi señora—tercio con un hilo

de voz levantando las manos en son de paz—yo lo único que quiero es volver a mi hogar o al menos descansar, estoy agotada.

Prefiero no decir nada más, cualquier cosa que diga podría interpretarse como un ataque hacia alguien y no me conviene. Con el cansancio y el dolor de cabeza que tengo no soy capaz de pensar con claridad y tan solo quiero irme a dormir. Nerviosa, cierro los ojos y muerdo mi labio inferior deseando que al abrirlos me encuentre en mi casa, aunque sepa que eso no es posible.

—¿Pero es que no os dais cuenta de la situación?—grita Igraine de nuevo señalándome con el dedo—. La viajera del tiempo ha aparecido en mis aposentos, ¿qué hubiese pasado si en lugar de encontrarse con Uther y sus guardias armados se hubiese encontrado conmigo sin protección? De seguro en estos momentos estaría muerta y mi bebé no nacería nunca, sabía perfectamente dónde tenía que aparecer, simplemente se equivocó en el momento idóneo para cruzar el portal.

Tras las graves acusaciones, todos los ojos se centran en mí y, de pronto, se me forma una opresión en el pecho que no me deja respirar. Lo que está diciendo no tiene ningún sentido, pero no lo tiene para mí, en la mente de unas personas de hace varios siglos su teoría conspiratoria podría encajar perfectamente y me deja en un lugar muy peligroso. Joder, lo último que necesito en estos momentos es que se piensen que soy una maligna hechicera que vengo del futuro a matar a Igraine y a su bebé.

Comienzo a sentir un ataque de ansiedad, me recorre un sudor frío y me cuesta respirar. Mis piernas tiemblan hasta el punto en el que tengo que sujetarme a una silla para no perder el equilibrio y caer al suelo. De la cabeza ya ni hablamos porque creo que me puede estallar en cualquier momento. Finalmente, el hecho de que Nimue se haya quedado callada no me tranquiliza demasiado porque indica que ni siquiera ella misma se atreve a enfrentarse a Igraine para no crear más tensión.

El rey Constantino se levanta de su gran trono y se acerca hacia donde estamos nosotros con paso lento, tomando la palabra para romper el incómodo silencio.

—Entiendo tu punto de vista, Igraine—le asegura colocando las manos sobre sus hombros—sin embargo, estoy prácticamente seguro de que la viajera del tiempo no representa ninguna amenaza para nosotros ni para el

reino. Hemos estado a solas durante un buen rato durante el cual hubiese podido acabar con mi vida si ese fuese su propósito. Todo lo que he visto hasta ahora en ella es buena voluntad de colaborar en lo que pueda y muchos deseos de volver a su hogar como no podría ser de otro modo. Pienso que es solamente una víctima de la mala suerte, nada más.

Las palabras del viejo rey me tranquilizan, al menos a los ojos del monarca no soy sospechosa de ser una peligrosa hechicera ni de querer hacerme con el trono de Camelot, y eso ya es bastante.

—En cuanto a Nimue—continúa el rey Constantino en su tono de voz pausado habitual—siempre ha permanecido leal a la corona y sus consejos se han hecho valiosos en el tiempo que ha estado a nuestro servicio. Igraine, te ruego que si tienes algún motivo de peso para lanzar esas graves acusaciones hables sin miedo. En caso contrario, las tomaré simplemente como una especulación que debemos descartar.

Igraine coloca de nuevo las manos sobre su barriga y dedica una mirada tensa a todas las personas de la sala dejando para el último lugar a su marido que le hace una seña con la cabeza como diciendo que el rey tiene razón, lo que provoca en ella un nuevo enfado y abandona la sala a grandes zancadas.

# Capítulo 7

# ANA

Nimue deja escapar lentamente una gran cantidad de aire de sus pulmones en cuanto ve que Igraine abandona el salón del trono. Imagino que debe de ser muy complicado para ella soportar acusaciones de conspiración contra la familia real y la corona si está, como sospecho, acostándose con Uther.

—Te ruego disculpes las palabras de Igraine—solicita el viejo rey a Nimue—supongo que el embarazo la conduce a imaginar extrañas situaciones imposibles y a ver peligros donde no los hay.

—Por mi parte está olvidado, mi señor, es muy posible que en su estado le estén afectando más los picos de magia que al resto de las personas. El bebé está conectado de alguna manera con la magia, como lo estaba Arturo cuando nació y eso se deja sentir en su cuerpo. Mientras estaba acusando a Ana, se produjo un fuerte pico, el más fuerte que se ha producido desde que he llegado a palacio, si exceptuamos el ocurrido con la apertura del portal a través del tiempo—explica Nimue con el rostro serio.

—Cuando mi esposa llevaba a Arturo en su vientre podía sentir esos picos de magia—reconoce el viejo rey—tu teoría de que eso le pueda estar pasando también a Igraine es una posibilidad muy real.

—Padre, sus acusaciones son muy graves en cualquier caso—interrumpe Uther enfadado dándome más razones para pensar que existe algo más que amistad entre él y Nimue.

—Te ruego que te tranquilices, Uther, hijo mío. Tendrías que haber conocido a tu madre durante el embarazo de tu hermano Arturo. Discutíamos constantemente, muchas veces por auténticas tonterías, pero esos picos de energía mágica le afectaban tanto o más que a tu esposa. Realmente, los cambios de humor durante el embarazo acabaron con nuestro matrimonio, ya nunca volvió a ser lo que era y siento no haber tenido a una hechicera como Nimue para explicarme que no era culpa suya sino de la magia—reconoce el rey bajando la mirada apesadumbrado.

Otra vez que Uther se tensa al mencionar a su hermano Arturo que parece

estar rodeado de un misterio que no logro comprender. La marcha de Igraine me ha tranquilizado bastante y, aunque sigo teniendo un buen dolor de cabeza, no puedo evitar indagar un poco más sobre Arturo. Si es que quieren hablar de él, me gustaría saber hasta qué punto lo que conocemos en el Siglo XXI sobre él tiene algo que ver con la realidad que estoy viviendo aquí y ahora.

—Si se me permite, majestad, ¿cuánto tiempo hace que su hijo Arturo abandonó el reino?—pregunto con algo de miedo observando la reacción de Uther Pendragon que vuelve a torcer el gesto.

—Dentro de poco hará ocho años que abandonó el palacio para no volver nunca más—responde el viejo rey con tristeza en los ojos—lo recuerdo bien porque fue justo cuando acordé con el padre de Igraine su boda con Uther para cimentar la alianza entre nuestros respectivos reinos. Pasamos un año entero negociando los detalles del acuerdo matrimonial y cuando por fin se acabaron las negociaciones e Igraine viajó a Camelot para conocer a Uther y casarse con él, Arturo decidió abandonar el reino.

—¿Qué edad tenía cuando abandonó el castillo?—continúo intentando conocer todos los detalles.

—Poco más de dieciocho años—contesta Uther de manera seca—. ¿Por qué deseas saber tantas cosas sobre Arturo? ¿Acaso dispones de alguna información que debamos conocer?

No falla, aquí pasa algo con el rey Arturo que desconozco, o más bien con Arturo a secas porque de momento no es ni rey ni nada, y no sé si en este Camelot lo llegará a ser algún día. En cualquier caso, se nota a la legua que es un tema incómodo para ellos.

—Dudo que nos podamos fiar de cualquier información que yo tenga sobre Camelot—me disculpo en vista de que todas las miradas están ahora fijadas en mí—. Tengo muy claro que las historias que han llegado hasta mi tiempo nada tienen que ver con lo que aquí sucede.

—¡Insisto en conocer esas historias!—brama el heredero al trono levantándose de su silla.

—No creo que sea prudente ni útil, mi señor—reconozco abriendo las manos.

Mis ruegos para que se olvide de las historias que han llegado hasta el futuro caen en saco roto. Por más que le explico que yo apenas conozco detalles y que esos pocos retazos son de un Camelot posterior al que nos encontramos, no hay manera de que se olvide e insiste, ahora de manera agresiva, en querer saber las leyendas tal y como se conocen en el futuro.

Desesperada, niego con la cabeza y expulso una gran cantidad de aire maldiciendo el momento en el que se me ocurrió preguntar por el dichoso rey Arturo. A ver cómo les explico yo que la poca información que poseo proviene de series de Netflix o películas de Hollywood.

—Mi señor, le ruego que considere que la información de la que disponemos en mi tiempo es muy limitada y por lo que veo ha sido altamente modificada—me disculpo en un último intento de zafarme de la incómoda situación en la que me encuentro.

Uther me clava la mirada, su rostro ha cambiado y ya no es el hombre confiado y afable de hace unas horas, lo que me obliga a contarle lo poco que sé.

—Veamos, en las historias de mi época, a la muerte del rey Constantino, aquí presente y que no tengo ni la menor idea de cuándo ocurre, le sucede en el trono como rey Uther Pendragon. Arturo, en mi época es el hijo de Uther Pendragon y no del rey Constantino, por lo que entiendo que esas leyendas no nos sirven de mucho—confieso encogiéndome de hombros y esperando que se dé por satisfecho.

Evidentemente, he decidido obviar cualquier referencia al mago Merlín, o a que Nimue podría ser la dama del lago, o a Morgana y el caballero Mordred que ni siquiera sé si existen en este tiempo porque nadie les ha mencionado todavía. Solo serviría para complicarme más las cosas.

—No tiene nada que ver con el Camelot actual, pero en cualquier caso me gustaría conocer más sobre lo que se dice de Arturo en tu tiempo, nunca se sabe lo que podría resultarnos útil—insiste el heredero al trono a pesar de que su padre le indica que no tiene sentido proseguir.

—En el tiempo en el que Arturo reina sobre Camelot se le reconoce como un gran rey, según las leyendas de mi tiempo. Eso es casi lo único que tienen en común todas esas narraciones. El resto de los personajes se interpretan dependiendo de un montón de factores, aunque el gran mago Merlín suele ser

un personaje positivo que ayuda a Arturo en la mayor parte de las historias—añado mordíendome la lengua al terminar y arrepintiéndome de haberlo mencionado nada más ver la cara de Uther.

—Ahí tienes la prueba, padre, Merlín ayuda a Arturo a usurpar el trono—grita Uther llevando la mano a la empuñadura de su espada mientras el viejo rey niega con la cabeza.

De inmediato, me doy cuenta de que acabo de complicar la situación más de lo necesario mencionando al mago Merlín y dudo sobre cómo salir del embrollo.

—Insisto en que no podemos fiarnos en absoluto de las historias de mi tiempo, mi señor. Por ejemplo, en algunas de ellas Nimue es un ser malvado y en otras se la representa como la dama del lago, siendo incluso un ser inmortal. En otras es una alumna de Merlín o tiene una relación amorosa con él, son solamente leyendas inconexas que han sobrevivido a los tiempos posiblemente muy modificadas, tanto que yo siempre pensé que eran tan solo un mito—me disculpo encogiéndome de hombros y deseando que este interrogatorio se acabe cuanto antes.

—Puf, amante de Merlín—exclama Nimue sacudiendo la cabeza con un gesto de asco.

El rey Constantino se levanta de su trono con aspecto cansado y se dirige hacia mí con lentos pasos para colocar sus manos temblorosas sobre mis hombros en un gesto paternalista.

—Has sido de gran ayuda, Ana de otro sitio, aunque no seas consciente de ello, ahora sabemos que una gran amenaza se cierne sobre nosotros y solo podemos rogar para que el Primigenius regrese en nuestra ayuda como lo ha hecho en las innumerables ocasiones en las que el reino estaba en peligro. Tan solo siento que te veas envuelta en un grave riesgo que nada tiene que ver contigo o tu mundo—confiesa el viejo rey arqueando las cejas.

Un tenso silencio recorre el salón del trono, un silencio tan incómodo que se hace ensordecedor, hasta que Nimue decide tomar la palabra.

—Si me lo permite, su majestad, la viajera del tiempo debe estar muy cansada, han sido muchas emociones en tan solo unas horas y de seguro pesarán en su cuerpo. Con vuestro permiso, la llevaré a descansar—expone la hechicera ante la aprobación tanto del rey Constantino como de su hijo Uther



y salvándome la vida porque esta tensión estaba acabando conmigo.

# Capítulo 8

# ANA

Caminamos por los largos y fríos pasillos del castillo y, una vez que nos hemos alejado lo suficiente del salón del trono, Nimue me confiesa que está muy preocupada por la situación en la que nos encontramos, posiblemente Camelot se encuentre al borde de un ataque del que no sabe si será capaz de defenderse.

—¿Podrías explicarme algo más de ese ataque? Es posible que pueda relacionarlo con alguna historia que haya sobrevivido en el futuro y podamos tener una pista para defender el castillo—aventuro aun sabiendo que lo que le digo es casi imposible en vista de las enormes diferencias entre lo que yo sé sobre Camelot y la realidad.

—Creo que lo mejor es no preocuparte más de la cuenta hasta que comprendamos la situación con mayor detalle—admite la joven hechicera—. De momento, estoy muy preocupada por ti, en la última hora has estado muy cansada y ese dolor de cabeza que has mencionado me perturba. Es muy probable que los picos de magia te estén afectando.

Mientras habla, me fijo un poco más en ella, muestra una bondad y una dulzura tan grandes que me parece increíble que haya pasado a mi tiempo como un ser malvado en algunas de las historias. Sus ojos color avellana, cargados de preocupación en estos momentos, son la viva imagen de la ternura.

—Puedo prepararte un brebaje para que duermas mejor y aliviar ese dolor de cabeza, si es lo que deseas—indica cuando nos adentramos en el pasillo que lleva a sus aposentos.

Dudo por unos instantes sobre mi respuesta, mi primera reacción es decirle que no porque no me fio ni un pelo del nivel de desarrollo que tiene su medicina, por llamarlo de alguna manera. Sin embargo, el dolor de cabeza es ahora tan intenso, que aunque tenga que beber ojos de murciélago machacados estoy dispuesta a probar cualquier cosa que lo haga desaparecer.

Al entrar en sus aposentos, Nimue prepara en su estudio un líquido verdoso en el que vierte los contenidos de varios frascos y los mezcla con

unos polvos de color marrón acercándolo a mí en un cuenco de barro.

—Te aliviará—asegura colocando la bebida entre mis manos con una sincera sonrisa.

Se lo agradezco evitando preguntar lo que contiene porque estoy casi segura de que no me va a gustar su respuesta, para luego tomarlo en dos tragos manteniendo la respiración en un vano intento de no percibir ni su sabor ni su olor.

Contrariamente a lo que pensaba, su brebaje mágico no está mal del todo, tiene un ligero sabor a menta y debe de contener auténtica magia porque en cuestión de unos instantes el dolor de cabeza desaparece por completo.

—Ana—exclama la hechicera de pronto—puedo buscarte unos aposentos para que descanses, aunque preferiría que pases la noche en los míos, me gustaría estar cerca en el caso de que te encuentres mal o te ocurra algo.

—¿Crees que es posible que me pase algo?—pregunto con un hilo de voz cargado de preocupación sin estar segura de querer escuchar su respuesta.

—No debemos descartar nada—confiesa Nimue—los viajes a través del tiempo son algo que desconocemos por completo y no tengo ninguna referencia de sus consecuencias, ni siquiera sé si se han intentado con anterioridad. Requieren sin duda de una magia muy poderosa.

Ante su insistencia, consiento en quedarme en su habitación dado que, aunque me encuentro mucho mejor de lo que estaba hace tan solo unos instantes, sigo muy cansada y lo único que quiero es irme a la cama.

Tras aceptar, Nimue me acerca un camisón de una tela extremadamente suave y fina y me indica que me lo ponga mientras ella va a pedir algo de cenar para las dos.

Al poco rato, regresa con una fuente repleta de carne que me indica que es jabalí y venado acompañada de dos cuencos de vino. Pensaba que no tenía demasiada hambre, pero el succulento olor de la carne recién hecha se cuela por mis fosas nasales y consigue que se me haga la boca agua.

Ambas comemos casi en silencio, tratando de evitar cualquier tema delicado sobre la magia o el futuro de Camelot, algo que agradezco porque me permite concentrarme en la sabrosa carne. Jamás pensé que en esta época se cocinase tan bien, está marinada con una mezcla de especias que nunca

había probado y que soy incapaz de identificar y casi se deshace en la boca.

El vino, en cambio, deja mucho que desear. Es más denso que el que bebemos en mi tiempo y de un sabor muy fuerte, además de que lo sirven caliente, lo que me sorprende mucho.

Tras la cena, me disculpo entre bostezos y Nimue me acompaña hasta una gran cama rodeada de cortinas y almohadones. Me acomodo en ella convencida de que es la mejor cama de este mundo, aunque es posible que se trate simplemente del cansancio que acumulo en mi cuerpo que me permitiría dormir en el suelo como si de un perro se tratase.

Nimue regresa en apenas unos minutos y, al verla, casi se me corta la respiración. Estoy segura de que se me ha tenido que notar, porque su cara ha cambiado ligeramente al observarme. Viste un camisón de color blanco parecido al mío, aunque no lleva nada debajo y la prenda deja entrever unos encantos que podrían volver loco a cualquiera, hombre o mujer.

Sabía que era preciosa, pero la ropa que llevaba puesta no le hacía justicia. Muerdo mi labio inferior y retiro la mirada para que no se me note demasiado porque supongo que ella se está viendo con Uther a escondidas, aunque empiezo a pensar que lo de dormir en la misma cama con una mujer así, quizá no sea la mejor idea.

# NIMUE

Me perturba el cansancio que muestra la viajera del tiempo. Sin duda, atravesar el portal ha requerido una gran cantidad de energía mágica que su cuerpo quizá no sea capaz de soportar. En cualquier caso, desconocemos los efectos que un viaje temporal puede tener sobre el cuerpo humano ya que nadie los ha documentado con anterioridad.

La pócima que le he preparado con alas de mochuelo mezcladas con ojo de tritón, hachís y menta le quitarán el dolor de cabeza y podrá descansar, pero prefiero tenerla a mi lado en caso de que algo ocurra. No tengo nada claro que la viajera pueda sobrevivir a esta noche teniendo en cuenta la cantidad de magia que su cuerpo ha tenido que absorber para llegar hasta aquí desde su mundo.

Quizá sea mejor así, espero que si no sobrevive al menos lo haga sin sufrimiento y por eso he duplicado la dosis de hachís en el brebaje. Lo que nos espera si resulta cierto que Arturo y su malvado hechicero preparan un ataque será mucho peor que una muerte plácida en la cama.

Cierro los ojos e intento no pensarlo, pero por si acaso preparo una mortal pócima de cicuta que introduzco en un pequeño frasco y cuelgo de una cadena para llevarla siempre conmigo. Desconozco cuándo puede producirse el ataque al castillo y no dejaré que me capturen con vida, no permitiré que me violen y me torturen.

\*\*\*

Contra todo pronóstico, la viajera del tiempo sobrevive a la noche y cuando me despierto por la mañana se encuentra observando los alrededores del castillo a través de la ventana y lo extraño es que parece encontrarse fresca como una rosa.

—¿Has dormido bien?—pregunto acercándome a ella con pasos lentos.

—He dormido como un bebé—confiesa con una sonrisa—no sé lo que has puesto en el brebaje que me has preparado, pero necesito beber uno así todas las noches, no recuerdo haber dormido tan relajada en mucho tiempo.

—¿No te duele nada? ¿Notas algún cambio?—pregunto con interés para poder documentarlo en los archivos.

—Nada, no hay ni rastro del dolor de cabeza ni del cansancio y me encuentro llena de energía—responde con una amplia sonrisa mostrando unos dientes blanquísimos.

Escuchar sus palabras me reconforta, se ha levantado con ganas de hablar y, mientras degustamos un té de menta para quitar el mal aliento de la mañana, le voy explicando lo que se puede ver a través de la ventana. Mis aposentos dan a los jardines reales y a lo lejos se puede observar la aldea más cercana, así como uno de los lagos. Más allá de ese lago se encuentran las ruinas prohibidas de Myd, aunque solo se las menciono de pasada.

Hace un día precioso, el sol ilumina el horizonte y permite ver mucho más allá de lo que es habitual y, por unos momentos, me llena de tristeza pensar que esta belleza pueda llegar a su fin si somos atacados.

Aunque se encuentra a mi espalda, siento que la viajera me observa con intensidad, por algún motivo que desconozco transmite tanta energía que puedo sentirla.

—Estás preciosa con ese camisón—susurra de repente cerca de mi oído acariciando con su mano la parte baja de mi espalda.

Se me acaba de parar la respiración, no me esperaba ese comentario y el roce de su mano por encima del camisón ha enviado corrientes eléctricas por todo mi cuerpo. Temblando, me doy la vuelta con miedo para observarla.

—¿Estás segura?—es lo único que se me ocurre contestar mientras me pierdo en sus ojos azules de una intensidad infinita.

Mi corazón palpita con fuerza cuando nuestras miradas se encuentran, su cuerpo se pega un poco más al mío y sentir sus cálidas manos en mi cintura consigue que se me erice el pelo de la nuca.

Mi cabeza lucha contra mi corazón y un torrente de emociones traspasa todo mi cuerpo. Me siento completamente viva, no sé si por lo extraño y peligroso de la situación o porque empiezo a sentir algo por la viajera, a pesar de que apenas sé nada de ella.

Me sigue mirando de arriba abajo a centímetros de mi cuerpo. Debo parar esta locura antes de que acabe mal, pertenece a otro mundo muy diferente al

mío y mi labor es averiguar cómo ha llegado hasta nuestro tiempo y cómo lograr que regrese al suyo. No hay lugar para el amor entre nosotras.

Eso es lo que debería hacer, aunque en vez de eso coloco las palmas de mis manos sobre sus hombros.

Con suavidad, la viajera me acerca hacia su cuerpo y mi respiración se acelera. Su mano derecha abandona mi cintura para acariciar mi mejilla y mi cuello con una suavidad exquisita, una caricia llena de delicadeza.

No puedo más, me estoy derritiendo, ni la más poderosa de las pociones puede conseguir este resultado, o quizá es que lo necesitaba demasiado, hace ya dos años que Lady Sofia abandonó el castillo y no he vuelto a yacer con nadie.

Cierro los ojos y, sin pensarlo, me acerco más a ella con la boca entreabierta. Siento cómo sus labios rozan los míos con suavidad, como tanteando, y me regala un beso delicado, lento, sutil, que logra que me tiemblen las piernas y el corazón se quiera escapar de mi pecho.

Tras el beso nos miramos fijamente, mi pecho se hincha con cada respiración, confusa ante el torrente de emociones que me recorre.

—¿Puedo besarte otra vez?—susurra la viajera a mi oído.

Solamente logro asentir con la cabeza, rodeo con mis brazos su cuello, cierro los ojos y acerco mi boca a la suya para darle un beso tan increíble que se me escapa un ligero gemido.

Suspiro mientras nos besamos, mi excitación sube por momentos al morder su labio inferior, más suspiros al sentir nuestros pechos rozándose, provocando que mis pezones se pongan tan duros que resulta casi doloroso.

—¡Alto! Por favor, Ana, detente. Esto está mal, muy mal, debemos parar, lo siento—me disculpo avergonzada sin atreverme a mirarla a la cara mientras empujo su cuerpo para separarla de mí.

Mi cabeza toma el control de la situación en el último momento, al tiempo que mi corazón maldice con todas sus fuerzas esa decisión.

—Lo siento Nimue, no sé lo que me ha pasado. No suelo comportarme así, de verdad—admite la viajera con cara de preocupación.

—No pasa nada, olvidemos para siempre lo que ha ocurrido—ruego



mientras huyo hasta el otro extremo de la habitación casi corriendo.

Aturdida, atravieso mis aposentos como si me estuviesen persiguiendo los mismísimos espíritus malignos al tiempo que observo a la viajera, que me mira con preocupación todavía junto a la ventana.

# Capítulo 9

# ANA

Nimue se queda sentada en la cama desconcertada por lo que ha ocurrido. Joder, es que no sé lo que me ha pasado para lanzarme así con ella, hoy me he levantado repleta de energía, mucho más de lo que recuerdo y verla caminar vistiendo ese camisón casi transparente con sus pechos balanceándose en cada movimiento ha sido más de lo que he podido soportar.

Esto solamente puede servir para buscarme problemas, ni siquiera sé las costumbres de este sitio, es posible que las relaciones entre mujeres estén penadas con la muerte o las mazmorras, y tampoco sé si ella tiene algo con Uther como sospecho, aunque la reacción de su cuerpo ante nuestro beso me dejó muy claro que le estaba gustando mucho.

Respiro hondo intentando armarme de valor y decido acercarme hasta donde está para pedirle disculpas con la esperanza de que olvidemos lo ocurrido y así evitar posibles problemas para ambas.

—Nimue, lo siento mucho—me disculpo con voz temblorosa—de verdad, no sé lo que me ha pasado, no tendría que haberlo hecho.

La joven hechicera no me responde y permanece en silencio escondiendo el rostro entre las manos sin ni siquiera mirarme. Su reacción me descoloca y empiezo a pensar que hemos cometido un gravísimo error al besarnos; entre nosotras se forma un silencio tan incómodo que se puede palpar, hasta que por fin toma la palabra.

—¿Sientes algo por mí?—pregunta de pronto levantando su mirada y clavándome sus ojitos color avellana que se han bañado de lágrimas.

—Nimue, me gustas mucho, pero te he conocido ayer; yo no sé en esta época cómo son las relaciones, pienso que es demasiado pronto como para sentir algo profundo. Estoy muy a gusto contigo y nunca he pretendido hacerte daño, ni siquiera sé si está permitido que haya algo entre dos mujeres en vuestro tiempo—reconozco con un hilo de voz.

—Lo está, al menos en Camelot y otros reinos cercanos. No está bien visto, pero se tolera, se considera casi una excentricidad y no está penado siempre y cuando no se utilicen aparatos que violen las leyes naturales—

explica con voz calmada—. Espero que en tu tiempo las cosas hayan mejorado mucho.

—Me gustaría decirte que sí, y así es en muchos países. Sin embargo, unos cuantos siglos más tarde todavía existen países donde las relaciones entre el mismo sexo están fuertemente penadas—confieso bajando la mirada avergonzada de lo poco que hemos avanzado en todos estos siglos.

—No me causa ningún problema ese beso, si es lo que te preocupa, incluso en el caso de que alguien llegase a enterarse, simplemente no me lo esperaba. Además, en el caso de una hechicera, al menos en Camelot, las leyes son algo más flexibles porque se nos supone seres especiales al poseer una conexión con la magia—admite Nimue esbozando una pequeña sonrisa en su boca.

—Me alegra escucharlo—le respondo sentándome junto a ella—no quiero que te alarmes, pero por desgracia la magia se perseguirá durante muchos siglos con terribles consecuencias para quienes la practican o sean sospechosos de practicarla.

Nimue me mira con detenimiento antes de continuar y, acercándose un poco más a mí, toma mi mano entre las suyas antes de seguir hablando.

—No todos los reinos son tan benignos como Camelot con respecto a la magia, en muchos también se persigue la hechicería, incluso con pena de muerte en la hoguera—confiesa Nimue—. En cambio, la magia no es buena ni mala, solo depende de cómo la quieras utilizar. En algunos lugares se nos acusa de pactar con los espíritus o con demonios y, en cambio, ningún hechicero posee tanto poder salvo Kaeth Adú.

Con solo escuchar ese nombre se me forma un nudo en el estómago y siento como si me colocasen una pesada losa sobre el pecho. Mi corazón palpita con fuerza mientras una ola de calor recorre mi cuerpo tan fuerte que debo solicitar un vaso de agua antes de continuar hablando.

—¿Quién es Kaeth Adú?—pregunto tímidamente con un hilo de voz casi inaudible.

—Es la hechicera más poderosa que jamás haya existido, uno de los tres seres Primigenii junto a Merlín y Mordred. Nadie sabe cuánto tiempo llevan entre nosotros, pero su conocimiento de la magia es muy superior a cualquier otra persona. Cada uno de ellos entiende la magia de una manera diferente, aunque Kaeth Adú ha llevado su estudio hasta forzar los límites sin

importarle las consecuencias. Se dicen cosas terribles de ella, menos mal que nadie la ha visto en mucho tiempo—explica Nimue helándome la sangre.

—No te he entendido cuando me has dicho que está penado que las mujeres utilicen aparatos que violen las leyes de la naturaleza—pregunto con curiosidad intentando desviar el tema de la hechicera Kaeth Adú que me está poniendo muy nerviosa.

Nimue me mira a los ojos avergonzada y se pone un poco colorada antes de contestar.

—Ya sabes—responde escondiendo la mirada.

—No, no lo sé, Nimue, si no, no te lo preguntaría—aclaro divertida ante su reacción.

—Son como...como si fuesen penes artificiales de madera tallada o hueso, su uso por mujeres está penado, aunque la pena se incrementa si lo usas en otra mujer—confiesa cerrando los ojos.

—Uy, ¡en eso sí que hemos avanzado mucho!—respondo divertida—tendrías que ver las cosas que tenemos en mi tiempo; vibradores, succionadores de clítoris, bueno mejor no te lo explico...

Nimue aprieta mi mano manteniendo los ojos cerrados y no hace ninguna pregunta, así que prefiero no darle explicaciones en vista de que nunca llegará a conocer los aparatos de los que hablo.

—¿Te causa problemas con Uther haberme besado?—inquiero sin pensar.

—¿Con Uther?

—Sí, estáis juntos, ¿no?—insisto arrepintiéndome de haber sacado el tema.

—¿Con Uther? ¡Nooo!—contesta negando con la cabeza y llevándose la mano a la frente—no existe nada entre nosotros.

—¿Y tú? ¿Tienes a algún caballero esperándote en tu mundo?

—No, hubo una mujer, pero se acabó hace meses, ahora mismo no hay nadie en mi corazón—reconozco con melancolía.

—En mi caso también hubo una mujer, Lady Sofía, pero abandonó el reino hace ya casi dos años dejando un vacío en mi interior difícil de llenar—

confiesa ante mi sorpresa bajando la mirada.

No me esperaba que fuese a mencionar a una mujer, aunque al hacerlo su rostro se ha llenado de tristeza, se nota que estaba enamorada de esa tal Lady Sofía. Nos quedamos un buen rato en silencio mientras acaricio con cariño su espalda hasta que, de nuevo, Nimue toma la palabra.

—Siento mucho que te encuentres en esta situación de peligro, me gustaría hacer todo lo posible para que puedas volver a tu tiempo antes de que seamos atacados, pero he de reconocer que no sé ni por dónde empezar; es una magia que supera mis conocimientos por completo—admite cogiendo mi mano entre las suyas.

—¿Crees que se producirá un ataque?—pregunto con sorpresa.

—Eso me temo, ojalá me equivoque, pero estoy casi segura de que así será—añade asintiendo con la cabeza mientras acaricia mi mano con su dedo pulgar.

Nada más terminar de hablar, se quita un colgante que lleva al cuello con una especie de frasco en miniatura engarzado en oro y me lo pone a mí.

—Si nos atacan y no ves escapatoria, abre el frasco y toma su contenido, no dejes que te capturen con vida. No sé lo que ocurre en tu tiempo, pero ser capturada con vida en un asedio es mucho peor que la muerte, los soldados harán turnos contigo hasta que seas un despojo—indica cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior helándome la sangre con sus palabras.

Ni siquiera le pregunto lo que contiene el pequeño frasco, imagino que será algún tipo de veneno y espero no tener que usarlo nunca. Lo último que necesito es que el castillo sea asaltado antes de que yo pueda volver a mi mundo y tener que morir envenenada para que no me capturen con vida.

# Capítulo 10

# ANA

Cada vez que observo la intensidad de sus ojitos color avellana se me acelera el corazón. Sin embargo, por mucho que me apetezca seguir a su lado, sé que mi sitio no es este, debo volver a mi mundo y no es justo que intente quedarme algo más de tiempo a su lado, no para luego marcharme. Eso solo nos rompería el corazón a ambas si es que el amor crece entre nosotras, no en la situación de peligro en la que insinúa que nos encontramos.

—Ana, debes intentar dibujar los símbolos que estaban grabados en las piedras del portal, ¿crees que podrás hacerlo? Para mí sería muy importante a la hora de tener una pista que me indique por dónde debo empezar a buscar—expone Nimue apretando mi mano.

—Estoy prácticamente segura de que te los puedo dibujar casi todos, en especial los que estaban en las piedras de la parte de arriba que fueron las runas que se iluminaron con la luz de la luna justo antes de atravesar el portal. No entiendo por qué, pero hoy me encuentro mucho más fresca que ayer, repleta de energía, como si mis sentidos estuviesen despertando. Déjame un papel y un bolígrafo, por favor—solicito estirando la mano.

—No comprendo lo que me pides—reconoce Nimue extrañada.

—Un pergamino y una pluma, perdona—me disculpo al percatarme de que en su tiempo desconocen lo que es un bolígrafo.

Nimue se levanta y me conduce hasta su escritorio donde encuentro todo lo necesario para empezar a trazar los símbolos de la extraña puerta.

Mientras me concentro, observo la preciosa pluma que Nimue acaba de poner en mi mano, admirando todos sus detalles.

—Me la regaló mi abuela cuando le anuncié que empezaría a trabajar para el rey Constantino, su último regalo, no la volví a ver más—explica la hechicera con los ojos acuosos.

—¿La echas de menos?—pregunto retirando un mechón de pelo de su frente.

—Mucho, más que a nadie en el mundo—confiesa Nimue cerrando los



ojos—echo de menos a mis padres y hermanos, pero nada en comparación con la manera en la que recuerdo a mi abuela. Ella era la única que me aceptaba tal y como soy, los demás trataron siempre de ocultar mi conexión con la magia.

—¿Crees que el Primigenius vendrá a ayudarnos?

—Espero que sí, sin lugar a dudas tiene que estar sintiendo el tremendo aumento en energía mágica que hemos experimentado en estos últimos días, sobre todo con tu llegada. No se lo he dicho al rey y tampoco a Uther, pero desde que estás con nosotros, la energía mágica se ha disparado y es algo que me preocupa mucho porque no sé lo que significa—confiesa Nimue entre susurros.

—Espero que venga y que pueda ayudarte—respondo con una sonrisa antes de empezar a dibujar la primera runa.

—Ayer por la noche, mientras dormías, te estuve observando y me preguntaba si no estarás aquí por algún motivo. Quizá no ha sido casualidad, es posible que la magia te haya elegido a ti por alguna razón en concreto. O puede que solo sea lo que yo quiero creer, estabas tan hermosa mientras dormías...—admite Nimue peinando mi cabello entre sus dedos al tiempo que observa con detenimiento las runas que estoy dibujando.

—Es increíble lo bien que me acuerdo hoy de todos esos símbolos—reconozco dejándome mimar—ayer solamente eran imágenes confusas en mi mente, mientras que hoy los veo con toda claridad, ha sido una bendición que Uther me interrumpiera cuando iba a dibujarlos, hoy lo puedo hacer con mayor detalle.

—¿Los estás dibujando en algún tipo de orden?—inquire la hechicera detrás de mí antes de besar mi cabeza y hacerme temblar.

—En el orden en el que estaban colocados—respondo echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos mientras se me escapa un suspiro al sentir un beso en mi frente.

—Este de aquí, el que está más cerca del suelo a la izquierda, formado por tres líneas, recibe el nombre de *Iboib*, el enlace, es la runa que une el resto de los símbolos con la magia salvaje y necesita algún tipo de condiciones especiales para activarse, seguramente en este caso necesitaba el influjo de la luna y su luz junto a esa lluvia de estrellas que mencionas—explica señalando a uno de los símbolos.

—¿Reconoces algún otro símbolo?

—Estos dos se llaman *Abi* y *Afi*, se forman con cuatro y cinco líneas en forma de espiga y están relacionados con el tiempo. Son como un reloj de arena que una vez activados mantienen el portal abierto por un tiempo determinado, aunque desconozco cuánta actividad le concedió el hechicero que construyó ese portal, seguramente muy poco margen—admite Nimue—al menos es lo que yo hubiese hecho para evitar que por casualidad entrase alguien que no debiera.

—¿Cómo yo?

—Es posible. Ese portal temporal fue creado con magia muy poderosa para poder llegar hasta Camelot desde el futuro, aunque desconozco si alguien más lo cruzó además de ti—establece estudiando con detenimiento las runas.

—¿No debería haber otro portal exactamente igual aquí?—pregunto confusa tratando de ordenar mis ideas.

—No necesariamente, por lo que entiendo, ese portal conecta con la energía mágica de Camelot y es la propia magia la que te lleva al lugar donde quieres ir dentro del reino. En tu caso te llevó al lugar más seguro para ti, a los aposentos de Uther mientras él se encontraba allí. Supongo que si hubieses sido Kaeth Adú, te habría llevado junto al espíritu del lago en las ruinas de Myd. Sin embargo, si tú llegas a haber aparecido allí estarías muerta—expone de manera natural como si fuese lo más normal del mundo cruzar portales a través del tiempo.

Mientras la hechicera explica sus teorías, voy terminando de dibujar la puerta lo mejor que puedo y, nada más acabar de trazar la última runa, la que se iluminó justo cuando me coloqué debajo de la puerta y el portal se abrió, Nimue deja escapar un suspiro de auténtico pánico.

—¡Por los dioses!—exclama aterrorizada llevándose las manos a la boca.

—Tenemos un problema, ¿no?—pregunto al observar su reacción.

—Mucho más grande de lo que pensaba, ¿estás segura de que ese es el símbolo que has visto?

—Totalmente segura, lo recuerdo a la perfección porque se iluminó nada más colocarme debajo de él y fue la runa que abrió la puerta. Tras iluminarse, empecé a sentir que algo tiraba de mi cuerpo y aparecí en los aposentos de Uther—agrego recordando ese momento como si lo estuviese viviendo de nuevo.

—Ese símbolo pertenece a los Primigenii, solo ellos pueden invocarlo y, ojalá me equivoque, pero juraría que es el símbolo de la gran hechicera Kaeth Adú, la más poderosa de ellos; si ha venido a Camelot y se une al asedio no hay nada que podamos hacer. Recibe el nombre de *Oikidizt*, la runa maldita. Debo comprobarlo en los manuscritos antiguos de la gran biblioteca, no se lo enseñes a nadie, por favor, y no salgas de aquí, es muy importante—añade abandonando sus aposentos a todo correr antes de que pueda decir nada más.

Suspiro dejando escapar una gran cantidad de aire al tiempo que observo el símbolo que ha causado tanta preocupación en Nimue. Según ella, pertenece a la hechicera Kaeth Adú, la más peligrosa de los Primigenii y por la cara de terror que ha puesto, debe representar una amenaza muy grande.

Es muy extraño, porque siento como si ese símbolo me fuese familiar. Hoy he recordado cada una de esas runas sin apenas esfuerzo, y ahora incluso me empiezan a parecer familiares, quizá sea de tanto repasarlas en mi mente mientras las dibujaba.

Sacudo la cabeza y me encuentro dibujando ese último símbolo en el aire. Nada más terminar de hacerlo, mi cuerpo se tensa y una energía extraña me atraviesa como si fuese una corriente eléctrica, sintiendo un fuerte pinchazo cerca del corazón como si alguien hubiese desgarrado una parte con un fuerte tirón.

Permanezco mirando a la nada, rodeada de sombras que se mueven a mi alrededor y de voces que emiten palabras que soy incapaz de comprender hasta que alguien coloca las manos sobre mi frente y pronuncia órdenes en un dialecto que no entiendo, como si fuera un conjuro, y la oscuridad se disipa.

Al abrir los ojos, observo a Nimue llorando frente a mí con la cara descompuesta sin apartar las manos de mi frente. Abro la boca para agradecer su ayuda y no consigo sacar las palabras de mi garganta, empiezo a marearme y me envuelve la oscuridad.

# NIMUE

Tal y como imaginaba, los antiguos manuscritos de la gran biblioteca confirman mis mayores temores; el complejo símbolo que la viajera ha dibujado en la parte de arriba del portal es *Oikidizt*, la runa maldita, el símbolo de la hechicera oscura, Kaeth Adú. Solo de pensar que pueda estar en Camelot me produce escalofríos porque significaría nuestra segura perdición.

Me aferro a la esperanza de que el portal estuviese programado para abrirse por un pequeño lapso de tiempo en unas circunstancias muy particulares y, al ser atravesado por la viajera, se hubiese cerrado sin permitir a la gran hechicera cruzarlo. De ser así, al menos ganaríamos meses hasta que se cumplan de nuevo las condiciones y pueda llegar hasta nosotros.

Lo que no me explico es cómo la viajera ha sido capaz de dibujar el símbolo de Kaeth Adú con todo detalle desde su memoria. Ya es difícil recordar todas esas runas, pero el símbolo de la gran hechicera es de una complejidad enorme.

Regreso a mis aposentos y, nada más abrir la puerta, observo que la viajera se encuentra en estado de trance. Corro en su ayuda y coloco las manos sobre su frente repitiendo sin cesar el conjuro más poderoso que conozco para calmar a la magia que la envuelve. Temía que tarde o temprano esto pasaría. Sin duda, al atravesar el portal temporal repleto de la magia prohibida de Kaeth Adú, trazas de esa misma magia se habrán insertado en su cuerpo y reaccionarán hasta acabar con su vida si no conseguimos hacer algo para evitarlo.

Al terminar el conjuro, sus ojos se quedan en blanco y pierde el conocimiento. La llevo como puedo hasta la cama y la tumbo en ella preparando una pócima para tranquilizarla y calmar la fiebre que empieza a subir.

Mis ojos se llenan de lágrimas temiendo por su vida. Empiezo a sentir algo por ella, cada vez que me pierdo en esos ojos azules tengo que luchar para que no se me escape un suspiro. Sé que es injusto, sé que ella no pertenece a nuestro tiempo y que mi deber es luchar para que vuelva al suyo y no retenerla aquí conmigo, aunque eso sea exactamente lo que mi corazón suplica que haga.

Cuando por fin abre los ojos, dejo escapar un largo suspiro de alivio y no puedo evitar abalanzarme sobre ella para abrazarla y besarla, aunque ella solo me mira atónita sin comprender lo que está ocurriendo.

—Creí que te perdería—confieso con los ojos bañados en lágrimas.

—No recuerdo lo que ha pasado, dibujé una de las runas en el aire y me vi rodeada de sombras que se movían y hablaban en algún dialecto que no era capaz de entender hasta que has llegado y al colocar tus manos en mi frente se disiparon—explica con la tez pálida.

—Te rodeó una magia muy poderosa, temía que esto pudiese ocurrir, por favor, sea lo que sea lo que hayas dibujado en el aire no vuelvas a hacerlo bajo ninguna circunstancia. La magia siempre tiene consecuencias y la mayoría no somos capaces de entenderlas. Has estado rodeada de magia muy poderosa al atravesar ese portal, magia perteneciente a la propia Kaeth Adú. Ya es todo un milagro que sigas con vida y que el portal te haya dejado pasar. Te suplico que no corras ningún riesgo—solicito limpiándome con la manga del vestido las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Al verla despertar, mi corazón se ha llenado de alegría. Cada vez soy más consciente de que la viajera empieza a significar mucho para mí y lo que ha ocurrido me demuestra que se encuentra en un grave peligro, mucho más que el propio Camelot. Ha estado expuesta a la magia de la gran hechicera; seguramente su suerte está echada y no sobrevivirá, pero tengo claro que haré todo lo posible para que esos preciosos ojos azules sigan llenos de vida.

# Capítulo 11

# ANA

Cuando por fin estoy más recuperada, Nimue deja entrar a Uther que lleva insistiendo en hacerlo casi toda la mañana.

—Nimue me ha dicho que has estado jugando con la magia y eso es peligroso si no la entiendes—bromea en tono distendido nada más entrar.

Desconozco si es por el nuevo brebaje que la hechicera ha preparado, pero vuelvo a encontrarme llena de energía, ahora mucho más de lo que recuerdo haberme sentido nunca en la vida. Es como si todos mis sentidos se hubiesen agudizado y mi mente se encuentra también mucho más clara.

—Así que al parecer la principal diferencia entre el Camelot que ha transcendido hasta tu época y el nuestro es que mi hermano Arturo ha nacido una generación antes de tiempo—afirma Uther pensativo pasándose una mano por su negra barba.

—Salvo que el futuro hijo de Igraine sea un niño y se llame Arturo—bromeo sintiéndome mejor ante la cara de asombro de Nimue al escuchar mis palabras.

En cuanto salen por mi boca, me percató de que quizá el heredero al trono pueda considerarlas como un insulto e intento disculparme antes de que Uther vuelva a retomar la palabra.

—Desde luego, podría ser una posibilidad, pero no creo que nunca llegue a ocurrir—asegura en tono serio—. Imagino que ya te habrás dado cuenta de que Arturo y yo no mantenemos una relación que podría considerarse como fraternal.

Sin saber muy bien qué contestar, solamente asiento con la cabeza. Es evidente que cada vez que el nombre de Arturo viene mencionado, su hermano Uther se tensa como si el mero hecho de nombrarle fuese una provocación y me muero de ganas por saber lo que ha ocurrido, aunque prefiero que sea él quien saque el tema y no yo.

—Arturo es dos años más joven que yo, pero siempre se creyó con derecho al trono por diversas razones—explica Uther con una mueca de disgusto—. He de reconocer que siempre ha sido mucho mejor que yo con la espada o con el arco y mi madre le hizo albergar esperanzas de reinar algún

día sobre Camelot al tener cierta conexión con la magia que yo no poseo. Mi madre, que los dioses tengan en su gloria, era una mujer un tanto inestable y pensaba que los picos de magia durante el embarazo de Arturo eran una señal de que sería un gran rey en el futuro.

—Aunque eso es justo lo que dicen las leyendas que han llegado hasta el tiempo de la viajera—interrumpe Nimue logrando un evidente enfado en Uther que no logra disimular.

—¡Las leyendas son leyendas!—replica el heredero al trono alzando la voz—dependen de quien las escriba o de quien ordene escribirlas.

Tanto Nimue como yo asentimos con la cabeza y se forma un silencio muy incómodo durante unos momentos hasta que Uther retoma la palabra de nuevo para seguir con su historia.

—Fue un tiempo muy complicado para el reino, porque el padre de Igraine quería saber quién de los dos sería el heredero al trono de Camelot para desposar con él a su hija y sellar el tratado entre ambos reinos. La situación se volvió tan compleja, que el Primigenius acudió en nuestra ayuda ofreciéndose a elegir quién debía ser el sucesor al trono—explica Uther en su habitual tono calmado.

—¿Entonces fue el propio Merlín quien te eligió como futuro rey en contra de Arturo?—pregunto asombrada—en las leyendas de mi tiempo, y perdón por volver a mencionarlas, Merlín siempre fue muy leal a Arturo.

Uther y Nimue se miran sorprendidos ante mis palabras y diría que hasta un poco asustados.

—No, Merlín nunca ha estado en el castillo, y espero que jamás llegue a pisarlo—grita Uther con evidente enfado—. Esa es justo la teoría de Nimue, que de alguna manera Arturo ha conseguido la ayuda de Merlín y pretende atacar el castillo.

Prefiero no decirle nada en vista de su actual enfado, no quiero jugarme la cabeza, aunque no sé si es consciente de que las cosas empiezan a cuadrar con las leyendas que yo conozco y su futuro no parece prometedor.

Si Merlín y Arturo atacan el castillo y tienen éxito como Nimue teme, las leyendas que han llegado hasta mi tiempo bien podrían tener una gran parte de verdad. Arturo se convertiría en el rey de Camelot que, con la ayuda del



mago Merlín, sería el reino más poderoso de la zona. No solo eso, sino que Arturo podría escribir la historia como él quisiera y describirse como el hijo de Uther e Igraine y no como el hermano que usurpó el trono por la fuerza.

—Mi hermano Arturo pensaba que al igual que él era el favorito de nuestra madre, yo era el favorito de nuestro padre. Veía las cosas demasiado en blanco y negro sin darse cuenta de que yo pasaba más tiempo con nuestro padre simplemente porque era el hijo mayor, el que debería reinar algún día y debía aprender, mientras que él gozaba de una libertad que no valoraba—continúa Uther ya más calmado.

—Pero entonces, si no ha sido Merlín quien vino al castillo a elegir al futuro rey de Camelot, ¿quién ha sido?—pregunto confusa sin entender lo que me está explicando.

Uther suelta una sonora carcajada antes de seguir hablando.

—Mordred, ¿quién si no? Solo hay tres Primigenii, que sepamos al menos, si no es Merlín, tiene que ser necesariamente Mordred porque a nadie se le ocurriría pensar en Kaeth Adú—responde llevándose una mano a la frente mientras ríe abiertamente y hace un gesto con la cabeza como no creyendo lo que acaba de escuchar.

—¿Mordred es un Primigenii?—pregunto con los ojos como platos—en las leyendas de mi tiempo Mordred es un caballero y acaba muriendo a manos de Arturo en una batalla.

Ahora es Nimue la que se une a Uther en una abierta carcajada que parece no tener fin.

—Aun siendo el menos poderoso de los tres Primigenii, las posibilidades de Arturo de matar a Mordred son completamente nulas—explica Nimue con una preciosa sonrisa cogiendo mi mano entre las suyas.

A ellos puede parecerles muy divertido, pero la historia vuelve a cuadrar. Si Merlín se deshace de Mordred, Arturo puede contar la leyenda como que ha sido él y que llegue de esa forma al futuro.

—En vista de que las leyendas de tu tiempo y la realidad empiezan a desviarse demasiado, seguiré con la historia para que comprendas mejor nuestra situación—apunta el heredero al trono—. Mi madre no quería que Mordred se reuniese con Arturo para determinar si sería un buen rey y, en

cambio, prefería que lo hiciese Merlín debido a la distinta percepción de la magia que tenían los Primigenii.

Sigo escuchando con educación, aunque empiezo a estar perdida y no quiero interrumpirle, menos mal que Nimue parece darse cuenta y corta momentáneamente a Uther para introducir una explicación que me ayude a aclarar las ideas.

—Mi señor—interrumpe Nimue en voz baja y haciendo un gesto con la mano como pidiendo disculpas—si se me permite, la viajera desconoce por completo la historia de los Primigenii. Pienso que debemos explicarle que, aunque estos seres son capaces de dominar la magia y han convivido con ella innumerables años, su percepción de la energía mágica es muy diferente. Mordred es de la opinión de que la magia puede resultar peligrosa y prefiere sellar los principales focos de energía antes de que circule salvaje y pueda dañar a los humanos, mientras que Merlín quiere utilizar la magia como instrumento de poder y por tanto prefiere que circule libre.

—¿Y Kaeth Adú?—pregunto con interés provocando que ambos crucen una mirada extraña antes de contestar.

—Kaeth Adú desea explorar los límites de la magia, gracias a ello se ha convertido en la hechicera más poderosa, muy superior a los otros dos Primigenii, aunque es altamente inestable. Gracias a los dioses no se trata con los humanos, nos considera seres inferiores.

—Nadie en su sano juicio se acercaría a ella o a las ruinas de Myd—añade Uther negando con la cabeza.

—¿Las ruinas de Myd?

—Myd es donde Kaeth Adú pasaba gran parte de su tiempo, su santuario, cada Primigenii tiene uno. Según los antiguos pergaminos es el mayor foco de magia salvaje que existe. Dicen que ahora son solamente unas ruinas, pero nadie lo sabe, cuentan las crónicas que allí habita Drarix, el espíritu maligno del lago, un demonio que las protege como buen servidor hasta que Kaeth Adú regrese. Ni siquiera los otros dos Primigenii osarían acercarse a las ruinas de Myd—agrega Nimue con el rostro serio.

Me muero de ganas por seguir preguntando a Nimue sobre Myd o el demonio Drarix, por muy interesante que sea la historia de la sucesión al trono de Camelot, esto me lo parece muchísimo más. Por desgracia, Uther

tiene otros planes y decide proseguir con su relato de manera unilateral.

—Antes de que fuese interrumpido por Nimue estaba explicando que mi madre no quería que mi hermano Arturo se reuniese con Mordred, en cambio tuvo que aceptarlo. Pasamos tres días con el hechicero hablando de todo tipo de temas. Tres días en los que Arturo aprovechó para hacer gala de sus conocimientos sobre magia y pociones que le enseñaba el inútil del anterior mago de mi padre. Al cabo de esos tres días yo estaba totalmente convencido de que Mordred elegiría a Arturo en base a su superioridad sobre mí en las armas o en la magia. Por el contrario, el Primigenius confesó a mi padre que yo sería un mejor rey para Camelot—establece Uther Pendragon con orgullo.

—Y supongo que Arturo no se lo tomó bien—aventuro alzando las cejas.

—No, no se lo tomó nada bien y nuestra madre tampoco, estaba totalmente convencida de que Arturo sería el elegido y culpó de todo a Mordred. Pocos meses más tarde, nuestra madre murió de unas extrañas fiebres y la situación entre Arturo y yo empezó a hacerse insostenible, ya no había simplemente rivalidad sino que llegaba al odio, lo que preocupaba enormemente a nuestro padre, el rey Constantino. El mismo día en el que Igraine llegó a Camelot con su padre para sellar de manera oficial nuestro enlace, Arturo desapareció y nunca más volvió a ser visto, aunque cada cierto tiempo llegan rumores sobre él—gruñe Uther sacudiendo la cabeza.

—Como que se encuentra conspirando con el mago Merlín para atacar el castillo y hacerse con el trono—inquiero dirigiendo mi mirada a Nimue.

—Por ejemplo—asiente ella apretando mi mano entre las suyas.

Las ideas vuelan libres en mi mente tras escuchar esas historias de intrigas palaciegas, grandes hechiceros y demonios del lago y casi hace que se me olvide que mi tiempo no es este. Allí afuera en algún lugar o dimensión, hay otro mundo que me espera y al que de verdad pertenezco, aunque no sepa ni cómo llegar a él ni si podré hacerlo algún día.

## Capítulo 12

El sol se encuentra ya muy alto en el cielo, debe ser mediodía. Hemos pasado una buena parte de la mañana conversando con Uther y mi estómago empieza a rugir con fuerza. Nimue se percata de ello y, sonriendo, abandona sus aposentos durante unos instantes para ordenar que nos traigan algo de comer.

Mi cabeza sigue siendo un avispero de ideas tras escuchar las historias de Uther y ahora que estoy sola con Nimue aprovecho para satisfacer mi curiosidad.

—¿Has estado alguna vez en las ruinas de Myd?—le pregunto curiosa.

—Ya has escuchado a Uther, nadie osaría acercarse a esa zona—admite con el rostro muy serio—. Cada cierto tiempo, alguna partida de caballeros se aventura en ese territorio para intentar capturar al demonio Drarix, en busca de fama y fortuna, aunque lo que encuentran es una muerte segura. Nadie ha regresado jamás de ese lugar maldito.

—¿Qué tiene de especial? Aparte de que viva allí un demonio, claro—insisto sin saber por qué ese lugar llama tanto mi atención.

Nimue se sienta a mi lado sobre su cama y pega su cuerpo al mío cogiendo mi mano entre las suyas antes de seguir hablando.

—Al igual que Camelot está construido sobre un gran reservorio de energía mágica, existen otros lugares similares. Mordred ha intentado sellar una parte importante de ellos, pero no todos. Los tres Primigenii tienen cada uno algo que llaman su santuario, es un lugar sagrado para ellos. Las ruinas de Myd son el territorio de la gran hechicera Kaeth Adú. Como indiqué cuando hablamos con Uther, según los pergaminos antiguos ningún lugar en la tierra posee tanta energía mágica. Allí, su magia se torna mucho más poderosa, tanto como para convertir al demonio Drarix en su servidor—asegura Nimue con el gesto muy serio mientras aprieta mi mano.

—¿De dónde ha salido ese demonio? ¿Existen más como él?—inquiero con un millón de preguntas en mi mente.

—Eres muy curiosa, viajera, serías una buena hechicera—bromea Nimue acariciando mi mano con su dedo pulgar—. Cuentan las antiguas leyendas que Kaeth Adú, tratando de probar los límites de su magia, abrió un portal hasta el mismo Lelyal Morifer, un mundo prisión donde moran los demonios y el resto de los seres malignos. Drarix fue el primero que se aventuró a cruzar ese portal y fue capturado por Kaeth Adú convirtiéndole en su servidor con un potente hechizo.

—¿Eso es cierto?—pregunto asustada.

Nimue rodea mi cintura con su brazo y me acerca hasta ella besando mi mejilla y sonriendo.

—Nadie lo sabe, desde luego yo no pienso ir hasta las ruinas de Myd para preguntar a Drarix o a Kaeth Adú si es que sigue allí. Quizá sea solamente una leyenda, quién sabe. Una vez, Uther me dijo que había escuchado que Mordred le comentó al rey Constantino que Kaeth Adú estuvo a lo largo de su vida a punto de destruir a la humanidad dos veces mientras probaba sus límites. Muchos dicen que la propia Kaeth Adú se encuentra prisionera en el inframundo de Lelyal Morifer y por eso nadie la ha visto en muchos años—explica Nimue acariciando mi mejilla.

Al sentir la calidez de su mano sobre mi piel, no puedo evitar ladear el cuello y cerrar los ojos dejando escapar un largo suspiro. Nimue coloca su frente sobre la mía acariciando mi mejilla y mi cuello con el reverso de su mano mientras yo cierro los ojos esperando un beso que no llega.

—Cerca de Camelot, hacia el sur, existe un lugar llamado Stonehenge que posee energía mágica sin sellar—continúa Nimue sin que nuestros labios se encuentren—. Si no hay peligro de un ataque inminente y el rey nos proporciona una escolta te puedo llevar hasta allí. Es el único lugar que se me ocurre en el que podríamos encontrar una forma de devolverte a tu tiempo, si exceptuamos las ruinas de Myd. En cualquier caso, espero que Mordred aparezca y aporte algo de luz a todo este misterio.

Simplemente sonrío sin apartar la mirada de sus ojitos color avellana, por muy interesantes que parezcan sus historias, en estos momentos estoy mucho más interesada en ella. Nimue se da cuenta y vuelve a apoyar su frente sobre la mía, dejando nuestras bocas a milímetros hasta que, poco a poco, vamos borrando esa distancia y nuestros labios se encuentran en un maravilloso beso.

La joven hechicera recorre mis labios con la punta de su lengua haciendo que se me ericen los pelos de la nuca antes de morder con cariño mi labio inferior. Sus suaves gemidos apagados en mi boca son más que suficientes para hacerme enloquecer y me tumbo en la cama tirando de ella para que se coloque sobre mí.

Siento su peso sobre mi cuerpo, el olor a té de menta en su boca, la suavidad de sus labios en los míos, la pasión de su sexo buscando mi muslo. Cada uno de mis sentidos es capaz de percibir nuevas sensaciones y Nimue me hace enloquecer. Tiro de la tela de su vestido intentando llegar a su piel mientras noto que su cálida mano se desliza bajo mi camisón por el costado acercándose peligrosamente a mi pecho y arrancando un gemido de mi boca. Muero de ganas por sentir su cuerpo desnudo sobre el mío, su piel en mi piel.

Unos golpes en la puerta de sus aposentos nos devuelven a la realidad. ¡Mierda! Nimue se levanta asustada como un resorte y se coloca el vestido al tiempo que trata torpemente de peinarse antes de abrir la puerta y dejar entrar a dos hombres que nos sirven una succulenta comida.

—No me lo puedo creer—exclamo riendo y negando con la cabeza en cuanto los dos hombres abandonan sus aposentos.

Nimue todavía está algo pálida del susto, sonrío y cerrando los ojos sacude la cabeza y mira hacia arriba como pensando que ha faltado muy poco.

En vista de la interrupción, decidimos almorzar antes de que la comida se quede fría. Sobre la mesa, una sopa humeante que huele que alimenta llama mi atención. Nimue me comenta que se llama sopa Teóloga y que es la preferida del rey Constantino. Me acerco un poco más a ella y nada más hacerlo puedo percibir el olor del pollo, la cebolla, leche, queso y pimienta, es como si pudiese distinguir cada uno de sus componentes solamente por el olfato.

El calor de la sopa me reconforta, rodeo el gran tazón con las manos mientras mis pupilas gustativas parecen darse un festín discerniendo cada uno de los matices de sabor al tiempo que mi olfato se deleita con los olores de la humeante sopa y las succulentas perdices que vienen a continuación.

Vuelvo a comer como una cosaca, como si mi cuerpo necesitase reponer una cantidad de energía infinita, ante el asombro de Nimue que me asegura divertida que nunca había visto a una mujer ingerir tal cantidad de comida, pero es que los platos que preparan en este castillo son una auténtica maravilla y me cuesta quitarme el hambre.

Tras dar buena cuenta de los platos, y con una gran jarra de vino en nuestros cuerpos nos tumbamos en la cama. Mi corazón quiere salirse del pecho al observar a Nimue desnudarse frente a mí para vestir el camisón que llevaba anoche. Es bellísima.

—¿Te encuentras bien? ¿Has sentido algo diferente desde que te rodeó la magia?—pregunta acostándose junto a mí.

—No, me siento llena de energía, te parecerá una tontería, pero creo que jamás había estado tan alerta—reconozco con una sonrisa—. Ayer estaba muy cansada y, en cambio, hoy no queda ni rastro de ese cansancio. Me siento más viva, percibo multitud de olores y sabores, los sonidos de los pájaros en el jardín, el viento en los árboles, el calor de tu piel.

Nimue me devuelve la sonrisa y besa mis labios. Sabe al delicioso té de menta que acabamos de tomar, sorprendentemente efectivo, aunque echo de menos la pasta de dientes.

—Estoy muy preocupada por ti—admite con rostro serio—¿Has perdido visión?

—No, todo lo contrario—respondo sorprendida—hace unos momentos, cuando me he asomado a la ventana, podía ver con claridad cosas que estaban muy lejos, quizá porque el día es muy claro, pero me extrañó. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tus ojos son hoy más azules, de una tonalidad algo más clara. No sé lo que significa, quizá no tenga ninguna importancia, pero es vital que me comentes cualquier cosa que te ocurra. Te repito una vez más que has estado en contacto con una magia muy poderosa y no sabemos cómo va a reaccionar tu cuerpo ante ella—confiesa Nimue con un nuevo beso.

—Cuando Uther me trajo aquí por primera vez y me examinaste, recuerdo que habías comentado que parecía que tenía como una pequeña semilla de magia en mi interior, ¿la sigues sintiendo?—pregunto con curiosidad.

—La explicación más probable es que sean trazas de la poderosa magia a la que has estado expuesta al atravesar el portal, no debes preocuparte—responde pasando lentamente su dedo índice por mis labios.

Dejando escapar un suspiro, lo beso e insisto con mi pregunta.

—¿Sigues sintiendo esa magia o no, Nimue?

—Para sentirla debo tocarte—reconoce acariciando mi mejilla con su dedo pulgar—¿De verdad quieres saberlo?

Ante mi insistencia, Nimue accede a examinarme de nuevo en busca de magia en mi interior, retirando uno de los tirantes del camisón de mi hombro para colocar la palma de su mano sobre mi pecho izquierdo, en mi corazón, y cerrar los ojos concentrada.

—¿La sientes?—pregunto con curiosidad.

—Siento tu pezón ponerse duro bajo mi mano y tu corazón latiendo con fuerza—bromea ella cubriéndome con su cuerpo y llenándome de besos.

—Hablo en serio, Nimue—insisto.

—Sigue ahí, y ha crecido. Ha crecido mucho—confiesa la hechicera perdiendo su sonrisa.

Ante mi cara de preocupación, me asegura de nuevo que no tiene por qué significar nada grave, posiblemente el mero hecho de haber estado en contacto con la energía mágica del portal. Afirma que es probable que las trazas de magia perciban los picos de energía de Camelot y que lo único que podemos hacer ante la falta de información fiable es observar las reacciones de mi cuerpo.

—Por si acaso, no tendré más remedio que colocar varias veces al día mi mano sobre tu pecho desnudo para comprobarlo—bromea Nimue tratando de que me olvide de mis preocupaciones.

Consigue sacarme una sonrisa y al colocar su cabeza sobre mi pecho cierro los ojos dejando escapar un largo suspiro. Su sola presencia me tranquiliza y el contacto con su cuerpo hace que, momentáneamente al menos, no me importe seguir en este lugar.

Mientras peino su cabello entre mis dedos y se queda dormida sobre mi pecho reflexiono sobre la locura que estoy viviendo; perdida en Camelot en un tiempo muy lejano al mío, sin saber si seré capaz de volver a mi mundo y empezando a enamorarme de Nimue.

## Capítulo 13



# ANA

Todo parece normal, me despierto e inspiro una gran cantidad de aire esperando despertarme de nuevo en mi hogar, pero cuando abro los ojos me encuentro tumbada sobre un duro e irregular colchón, en la cama de Nimue rodeada de cortinas.

Dejo escapar el aire de mis pulmones con lentitud, comprobando que Nimue ya no está conmigo en la cama aunque su olor sigue entre los almohadones. El colchón ni siquiera está caliente, por lo que la joven hechicera debe de haberse levantado hace ya un buen rato.

He estado apenas dos días en Camelot y mi confusión crece por momentos. Sacudo la cabeza en un intento por ordenar mis ideas mientras pienso en cómo es posible que las historias que han llegado hasta mi tiempo no se correspondan con lo que aquí ocurre. O al menos, no se corresponden de momento, es posible que sucedan en el futuro.

Cabe la posibilidad también de que quienquiera que haya sido el hechicero que construyó el portal temporal en mi mundo se mueva entre presente y futuro con libertad y haya podido modificar la historia y las leyendas. Si no fuese por Nimue me volvería loca, es ella quien consigue que permanezca anclada a la realidad, luchando por encontrar una manera de volver a casa.

Corro una de las cortinas y salgo de la cama, mis pies descalzos sobre la suave piel de algún animal para evitar el frío suelo de piedra del castillo. Miro alrededor y no hay ni rastro de Nimue, aunque me ha dejado algo de leche y lo que parecen unos dulces para desayunar.

Me sorprende a mí misma devorando el desayuno al igual que he hecho con cada comida en el día anterior, degustando toda la variedad de sabores y olores. Soy capaz incluso de escuchar sonidos en el pasillo del castillo, más allá de la puerta de los aposentos de Nimue, cosa que no había conseguido hacer hasta hoy, como si mis sentidos se estuviesen agudizando, aunque seguramente sea por la ausencia de ruidos y contaminación en comparación con mi tiempo.

Mientras estoy concentrada en escuchar esos sonidos, me percató de unos pasos ágiles que se acercan a la habitación y reconozco las pisadas de Nimue antes de que ella abra la puerta.

—Ha venido el Primigenius—exclama con los ojos iluminados—quiere hablar contigo cuanto antes.

Me desprendo del camisón y me visto a toda prisa con la ayuda de la hechicera que me observa con detenimiento y, antes de que me quiera dar cuenta, estamos recorriendo los pasillos en dirección al salón del trono para encontrarnos con Mordred.

Caminamos con prisa a través de los patios interiores interconectados donde numerosos soldados se ejercitan con las armas hasta la zona sur del castillo en la que se encuentran los aposentos de los miembros de la casa real y el salón del trono, cruzándonos con varios caballeros armados de aspecto imponente que nos observan impassibles, casi sin pestañear.

Al llegar ante la gran puerta que conduce hasta el salón del trono, Nimue saluda a los guardias de la entrada que le hacen un gesto con la cabeza en forma de saludo y se disponen a abrir la puerta para permitirnos el paso.

Sin embargo, justo en el momento en el que la gran puerta de madera y forja comienza a abrirse, siento de improviso un mazazo que me deja sin respiración, algo similar a lo que había sentido al colocarme bajo el arco del portal temporal antes de que aquella poderosa fuerza atrapase mi cuerpo y empezase a estirarlo.

Instintivamente, me llevo la mano al corazón temiendo un infarto causando una mirada de preocupación en Nimue que sujeta mi cara entre sus manos con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Qué te ocurre, Ana? Por favor, dime que te encuentras bien—suplica angustiada.

Lentamente, recupero la respiración y me voy sintiendo algo mejor, aunque un sudor frío recorre mi frente. Nimue me explica que ella ha sentido un fuerte pico de magia cuando se abrió esa puerta, posiblemente por la presencia del Primigenius, y es posible que yo también lo haya sentido, quizá magnificado al contener mi cuerpo trazas de la poderosa magia de la hechicera oscura.

De pronto, se pone seria y me coge por el codo, conduciéndome por el pasillo lejos de la puerta.

—Hay algo de lo que debemos hablar antes de que te examine el Primigenius. Como te he comentado, creo que nos encontramos al borde de un gran peligro, a punto de sufrir un ataque liderado por Arturo y Merlín para usurpar el trono del rey Constantino—asegura con el rostro muy serio y cara de preocupación—. Es posible también que realmente poseas magia aunque no lo sepas y no sean simplemente trazas de energía tras haber cruzado el portal.

—¿Crees que eso es posible?—pregunto confusa.

—No podemos descartar nada, pero si eso fuese así, quizá debas aprender a canalizar esa magia para intentar sobrevivir si se produce un ataque, no sé el tiempo que te queda para aprender, sería algo muy básico en el caso de que el Primigenius no pueda devolverte a tu mundo—explica un poco acelerada.

—¿Tú podrías enseñarme?

—Sí, podría hacerlo, pero quiero que seas consciente de que el uso de la magia te cambiará para siempre, si tomas esa decisión no volverás a ser la misma, aunque sea de manera básica, y cuanto más poderosa la magia más demandará de ti. Quería que lo supieses antes de hablar con Mordred, desconozco los planes que tiene para ti, pero eres tú la que debe decidir, en el caso de que poseas algo de magia, si quieres aprender o no a canalizarla. Esa decisión es solo tuya y es de extrema importancia, no quiero que sufras—revela Nimue clavándome en el alma sus ojos color avellana.

En los dos días que he estado junto a ella, nunca la había visto así de agitada, ni siquiera cuando Igraine la acusó de conspirar contra la corona. Sus ojos reflejan una preocupación genuina que hace que se me forme un nudo en la garganta, así que me quedo en silencio, tratando de elegir bien las palabras antes de contestar.

—Nimue, creo que mi vida ya ha cambiado para siempre, y tengo la impresión de que va a seguir cambiando mucho más—expongo cogiendo sus pequeñas manos entre las mías y tratando de esbozar una sonrisa—. Estoy segura de que he atravesado esa puerta por equivocación, pero quiero que sepas que conocerte ha sido una de las mejores cosas que me han ocurrido en la vida y, pase lo que pase, nada lo va a cambiar.

En silencio y algo más calmadas, volvemos sobre nuestros pasos y una vez que los caballeros armados nos permiten la entrada, franqueamos la puerta del gran salón del trono con una solemnidad digna del entorno.

Allí se encuentra el viejo rey Constantino sentado en su trono, Uther, su esposa Igraine y un hombre viejo cubierto con una túnica verde y apoyado sobre un enorme bastón que imagino que es el

Primigenius.

Cuando nos acercamos un poco más y saludamos, todos los ojos se centran en el nuevo visitante que parece observarme con sumo detenimiento sin decir una palabra. El silencio se vuelve de lo más incómodo, lo que aprovecho para fijarme un poco más en él. Parece muy viejo, sería difícil adivinar su edad, aunque irradia una gran energía, una fuerza tan grande que parece que la puedes tocar. Sus ojos son penetrantes, de un gris claro precioso, casi transparente y se apoya en el gran bastón que asemeja a un tronco retorcido.

—Sabía que volvería a verte, aunque tenía la esperanza de que no fuese así—reconoce ante mi asombro meneando la cabeza.

Prefiero no hablar, yo nunca he estado en este tiempo con anterioridad, así que no podemos conocernos salvo que él haya viajado al futuro. Por algún motivo me resulta familiar, pero no creo que nos hayamos encontrado nunca, quizá le estoy asociando al mago de una famosa trilogía de películas.

En cualquier caso, una brizna de esperanza se abre en mi corazón, si me ha conocido es que ha sido capaz de viajar al futuro, y si él lo ha logrado, es muy probable que pueda devolverme a mi tiempo, a mi hogar.

—¿Es posible que no recuerdes nada de nada?—insiste observándome con sus ojos penetrantes y su cara a escasos centímetros de la mía.

—No—respondo negando con la cabeza.

Ni siquiera se digna en contestarme y de pronto, cerrando los ojos, palpa con su mano libre el aire cerca de mi cuerpo como tratando de encontrar algo.

—Es increíble, un trabajo maravilloso, jamás pensé que se podría hacer una labor de tal precisión—indica dirigiéndose a Nimue que le mira sin entender nada.

El Primigenius deja su bastón apoyado sobre una silla que se encuentra cerca de él y abre ahora las dos manos caminando lentamente alrededor de mi cuerpo y palpando el aire como había hecho con anterioridad.

—¿Has sentido su magia?—pregunta dirigiéndose de nuevo a Nimue como si yo no estuviese presente o fuese invisible.

Ella asiente con la cabeza y le indica que ha percibido la pequeña semilla de magia en mi interior, aunque desconoce si son trazas de energía tras haber cruzado el portal o realmente soy poseedora de un poco de magia. Afortunadamente, no menciona que la magia de mi interior parece haber crecido desde que he llegado para evitarme problemas.

—Lo que has percibido, joven hechicera, es una obra maestra del engaño—exclama el Primigenius con una carcajada mientras se dirige a Nimue—. Un engaño tan perfecto que ha conseguido engañarse a sí misma. Indetectable fuera de un entorno mágico y aun así, muy difícil de localizar, un camuflaje perfecto. Es verdaderamente fascinante, jamás pensé que se podría hacer un trabajo de tanta precisión.

Tras expresar esas palabras se queda callado en un incómodo silencio mientras el resto de los asistentes a la extraña reunión nos miramos unos a otros sin entender nada de lo que está ocurriendo.

Cuando por fin retoma la palabra, la tensión en la sala es tan grande que prácticamente se puede cortar con un cuchillo, aunque lo que viene a continuación no ayuda en absoluto a que los ánimos se relajen.

—Nimue es de la opinión de que estamos a punto de recibir un ataque de Arturo con la ayuda de

Merlín. Sus observaciones, junto a los acontecimientos ocurridos me indican que su teoría es muy probable—expone asintiendo con la cabeza ante la mirada aterrada del rey Constantino.

—Llevamos mucho tiempo sin ver a Merlín—exclama Uther—¿qué motivos tendría para ayudar al traidor de mi hermano?

—Tu hermano Arturo es solamente una marioneta en las manos de Merlín—explica el mago en tono pausado—. Su aspiración es dominar el mundo y con Kaeth Adú desaparecida nadie tiene el suficiente poder para enfrentarse a él, aunque supongo que a Kaeth Adú le hubiesen dado igual sus planes para dominar el mundo.

—¿Por qué no nos ataca directamente?—pregunta Nimue confusa—su poder es suficiente como para asaltar el castillo él solo.

—Sin duda lo es, pero si el resto de los reinos observan un ataque unilateral por su parte, se formaría una alianza en su contra, una alianza tan poderosa que pondría en aprietos a la propia hechicera oscura y contra la que Merlín posiblemente tendría las de perder—reconoce el Primigenius—. Por eso lo camufla como una batalla por la sucesión al trono de Camelot, y esa será la primera piedra para continuar con sus planes.

—Se dice que Arturo ha conseguido el apoyo de casi todas las tribus celtas y tiene un ejército de más de cincuenta mil hombres, ¿qué posibilidades tenemos de repeler un ataque tan formidable si recibe la ayuda adicional de Merlín?—Pregunta apesadumbrado el viejo rey Constantino.

—Normalmente te contestaría que ninguna, viejo amigo, pero los acontecimientos han tomado un giro tan inesperado que nadie lo podía haber previsto, ni siquiera Merlín o yo mismo—confiesa el mago con una enigmática sonrisa.

# Capítulo 14

# NIMUE

Observar cómo el cuerpo de la viajera se estremece al percibir el pico de magia causado por el Primigenius cuando se abre la gran puerta de madera me causa una gran aprensión. Yo he sentido el mismo pico de energía, pero en su caso fue como si hubiese recibido un golpe.

Sacudo la cabeza y trato de no pensar en ello suponiendo que simplemente se trata de que su cuerpo todavía no se ha adaptado a estar rodeado de magia, pero aun así, decido avisarla antes de entrar.

Desconozco si realmente es poseedora de magia o, por el contrario, son solamente trazas de energía tras haber cruzado el portal, pero en el caso de que sea lo primero, es posible que Mordred exija que luche a nuestro lado y debe ser consciente de lo que se juega. Incluso si sobrevive, la magia la cambiará para siempre.

La actitud del Primigenius cuando entramos en el salón del trono es de lo más extraña, me desconcierta por completo. Parece haber conocido a la viajera en algún lugar, posiblemente en el futuro, lo que implicaría que Mordred puede estar viajando en el tiempo, quizá a través del mismo portal u otro de similares características. Eso significaría que existe una manera de devolver a la viajera a su tiempo, lo que alegra mi corazón.

Por mucho que me duela separarme de ella, si es verdad lo que ha dicho el rey Constantino sobre los rumores que indican que Arturo ha conseguido reunir un ejército de cincuenta mil hombres y si es cierto que está apoyado por Merlín, Camelot no es el lugar adecuado para encontrarse en estos momentos.

Cualquier posibilidad, por remota que sea de devolver a Ana a su tiempo será bien recibida por mi parte. Supongo que es mi destino, tener que separarme siempre de las personas por las que siento algo.

Pero si extraño ha sido el recibimiento del Primigenius, la valoración que ha hecho sobre la magia de la viajera me ha dejado completamente confusa. Es cierto que Mordred casi nunca habla claro, supongo que es la naturaleza de su ser, sin embargo no he sido capaz de entender nada de lo que ha dicho. Todavía no sé si Ana es poseedora de magia y en qué consiste el trabajo de camuflaje del que tan enigmáticamente habla.

# IGRAINE

Al fin Arturo ha sido capaz de reunir un gran ejército y marcha ya hacia Camelot. Por lo que me ha dicho, no ha sido nada fácil convencer a algunas de las tribus, aunque casi todas odian el dominio que el rey Constantino y Camelot ejercen en la zona.

No veo el momento en el que mi amado Arturo entre triunfante por la puerta del castillo para reclamar su derecho legítimo al trono. Camelot debe estar gobernado por un monarca bendecido por la magia y ni Constantino ni Uther lo han sido. Son reyes débiles, no guerreros como Arturo.

La última vez que he hablado con él no tenía todavía ninguna noticia del gran hechicero Merlín, me informó de que se encontraba en un largo viaje en tierras lejanas y desconocidas, aunque Mordred parece dar por sentado el hecho de que Merlín formará parte del ataque.

Al escuchar esas palabras, mi corazón se reconforta, la llegada de Mordred al castillo ha sido un gran jarro de agua fría, complica sobremanera las posibilidades de éxito, pero si Merlín se une al asedio no hay nada que temer, el triunfo está asegurado.

Me pregunto si los espías de Arturo están al tanto de la visita de Mordred al castillo, espero que sí. Yo tendría que reunirme con él mañana en las inmediaciones del bosque oscuro tal y como acordamos en nuestra última cita. Sin embargo, con el Primigenius en el castillo y la extraña viajera no puedo arriesgarme. Si el viejo rey se llega a enterar algún día de que estoy conspirando para llevar a Arturo al trono de Camelot mi vida no tendrá ningún valor, por mucho que mi padre tenga un pacto con el reino.

Debo jugar bien mis cartas y ser paciente, pronto mi amado Arturo será rey y nuestro hijo el príncipe heredero. Siento su fuerza en mi vientre, su fuerte conexión con la magia de la ciudad como le ocurría a su padre. A medida que se acerca el momento del parto los picos de magia se han hecho más fuertes, señal inequívoca de su poder, algo que jamás había sentido con los débiles hijos que Uther me engendró.

Cada vez que pienso en el inútil de Uther Pendragon se me revuelve el estómago. Estaba convencida de que Arturo sería el elegido, el futuro rey de Camelot, y no comprendo lo que se le pudo haber pasado por la cabeza al viejo testarudo de Mordred para no seleccionarle.

Mi corazón ya pertenecía a Arturo y no ha cesado de ser suyo desde que le conocí antes de llegar a Camelot con mi padre. En su lecho me siento una mujer completa, cuento los días hasta volver a estar con él, saber que un día llegará a ser rey y que llevo su hijo en mi vientre es lo único que me mantiene con vida, lo único que me permite soportar al imbécil de mi marido y a su decrepito padre.

Nimue siempre ha representado un estorbo, estoy convencida de que sospecha algo porque, por algún motivo, de continuo ha estado en mi contra. Me imagino que es la amante de Uther, pero no me importa, me conformo con que no la deje embarazada. En cualquier caso, si no muere en la batalla, Arturo me ha asegurado que será la primera en caer cuando tome el castillo, eso después de pasar por varios de sus soldados.

Y ahora está la extraña mujer que ha llegado hace tres días con el cuento de que ha viajado en el tiempo. Siendo Uther y Constantino tan estúpidos como son han caído en el engaño sin ni siquiera dudar. Estoy segura de que conspira algo junto a Nimue, quizá ayudadas por el Primigenius.

Arturo siempre ha sospechado que la joven hechicera tiene aspiraciones de ostentar la corona de Camelot algún día, de ser una gran reina al estilo de Boudica. Debí haberla envenenado hace tiempo

como me sugirió, ahora me arrepiento de no haberlo hecho, menos mal que el asedio está cercano y no le quedan muchos días de vida.



# Capítulo 15

# ANA

El dichoso mago parece hablar con acertijos y me pone muy nerviosa. Por algún motivo no me fio nada de él y si este es el que tiene que lograr que vuelva a mi tiempo, me parece que estoy apañada.

—¿Puedo preguntar algo?—indago con un hilo de voz sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Debo imaginar que tienes millones de preguntas que se responderán a su debido tiempo, Ana de la mente curiosa. Algunas de las cuales, todavía no estás preparada para conocer las respuestas— responde el mago en su habitual lenguaje críptico.

—Pero ¿puedo preguntar o no?—insisto empezando a perder la paciencia con el hechicero ante la cara de asombro de Nimue.

—Puedes preguntar, aunque quizá yo pueda no contestar—replica Mordred sin perder la calma.

Joder con el puto mago de mierda, ya está empezando a volverme loca. Como si yo no tuviese suficientes problemas con haber aparecido en medio de Camelot, así por las buenas. En este punto ya no sé si merece la pena que le insista o no, porque parece que me está vacilando en vez de ayudarme. Eso desde luego no pasa en las películas que había visto de Camelot, los magos casi siempre ayudaban. Respiro hondo para intentar tranquilizarme y decido intentarlo otra vez, aunque con algo que no sea sobre mí para ver cómo reacciona.

—¿Cómo es posible que en las historias de mi tiempo se recuerde Camelot de una manera totalmente diferente?—pregunto extrañada—. Quiero decir, en mi tiempo, Arturo es un gran rey y no un usurpador, Merlín es un gran mago, y no existe eso de los Primigenii, hay muchas diferencias.

—Contestaré a tu pregunta—responde pausado el hechicero tocándose su gran barba como si quisiese estirarla—. Yo diría que caben dos explicaciones posibles. La primera es que Merlín haya logrado utilizar el mismo portal que tú para llegar hasta el futuro y cambiar la historia, aunque quizá simplemente sea más probable una explicación más sencilla y es que haya ocurrido de verdad, que Arturo se haga con el trono ayudado por Merlín y escriba la historia como le plazca.

Me quedo observándole con cara de póker, porque ninguna de las dos opciones me parece nada atractiva. Sin embargo, mi preocupación no es nada comparada con la que aparece en la cara del resto de los asistentes a esta extraña reunión. Uther tiene el rostro descompuesto, Nimue se ha quedado pálida y el viejo rey esconde la cara entre sus manos negando con la cabeza. La única a la que parece que no le ha afectado, o incluso que se alegra, es Igraine que por algún motivo empieza a caerme muy mal.

—Nimue me ha comentado que ese portal temporal tenía una especie de runa que limitaba el tiempo en el que estaba abierto. Si Merlín ha cruzado el portal hasta el futuro y yo lo he cruzado de vuelta, ¿es posible que siga allí?—pregunto abriendo los ojos como platos.

—Ciertamente es una posibilidad—asiente el mago sin explicar nada.

—El portal tenía la marca de Kaeth Adú—interrumpe Nimue—¿puede Merlín traspasarlo?

—Oh, tengo muy claro que el portal fue construido por la gran hechicera, es una magia demasiado

poderosa y, sobre todo, demasiado peligrosa. Solo ella podría hacerlo. En cuanto a que si Merlín puede canalizar la suficiente magia como para aprovechar ese portal, yo diría que es posible aunque no lo puedo asegurar—indica Mordred de nuevo con evasivas.

—La viajera lo ha atravesado—expone el rey Constantino señalándome con la cabeza—si ella lo ha podido hacer, sin duda Merlín será capaz.

—Eso es una historia muy diferente, mi viejo amigo, que quizá pueda compartir con vosotros a su debido tiempo—establece el mago desesperándose con sus medias respuestas.

Mientras charlamos sin llegar a ninguna conclusión medianamente útil, observo que Uther está que se sube por las paredes de desesperación. Se revuelve en su silla, sacude la cabeza, mira hacia el techo, parece estar a punto de estallar en cualquier momento.

—¡Centrémonos en lo importante!—exclama de pronto alzando la voz y consiguiendo atraer la atención de todos los presentes—. Es la segunda opción la que más me preocupa, si Arturo se dirige a Camelot con un ejército de cincuenta mil hombres y obtiene la ayuda de Merlín tomará el castillo sin demasiado problema. Sin duda esa es la opción más sencilla para explicar los cambios en la historia de Camelot que han trascendido hasta el futuro.

Al escuchar sus palabras, pienso que tiene toda la razón. Aunque el mago Merlín hubiese llegado hasta el futuro cruzando el portal construido por Kaeth Adú, tendría que haber llegado a diferentes épocas y lugares para ser capaz de generar las leyendas artúricas. Sin duda la explicación más coherente es que tomen el castillo, Arturo se convierta en rey con su ayuda y luego escriban la historia como quieran.

El problema es que desde luego, preferiría a un Merlín viajando en el tiempo a verme involucrada en un asalto al castillo. Sin querer, doy vueltas entre mis dedos al colgante con veneno que Nimue me ha entregado, y recuerdo sus palabras advirtiendo que no deje que me capturen con vida. No quiero ni pensar lo que les puede pasar a los perdedores en esta época, sobre todo a las mujeres.

De nuevo se hace un silencio tan denso e incómodo en la sala que se podría cortar con un cuchillo, uno de esos silencios en los que se te hace difícil respirar. Un sudor frío recorre mi frente y tengo que secar mis manos sobre la túnica mientras observo al mago ponderar sus ideas pensativo antes de tomar la palabra.

—Los viajes en el tiempo son algo nuevo incluso para mí—reconoce acariciando su larga barba—. Hasta hoy desconocía que pudiera hacerse, sabía que Kaeth Adú trabajaba en ello, ella misma me lo dijo la última vez que hablamos hace ya mucho tiempo, pero también me comentó que quería abrir de nuevo un portal al mundo prisión de Lelyal Morifer y estaba dispuesta a explorarlo. Ciertamente, confiaba en que estuviese encerrada en ese infierno sin poder salir.

—Pero el éxito de mi hermano Arturo usurpando el trono sería la explicación más sencilla—insiste Uther impaciente con un fuerte bufido—. Eso significa que lo va a conseguir.

—No necesariamente, joven Uther—explica el mago colocando las manos sobre los hombros del heredero al trono—cualquier cambio en el presente modifica el futuro, a veces simplemente un pequeño cambio, por insignificante que parezca. Es posible que el futuro que ha visto la viajera del tiempo sea lo que efectivamente ocurrió, pero su sola presencia aquí puede modificarlo y el futuro se cambiaría de manera automática de modo que si vuelve, quizá vuelva a un futuro diferente. El tiempo y el espacio son cuestiones muy complejas y, como he mencionado, los acontecimientos han tomado un giro tan inesperado que ni Merlín ni yo nos podríamos haber imaginado, mucho menos Arturo.

Juro que el mago este me desespera con sus acertijos y respuestas a medias, nunca se moja y explica las cosas como son, así también puedo dar yo consejos, de poco le sirven tantos siglos de

experiencia, menuda decepción con el Primigenius. El nuevo silencio que se produce acabará causando un infarto al pobre Uther y quizá esa sea la explicación correcta de por qué Arturo llega al trono de Camelot, porque le empiezo a ver hasta congestionado.

—¿Puedes explicar ese giro en los acontecimientos que has mencionado, mago?—chilla el heredero al trono perdiendo los modales ante el asombro de todos.

El hechicero no parece inmutarse, sonrío y acaricia su gran barba blanca antes de responder.

—Antes quiero estar seguro de saber qué decisión tomarás, viajera del tiempo—expone observándome con mirada inquisitiva y helándome la sangre—. Si llegase a producirse un ataque, ¿ayudarías a Camelot? ¿Ayudarías a Nimue?

Intercambio una mirada de asombro con la joven hechicera que ha vuelto a quedarse pálida. Nadie en la corte sabe que entre nosotras existe algo, aunque sea incipiente, y en cambio el mago parece haberlo reconocido.

—Ayudaré a Camelot en lo que pueda, aunque poco soy capaz de hacer porque ni puedo luchar ni sé cómo usar la magia suponiendo que sea verdad que habita en mi interior—le aseguro cerrando los ojos y dejando escapar un largo suspiro sin ser consciente de lo que acabo de decir.

—Es todo lo que necesitaba escuchar—interviene el mago con una media sonrisa—nunca has faltado a tu palabra.

Otra vez que no tengo ni idea de a qué se refiere, pero no me da tiempo ni a pensarlo. Mordred alza las manos en mi dirección y empieza a moverlas muy lentamente como si estuviese palpando el aire, al tiempo que pronuncia palabras extrañas e irreconocibles en un ritmo casi como si estuviese cantando en voz baja, sus ojos en blanco en estado de trance.

Un dolor agudo se apodera de mi cuerpo, tan grande que me hace caer de rodillas sobre el suelo. Un dolor como si mis órganos se estuviesen desgarrando dentro de mí. Grito suplicando que se detenga, apoyo mi frente en el suelo encogiéndome de sufrimiento mientras escucho los alaridos de Nimue implorando al mago que cese en su conjuro, que interrumpa mi agonía antes de que me termine matando.

Me falta el aire, soy incapaz de respirar, es como si mis pulmones hubiesen colapsado. Me retuerzo en el suelo en una insoportable agonía hasta que de pronto, todo se detiene. El dolor ha cesado, siento el frío suelo de piedra en mi piel mientras trato de recuperar la respiración y las cálidas manos de Nimue que ha corrido para intentar levantar mi cuerpo.

Con los ojos llenos de lágrimas, apenas soy capaz de alzar la cabeza y observar al mago sin comprender por qué me ha causado ese sufrimiento, aunque no tengo fuerzas para que las palabras abandonen mi garganta. Mordred parece reconocer mi mirada suplicante y me asegura que lo entenderé a su debido tiempo.

Es lo último que consigo comprender, el resto son murmullos ininteligibles, que ni siquiera soy capaz de identificar de dónde provienen. Los gritos de Nimue se mezclan con palabras extrañas y voces apagadas que no consigo registrar hasta que una oscuridad total me envuelve y todo se acaba.

## Capítulo 16

# NIMUE

Mi mente es incapaz de procesar lo que pretende el Primigenius, desde pequeña me han enseñado que su sabiduría se escapa de la comprensión de un cerebro humano, pero hacer sufrir a la viajera de ese modo me parece desprovisto de toda humanidad.

Insisto en vano suplicando una explicación sin obtener respuesta, arriesgando enfadarle hasta que el propio rey Constantino me ordena que cese en mi empeño.

Desesperada, me arrodillo en el suelo junto a la viajera, sujetando su cabeza entre mis manos y, con los ojos bañados en lágrimas, suplico una última vez al Primigenius que haga algo para recuperarla.

—Cuida de ella y añade sauce a tu poción revitalizadora para licuar la sangre. En un par de días estará bien, no he pretendido matarla si es lo que te preocupa, todo se aclarará a su debido tiempo y, aunque quisiera, no muere tan fácilmente—interviene Mordred de forma críptica zanjando la conversación.

Nada más acabar de hablar, el viejo rey Constantino indica a dos de sus guardias que lleven a la viajera a mis aposentos. Allí la desvisto y la tumbo en mi cama mientras preparo con ahínco el bebedizo que Mordred me ha indicado.

Durante dos días y dos noches su aspecto no indica nada bueno. La piel se ha vuelto blanquecina, con manchas de un dorado muy oscuro en algunas zonas. Su cuerpo parece luchar contra algún tipo de infección que le provoca una fiebre muy alta, aunque el Primigenius no me permite suministrarle ninguna pócima para bajar su temperatura con lo que me tengo que conformar con pasarle un paño cubierto de agua fría y alcohol cada cierto tiempo.

Duermo como puedo a su lado para intentar calmarla mientras de su boca salen frases en un idioma que desconozco y no soy capaz de comprender, o quizá una mezcla de varios. Cada vez tengo más claro lo peligroso de la magia, el mundo sería mucho más sencillo sin ella.

Al tercer día, lloro de impotencia mientras limpio su cuerpo desnudo con un paño observando que nada ha mejorado, hasta que, de pronto, sus ojos se abren y su tez recupera algo de color.

—¡Ana! Pensaba que te perdía—grito de alegría mientras beso su frente una y otra vez y ella me mira incapaz de recordar nada de lo que ha ocurrido.

# ANA

Me despierto en la cama de Nimue, desnuda y envuelta en sudor con la hechicera a mi lado. Al verme abrir los ojos, grita de alegría y su corazón se acelera. Y sé bien que late con fuerza porque logro escuchar cada uno de sus latidos. Si antes de la llegada del Primigenius pensaba que mis sentidos se estaban agudizando, ahora me empiezo a asustar. Percibo cada olor, cada roce, cada sonido y ya no creo que tenga nada que ver con la ausencia de contaminación de esta época.

Nimue me indica que he estado muy mal durante dos días con sus noches, con una fiebre muy alta y delirando en palabras extrañas, aunque yo no recuerdo nada. Lo último que viene a mi memoria es la extraña reacción de Mordred conjurando alguna magia desconocida y causándome un dolor tan intenso como jamás había sentido, como si mi cuerpo se rompiera por dentro hasta que perdí el conocimiento.

La joven hechicera tampoco es capaz de explicarme qué pretendía el Primigenius, cuáles eran sus razones para causarme ese tremendo sufrimiento. Me cuenta que le preguntó una y otra vez hasta que el rey Constantino le ordenó que parase y que prácticamente solo ha salido de sus aposentos para reunirse con el rey.

Al parecer, Arturo y su ejército se encuentran a poco más de cinco días de camino si se dan prisa. Nimue me explica que seguramente será algo más de tiempo porque querrán llegar con hombres y caballos frescos para la batalla, pero, en cualquier caso, en siete u ocho días podrían estar rodeando el castillo y preparando el asedio.

Me informa de que en dos días empezarán a evacuar a las mujeres y los niños a un lugar más seguro, salvo algunas que han decidido quedarse a luchar como ella, aunque si el castillo cae, no habrá ningún lugar seguro en todo el reino.

—Puedes evacuar el castillo con esa gente si quieres—me asegura clavándome en el alma sus dulces ojos.

—Me quedo contigo—respondo negando con la cabeza sin saber a lo que me voy a enfrentar.

—No te separes nunca del frasco con el veneno y recuerda que no pueden capturarte con vida—me encomienda con el rostro serio.

Apoyo mi cabeza en su muslo y me agarro a su pierna como si fuese una almohada antes de romper a llorar sin ser capaz de manejar mis emociones al tiempo que ella peina mis cabellos entre sus dedos. Si ya la situación en la que me encuentro sin poder volver a mi hogar es seria, ahora me veré envuelta en un asedio al castillo, en medio de una batalla medieval sin apenas poder defenderme.

Nimue besa mi frente y no dice nada, aunque hay miradas que no necesitan palabras para expresar sentimientos complejos. Sin necesidad de hablar me indica que tiene tanto miedo como yo y que agradece que me quede, si bien las posibilidades que ambas tenemos de salir con vida del asedio al castillo son casi nulas.

—¿Es posible darme un baño?—pregunto tras permanecer un rato ambas en silencio—estoy envuelta en sudor y la cama está también mojada.

—Por supuesto, haré que traigan agua caliente—me asegura.

La hechicera tiene en sus aposentos una especie de barreño de madera alargado con flejes de metal para sujetarlo como si fuesen los de un tonel de vino. Es de un tamaño considerable en el que caben

cómodamente dos personas y me alegra saber que lo usa frecuentemente.

El segundo día que pasé con ella, me comentó que la mayor parte de las personas del castillo se bañaban solo unas pocas veces al año, sobre todo en verano, cosa que ya empezaba a notar por el olor que desprendían algunos de los soldados. Sin embargo, Nimue había aprendido en los manuscritos de los médicos griegos que la higiene era una de las claves para evitar las enfermedades y es una firme defensora del baño, cosa que agradezco enormemente.

Ese día, le aseguré que la ciencia había demostrado sin ningún género de dudas los beneficios de la higiene regular y, aunque había acordado con el rey Constantino y con Uther no desvelarles los secretos del futuro, conseguimos iniciar una campaña para mejorar la higiene de la corte que empieza a dar los primeros pasos salvando la reticencia de algunos nobles que ven en el baño un signo de promiscuidad.

En un abrir y cerrar de ojos, varios sirvientes del rey Constantino llenan el barreño de madera que hace las veces de bañera de agua caliente y abandonan los aposentos para que me pueda bañar con tranquilidad.

Mi cuerpo agradece la sensación del agua caliente sobre la piel unida al delicioso olor de un aceite que Nimue ha vertido en el agua, pero cuando veo que la hechicera se desprende de la ropa y se mete desnuda conmigo en el barreño, mi corazón se salta varios latidos.

—Mordred me ha ordenado cuidarte—bromea encogiéndose de hombros con una preciosa sonrisa que me provoca un cosquilleo en el vientre.

Nimue se coloca detrás de mí, abriendo las piernas para que sitúe mi cuerpo entre ellas y apoye mi espalda en el suyo mientras vierte con delicadeza agua caliente sobre mi pelo y enjabona mi espalda con un ungüento que ella misma ha preparado.

Cierro los ojos y me dejo llevar por las maravillosas sensaciones que transmiten sus manos sobre mi piel, suspirando cada vez que se acerca a alguna zona sensible de mi cuerpo. Dejo caer parte de mi peso sobre ella, sintiendo sus duros pezones en mi espalda al tiempo que acaricio sus piernas y muerdo mi puño para apagar los gemidos cuando una de sus manos se cuela entre mis piernas. En esos momentos empiezo a pensar por primera vez que, aun en el caso de que encuentre una manera de volver a mi hogar, quizá no sea tan buena idea hacerlo.



## Capítulo 17

# ANA

Tras el maravilloso baño, me siento mucho más relajada. Salimos de los aposentos de Nimue y en cuanto me asomo a uno de los patios interconectados del castillo, comprendo el estruendo que había estado escuchando toda la mañana. Los soldados corren de un lado para otro como si el castillo fuese un avispero. Unos se ejercitan con las espadas, otros portan flechas hacia algún lugar en los torreones, pendones y banderas de guerra cuelgan por doquier y el nerviosismo se puede palpar en el ambiente.

La hechicera se percata de mi sorpresa y coge una de mis manos entre las suyas, apretándola para infundirme ánimo. Joder, estoy a punto de sufrir el asedio a un castillo medieval, con todo lo que eso significa, una enorme angustia se apodera de mi cuerpo y me tengo que apoyar en una de las paredes para no perder el equilibrio.

—Respira profundo—aconseja Nimue acariciando mi brazo izquierdo—luego te prepararé un bebedizo para calmar los nervios.

Realizo varias respiraciones profundas expulsando lentamente el aire de mis pulmones sin poder quitar de mi pecho una losa que parece pesar una tonelada.

—Vamos, Uther nos espera, el Primigenius quiere que busquemos algo en la gran biblioteca—indica Nimue tirando de mi mano con delicadeza.

Caminamos por los interminables pasillos, cruzando varios patios interiores que parecen estar en ebullición con los preparativos de la batalla y al llegar a un pasillo más amplio que el resto nos encontramos con Uther Pendragon que parece estar impaciente.

—Tenemos mucho que hacer—exclama nada más vernos con su rostro privado de color—Mordred nos ha encargado que busquemos entre los manuscritos prohibidos alguna pista sobre viajes en el tiempo o la defensa del castillo mediante magia.

—Ana ya se encuentra mucho mejor, gracias por preguntarle—añade Nimue con ironía.

—El tiempo apremia—es la única respuesta que obtiene del heredero al trono.

Nimue me mira y se encoge de hombros indicándome que sigamos al príncipe mientras hace un gesto como diciendo que no tiene sentido discutir.

—¿Qué son los manuscritos prohibidos?—pregunto entre susurros.

—Son una colección de manuscritos que se encuentran cerrados bajo un hechizo de protección que solo puede abrirse con magia. Mordred me habló una vez de ellos, contienen hechizos y pociones demasiado poderosos como para ser utilizados sin supervisión de un hechicero muy experto—explica alzando las cejas.

Nimue parece encantada de poder entrar por primera vez en esa parte de la gran biblioteca y no me extraña porque para ella puede ser una oportunidad de tener acceso a un material muy avanzado. Sin embargo, creo que vamos a perder el tiempo, no entiendo qué pretende el Primigenius enviándonos allí,

pienso que ni él mismo lo sabe y es simplemente un disparo en la oscuridad fruto de la desesperación. Las posibilidades de que encontremos algo útil son más bien escasas.

En cuanto entramos en lo que ellos llaman la gran biblioteca siento un pinchazo agudo cerca del corazón que me hace detenerme. Nimue me observa con preocupación aunque le aseguro que estoy bien para no preocuparla, pero lo cierto es que me cuesta respirar y un sudor frío recorre de nuevo mi frente. Ella hace ademán de quedarse conmigo, pero un grito de Uther indicando que si alguien puede encontrar algo lo lógico es que sea ella, la obliga a moverse.

Todo esto del viaje en el tiempo y ahora el asedio al castillo empieza a superarme por completo, mi corazón palpita con fuerza y comienzo a no estar segura de si podré aguantar tanta presión, la ansiedad está pudiendo conmigo.

Me acerco un poco más a la sección de libros prohibidos donde Uther y Nimue se encuentran enfrascados buscando entre los manuscritos cuando, de pronto, siento como si una ráfaga de viento helado me envolviese.

Me adentro en una oscura habitación solamente iluminada con velas casi como una autómatas, sin ser apenas consciente de lo que estoy haciendo y mi mano se dirige hacia uno de los pergaminos sin que yo pueda hacer nada para evitarlo. Al desenrollarlo, casi se me para el corazón al encontrar unas extrañas palabras en una caligrafía prácticamente igual a la mía.

—*Dakda ar kimdu da Ardi Hoa aeu sa cumqucu, ur srom racrecao vracekomdu si oaeido*—leo en voz alta provocando un grito de angustia en Nimue.

Todas las velas se apagan de golpe nada más terminar de leer la última de las palabras y un viento helado recorre la pequeña estancia al tiempo que una luz blanquecina empieza a formarse frente a mí.

Estoy petrificada, incapaz de moverme mientras esa luz gana en tamaño y va cobrando forma. Escucho los gritos desesperados de Nimue suplicando que salga de ahí cuanto antes, golpeando en vano algún tipo de muro invisible que nos separa para intentar ayudarme, vociferando ella misma conjuros ininteligibles en un intento vacuo de detener a la luz.

Uther grita también, desenvainando su gran espada, aunque retirándose mientras indica atropelladamente que irá en busca del Primigenius para que acuda en mi ayuda.

Una forma va cobrando vida dentro de la luz blanquecina y ante mí aparece una mujer de rostro pálido y cabellos rubios peinados precipitadamente en una gran trenza desordenada. Viste toda de negro y empuña un bastón similar al de Mordred pero en su caso de una madera muy oscura, prácticamente negra. Sus ojos de un azul casi transparente se esconden en una mancha de algún tipo de pintura negra que cubre desde más allá de las cejas hasta sus pómulos y un cuervo feísimo y aterrador revolotea a su lado.

—*Se aksák raaeamdu aksa varsokemu ak pia sa amciamsrok am Cokarus. ¿Qié sa vrucivo, qeoiaro?*—exclama con voz tenebrosa escudriñándome con la mirada.

—No...no entiendo ese idioma—indico con un hilo de voz casi inaudible.

La mujer que se encuentra dentro de la luz blanquecina niega con la cabeza en señal de disgusto y con un gesto de su mano bloquea toda luz y sonido de la zona donde me encuentro de modo que ya no puedo ni ver ni escuchar a Nimue. Es como si quisiese aislarme para poder hablar.

—He dicho “Si estás leyendo este pergamino es que te encuentras en Camelot. ¿Qué te preocupa, viajera?”—responde extrañada.

El corazón parece que quiere salirse de mi pecho y creo que debo estar a punto de desmayarme en

cualquier momento. Sin embargo, la extraña mujer frente a mí tiene algo de familiar, algo en ella me transmite confianza.

—Tú me has convocado con tu magia—explica con calma—. Veo que las cosas están mucho peor de lo que esperaba y has incluso olvidado la Antigua Lengua.

Solamente asiento con la cabeza, sin atreverme a decirle que ni siquiera sé a qué lengua se está refiriendo.

—Me has convocado con *Dakda ar kimdu da Ardu Hae aeu sa cumqucu, ur srom racrecao vracekomdu si oaeido* que en la Lengua Común significa: “desde el mundo de Ardu Hae yo te convoco, oh gran hechicera precisando tu ayuda”. Estoy aquí para ayudarte pero veo que tu energía mágica es muy escasa y has olvidado casi todo lo que sabes, es mucho más grave de lo que un día supuse—apunta pensativa.

De nuevo, asiento con la cabeza como si supiese de lo que me está hablando antes de que ella prosiga.

—No quiero retenerte aquí mucho tiempo, Mordred no tardará en venir y no debe encontrarte antes de que estés preparada. No puedes fiarte de él, necesita tu ayuda, pero quiere tenerte bajo su control, es la gran oportunidad que ha deseado siempre—asegura con mirada severa clavándome sus ojos casi transparentes.

—¿De quién puedo fiarme?—pregunto asustada—. ¿De Nimue?

—La joven hechicera daría su vida por ti, pero su magia es prácticamente inofensiva. Debes ir de inmediato a las ruinas de Myd, convoca al demonio Drarix, él te dirá lo que debes hacer y te protegerá. ¡Corre, debes hacerlo ahora mismo antes de que Mordred te encuentre, no se atreverá a seguirte hasta allí, nadie osará hacerlo, en las ruinas de Myd estarás a salvo—concluye helándome la sangre al escuchar ese nombre.

Nada más terminar de hablar, la forma de mujer desaparece junto con la luz y me encuentro sola en la pequeña estancia, sin duda Nimue se ha ido también en busca de Mordred asustada por la aparición que acabamos de presenciar.

Yo, por mi parte, me encuentro en un callejón sin salida. Ya no me fiaba de Mordred desde el día en que le conocí, desde que me causó todo ese sufrimiento sin ofrecerme tan siquiera una explicación. Ahora esa mujer que parece ser una gran hechicera me recomienda que no lo haga y no puedo estar más de acuerdo. Nimue no es rival para él, en eso estamos también de acuerdo, por lo que no podré protegerme.

Por otro lado, la opción que me ofrece me resulta aterradora. Su plan de dirigirme a las ruinas de Myd, que según Nimue es un lugar prohibido del que nadie regresa vivo, y convocar nada menos que a un demonio que vive en un lago no parece el mejor de los planes si quiero seguir con vida. Aunque al menos es la única que me ha ofrecido un plan concreto hasta el momento.

Escucho el revuelo al otro lado del pasillo, en el ala donde se encuentran los aposentos de la familia real y donde se aloja el Primigenius que no está lejos de la gran biblioteca. Fruto de la desesperación, comienzo a correr sin saber muy bien lo que estoy haciendo y al atravesar uno de los patios interiores observo unos caballos amarrados. Cojo el primero que encuentro, un tordo precioso con un ancho cuello y poderosa grupa y, montándome sobre él, salgo a todo galope en dirección a las puertas del castillo que se encuentran abiertas, en busca del demonio Drarix o de mi muerte.

Mientras fuerzo a mi montura a galopar más rápido, escucho los sonidos de infinidad de cascos de caballos detrás de mí, sus jinetes gritando para que me detenga de inmediato, y me pregunto a mí

misma por qué soy capaz de montar con destreza si jamás lo había hecho.

Poco antes de llegar a la montaña en cuyo interior se encuentran supuestamente las dichas ruinas, el caballo se niega a avanzar más, así que opto por bajarme y seguir a pie antes de arriesgarme a una caída. Al menos, los soldados que me persiguen se han detenido en el mismo lugar que mi caballo y no se atreven a seguir adelante. Dos de ellos tensan sus arcos apuntándome, aunque pronto el que parece estar al mando les dice que los bajen. Seguramente ha decidido que no merece la pena y que es mucho más fácil dejar que sea el demonio quien se encargue de acabar con mi vida.

## Capítulo 18

# ANA

Cruzo a través de una gruta en la montaña, lo suficientemente grande como para que la atravesase una persona de manera holgada, sin saber ni siquiera a dónde debo dirigirme. Sorprendentemente, mis ojos se amoldan con premura a la oscuridad que reina en la cueva y me permiten ver lo bastante bien como para no tropezar.

Mi corazón late de manera desbocada mientras palpo con la mano las paredes temblando de miedo. No sé lo que me ha empujado a venir a este lugar, no entiendo por qué he escuchado a la extraña mujer que apareció ante mí en medio de aquella luz. Ha sido fruto de la desesperación, aunque ahora me parece una medida totalmente extrema.

Camino sin rumbo por un laberinto de caminos horadados en las propias entrañas de la montaña, con el corazón en un puño, ponderando mi decisión de haberme fiado de una mujer que aparecía dentro de una luz como si fuese una especie de holograma medieval. Sin embargo, esa mujer me daba mucha más confianza de la que me ha dado cualquier otra persona en este reino si exceptuamos a Nimue.

Por algún motivo que desconozco, esa mujer de terribles ojos me inspiraba confianza, es como si la conociese de toda la vida y la caligrafía del pergamino se parecía mucho a la mía, aunque tal y como están las cosas, es posible que fuese solo una ilusión óptica, algún truco de magia para jugar con mi mente.

Lo que más me asusta de este lugar es su total ausencia de ruidos, solo mis pisadas y mi respiración entrecortada rompen un silencio ensordecedor. Fruto de la desesperación, me detengo sobre mis pasos incapaz de decidir si debo continuar o dar la vuelta. En ambos casos es posible que me encuentre con una muerte segura; los soldados me estarán esperando a la entrada de la caverna por si decido volver, mientras que si continúo caminando supuestamente me toparé con un demonio.

Pego mi espalda a la pared de la cueva sintiendo el frío y la humedad que rezuma de la piedra y me voy dejando caer hasta quedar sentada en el suelo, abrazando mis rodillas y con los ojos repletos de lágrimas de impotencia. No sé quién ha enviado a esos soldados en mi persecución, seguramente Mordred, porque dudo que Uther lo haya hecho. Mi mente vuela sin querer a Nimue recordando sus dulces ojos, el cariño con el que ha cuidado de mí estos días y siento una opresión en el pecho que me impide respirar con normalidad.

Sollozo llevando la mano derecha hasta tapar mi boca, maldiciendo el momento en el que se me ocurrió acercarme a ese jodido portal, renegando del instante en el que abrí el dichoso pergamino del que salió aquella luz. No entiendo cómo se puede tener tan mala suerte, por qué me ha tenido que pasar a mí, podría haber sido cualquier otra persona. Yo solo aspiraba a una vida tranquila y moriré lejos de mi hogar sin que nadie se entere.

Lloro rota por dentro, abandonada a mi destino, hasta que ya no me quedan lágrimas, hasta que, sin fuerzas, me quedo dormida esperando mi final incapaz de resistirme más a mi suerte.

Al despertar todo sigue exactamente igual, el mismo silencio que me hace estremecer, la misma oscuridad. No sé cuánto he dormido porque es imposible percibir el tiempo dentro de este laberinto de cavernas excavadas en roca. Empiezo a pensar que lo del demonio es solamente producto de la

imaginación de las mentes de esta gente; lo más probable es que los que osan adentrarse en la montaña mueran de hambre y sed, perdidos entre sus grutas. Es una opción que tiene mucho más sentido que la de un demonio en un lago.

Sin nada que perder, continúo avanzando sin rumbo a través de los largos pasillos rocosos, girando aquí y allá incapaz de saber si estoy haciendo círculos o avanzo hacia algún lugar en concreto hasta que en un momento determinado el camino se ensancha e inicia una bajada.

El sonido de mis pasos se hace mucho más evidente con pequeños crujidos en algunos de ellos que se van escuchando de manera más frecuente hasta que cada paso es un crujido y mis pies chocan a veces con algo que parece ser como una piedra ligera.

Un grito desesperado se escapa de mi boca al comprobar de qué se trata. El grito más afligido que he emitido jamás, un alarido de terror e impotencia, de saber que mi vida ha llegado a su fin; el suelo está cubierto de huesos humanos. En estado de pánico, trato de correr y tropiezo con las telas de uno de los cadáveres cayendo al suelo al lado de otros dos muertos.

Mi cuerpo tiembla, la respiración se hace imposible, solo quiero salir de este lugar y corro hacia delante, sin una dirección fija, asustada como nunca lo había estado hasta que llego a una especie de lago interior donde la cueva se hace mucho más grande.

Estoy petrificada, tiemblo de los pies a la cabeza, mi mente se niega a reaccionar. No puedo avanzar al estar bloqueada por el lago y tampoco quiero volver atrás. Una energía que jamás había sentido rodea mi cuerpo hasta el punto de sofocarme, parece haber algo más de luz, aunque hubiese preferido seguir en la oscuridad porque la visión que se refleja en mis retinas es aterradora; cientos de esqueletos de soldados muertos, con sus espadas y armaduras, sus lanzas y sus cotas de malla, y un lago con las aguas más negras que he visto jamás.

Tapo la boca con ambas manos tratando de no gritar mientras tiemblo y debo apoyarme en una de las paredes para no caer. Apenas soy capaz de respirar, es como si el aire estuviese empodrecido, denso, mi respiración agitada intenta sin éxito llevar más aire a los pulmones cuando escucho un ligero ruido en las negras aguas.

Sobrecogida por el miedo, recojo del suelo una pesada lanza en un vano intento por defenderme y me pego a la pared con la mandíbula tiritando por el miedo.

—¿Qui...quién está ahí?—pregunto con un hilo de voz luchando para que las palabras abandonen mi garganta.

—Nooo, ¿quién esstá ahí?—responde una voz aterradora.

Es un susurro en forma de palabras, un siseo, si las serpientes pudiesen hablar estoy segura de que lo harían así. La pesada lanza tiembla entre mis manos como un elemento inútil en el caso de que tenga que defenderme, pero soy incapaz de razonar, mi cuerpo está petrificado, mis piernas no responden, no podría escapar aunque quisiera.

—¿Dra...Drarix?—exclamo estremeciéndome de terror.

A mi pregunta le sigue un silencio sepulcral que me asusta incluso más que los movimientos en el agua, solo quiero que esto se acabe cuanto antes, sé que hasta aquí he llegado y que no viviré ni un día más. Mi única esperanza es que el demonio me dé una muerte lo más rápida posible.



## Capítulo 19

# ANA

La espera se hace insoportable, puede que no hayan transcurrido más que unos pocos minutos, quizá menos, pero ni mi mente ni mi cuerpo pueden soportarlo más y caigo de rodillas arrojando la lanza al suelo entre sollozos incontrolados. Me abandono a mi suerte todavía sin poder creer que haya caído en una trampa tan absurda que me ha llevado directamente a la muerte.

—*Me kañuro ro rasrakodu. Drex ro kedu im biam karqedur, me kañuro*—escucho de pronto susurrar a la criatura sin tener la menor idea de lo que quiere decirme.

—No...no entiendo—confieso sin fuerzas para seguir adelante.

La criatura no responde y en la gruta vuelve a formarse un silencio sepulcral, un silencio agónico que se clava en el alma y es peor que la propia muerte. La energía de este lugar comprime mi cuerpo hasta causarme dolor, como si estuviese aprisionada entre pesadas losas, y apenas soy capaz de respirar el aire putrefacto y nauseabundo de los cuerpos en descomposición.

A lo lejos, puedo observar dos enormes ojos amarillos fijos en mí que me observan como linternas encendidas. Parece que ha hablado en el mismo idioma que la mujer de la luz blanquecina, en ese extraño dialecto que parece que están escupiendo mientras hablan.

—Mi señora ha regresado. Drarix ha ssido un buen sservidor, mi señora—exclama la criatura en un tono suave.

Alzo la cabeza y me limpio las lágrimas con la manga de la túnica mientras observo a una horrible bestia acercarse a mí lentamente. Su cara es casi plana, sin facciones definidas, sus ojos amarillos se te clavan en el alma amenazantes, el cuerpo está cubierto de un pelaje negruzco y porta una extraña espada con múltiples filos.

Se detiene a escasos metros de mí moviendo de lado a lado su arma con maestría, como si quisiera demostrarme su destreza antes de matarme.

—*Drex mu ro daiodu pia modea ka ocarpia o rok riemok da Myd, me kañuro. Tuduk kiarsukuku me kañuro urdamó*—insiste la horrible bestia.

—Te he dicho que no te entiendo, pero bueno, ya da igual, qué más da—le indico con un suspiro de rendición.

—Drarix no ha dejado que nadie se acerque a las ruinas de Myd, mi señora. Todos muertos como mi señora ordenó—aclara la criatura señalando los cadáveres amontonados que rodean el lago para terminar haciendo una torpe reverencia.

Solamente asiento con la cabeza y miro aterrorizada alrededor, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—*Tuduk kiarsuk*, todos muertos—insiste orgulloso.

—¿Eres...eres Drarix?—pregunto atemorizada.

—*Me kañuro mu raciardo o Drex*—indica bajando la cabeza casi como si estuviese apenado.

—No te entiendo—replico encogiéndome de hombros sin comprender por qué estoy hablando con mi asesino.

—Mi señora no recuerda a Drarix—masculla bajando la cabeza—tampoco recuerda la Antigua Lengua.

—Drarix, me han dicho que me ayudarías si venía a las ruinas de Myd—solicito con cautela alzando las manos aunque sea la cosa más disparatada que he hecho en mi vida.

—Oh, sí, sí, Drarix ayudará a la hechicera oscura, Drarix ha sido un buen servidor todo este tiempo, mi señora. *Tuduk kiarsuk*, todos muertos—repite asintiendo con la cabeza.

Al escuchar sus palabras se me hiela la sangre, pero quizá sea mi oportunidad de salir viva de esta cueva. Por si fuera poco haber viajado en el tiempo hasta la época de Camelot, me encuentro con un demonio psicópata y demente que me confunde con una tal hechicera oscura que debe de ser su jefa. Quizá la mujer de ojos azul transparente que me habló en la gran biblioteca estaba en lo cierto y el demonio loco me pueda ayudar.

—¿Cómo...cómo puedes ayudarme?—indago con timidez sin atreverme a mirar su horrible rostro.

—Oh, Drarix estará feliz de matar a todos los torpes humanos que mi señora ordene—asegura siseando y balanceando la gran espada entre sus manos.

—¿Y si no quisiese matar a nadie?

—Drarix hará todo lo que la hechicera oscura ordene—insiste la bestia ladeando la cabeza con curiosidad seguramente empezando a ser consciente

de que yo no soy ninguna hechicera oscura.

A falta de cualquier otra opción viable decido quemar mi último cartucho y le cuento al demonio todo lo que ha ocurrido desde que salí de mi casa a fotografiar la lluvia de estrellas. Total, en breve se dará cuenta de que no soy quien él cree que soy y me matará, aunque quizá la mujer que me habló en aquella aparición tenga razón y la bestia me ayude. Tampoco tengo nada que perder en la situación en la que me encuentro.

La horrible criatura escucha con atención mientras le relato cómo atravesé un portal en el bosque con unas extrañas runas que se iluminaron o cómo aparecí en los aposentos de Uther. Le hablo también de Nimue, de cómo me cuidó desde el día en que nos conocimos y suelta un gruñido gutural que me hiela la sangre al escucharme relatar mi encuentro con el Primigenius y cómo me causó un sufrimiento inmenso hasta quedar tendida en el suelo sin conocimiento.

No sé el tiempo que he estado contando mi historia, pero la bestia me ha escuchado con paciencia, a veces hasta pensativo, sin querer perderse ni un detalle, imagino que por el aburrimiento de estar todos esos años aquí solo encerrado.

—Pues esa es mi historia, Drarix. Sé que es extraña y supongo que no me crees—añado encogiéndome de hombros y preguntándome a mí misma qué hago ofreciéndole una explicación.

El demonio ladea la cabeza varias veces, como ponderando alguna solución para mis problemas. Abre la boca dos o tres veces para hablar, pero se queda callado reflexionando hasta que por fin se decide.

—Drarix siempre pensó que mi sseñora había utilizado el portal para explorar el inframundo de Lelyal Morifer, de donde Drarix proviene. ¿Para qué viajar al futuro?—se pregunta pensativa la bestia—. En cualquier caso, Drarix se alegra de que la hechicera oscura no haya viajado al inframundo, aunque ahora no recuerde nada. Si mi sseñora muere, Drarix nunca podrá ser libre y tendrá que vivir para siempre en las ruinas de Myd.

Le observo sin saber qué contestar, la pobre bestia, en su locura, sigue confundiéndome con Kaeth Adú. Quién sabe la cantidad de años que ha pasado encerrado en esta cueva, quizá siglos a juzgar por el número de cadáveres que se amontonan en las orillas del lago. No es de extrañar que se

haya vuelto loco sin tener contacto con nadie.

—¿Cómo puedes ayudarme? ¿Conoces alguna manera de enviarme de vuelta a mi casa?—insisto consciente de que lo que le estoy pidiendo es una tontería.

—Mi sseñora ya está en su casa—masculla en voz baja señalando la putrefacta gruta.

Bajo la cabeza y me cubro el rostro con las manos angustiada al darme cuenta de que estoy solicitando la ayuda de un ser demente que ni siquiera proviene de este mundo y cuando en un último intento desesperado le voy a pedir que si puede llevarme hasta el castillo junto a Nimue, el demonio toma la palabra de nuevo.

—Drarix no conoce los secretos para viajar en el tiempo, solo la hechicera oscura puede hacerlo, pero posee magia poderosa y las ruinas de Myd están cargadas de energía. Drarix puede ayudar a mi sseñora a liberar parte de su magia, solo una parte porque el resto debe ser liberada desde el interior y solo mi sseñora puede hacerlo—asegura haciendo algo parecido a una reverencia.

—No, no—me disculpo—el último que me ha dicho algo así fue Mordred y la cosa no acabó demasiado bien por no hablar de que me duele todo el cuerpo con solo recordar aquella agonía.

La enorme bestia vuelve a gruñir meneando la cabeza y clava su espada en el suelo con tanta fuerza que hace retumbar las paredes de la cueva.

—Mordred ha sido un canalla, Drarix lo matará si mi sseñora da la orden—me asegura en tono amenazante—liberar unos cuantos sellos de magia no duele y es tarea rápida. Mordred merece la muerte por hacer sufrir a la hechicera oscura.

Me quedo sorprendida por las palabras del demonio, para una criatura capaz de asesinar a los cientos de personas que se han acercado hasta las ruinas de Myd, parece preocupado de verdad porque el Primigenius me haya hecho sufrir.

Sin embargo, antes de que pueda empezar a explicarle que no me fio un pelo de la magia, y mucho menos de la de un demonio y que lo único que quiero es volver a casa o en su defecto junto a Nimue, la bestia extiende

ambas manos en mi dirección y empieza a hablar en un extraño dialecto.

Mientras escucho su cántico en una voz tenebrosa y profunda empiezo a sentirme mucho mejor, llena de energía, calmada. Percibo el aire putrefacto de la cueva, pero la energía que hay en ella ya no aprisiona mi cuerpo. Quizá mis ojos se han acostumbrado a la tenue luz, aunque juraría que puedo percibir detalles del lago que antes no era capaz de observar.

*—Umu o umu ruk karruk rebaru, Drorex emquco or vudar da rok riemok da Myd voro pia ro koseo kriaeo rebra vur kik qamok—*canta la bestia una y otra vez con sus manos bailando como si estuviese dirigiendo una orquesta.

*—Uno a uno los sellos libero, Drarix invoca el poder de las ruinas de Myd para que la magia fluya libre por sus venas—*logro entender la última vez que lo repite.

Miro al demonio sin ser capaz de comprender nada, observando su rostro y, si no supiera que es imposible, diría que se dibuja en él un esbozo de orgullosa sonrisa.

El cansancio y la desesperación han desaparecido para dar paso a una calma serena y a un nivel de energía como jamás había sentido con anterioridad. Ya no temo a la bestia, de algún modo primario intuyo que pretende ayudarme, quizá esté confuso, es posible que en su locura me crea la hechicera oscura, pero sé que no pretende hacerme ningún mal.

—¿Puedes llevarme con Nimue?—pregunto con la esperanza de salir de esa cueva cuanto antes.

El demonio me observa ladeando la cabeza como si estuviese decidiendo su próximo movimiento y tras un largo silencio, toma de nuevo la palabra.

—Drarix ha devuelto a la hechicera oscura parte de su poder, solo una pequeña parte, ahora es mi señora la que debe ir rompiendo el resto de sellos y liberando toda su magia. Si mi señora no recobra su poder, no sobrevivirá y Drarix nunca más será libre. Mordred y Merlín no son de fiar, mi señora no debe confiar en ellos, si muestra debilidad se aprovecharán, no debe volver al castillo hasta estar plenamente recuperada—explica con preocupación la enorme criatura.

—Muy bien, Drarix, según tú, ¿qué es lo que me ha pasado y qué debo hacer?—indago por si me pudiese dar alguna idea.

Me siento sobre una piedra escuchando al demonio que ahora habla de nuevo en la Antigua Lengua, aunque por algún motivo soy capaz de

entenderle a la perfección. Sin embargo, si mi historia viajando desde el futuro hasta Camelot ha sido extraña, la que me cuenta Drarix es aún peor.

La bestia habla en tono pausado, como intentando que cada una de sus palabras encuentren un hueco en mi mente, sin entender por qué soy incapaz de creerle.

Me asegura que yo soy Kaeth Adú, la hechicera oscura y que las ruinas de Myd son mi centro de poder, mi santuario. Antes de partir hace muchos años, le encargué que protegiese este lugar y me muestra de nuevo orgulloso las pilas de cadáveres que ha dejado a lo largo de esos innumerables años.

Cuando le pregunto por qué no está en el mundo al que pertenece, el demonio me responde que un día conseguí abrir un portal hasta el inframundo de Lelyal Morifer, una especie de mundo prisión repleto de criaturas malvadas, y él fue el primero que se asomó, capturándole antes de cerrarlo otra vez. Sin embargo, no me quiere explicar ni por qué fue el primero en salir por ese portal ni por qué no quiere volver allí por nada de este mundo o del suyo.

Me asegura que siempre ha sido fiel desde que le obligué con un poderoso conjuro a obedecerme, y que le dije que algún día le liberaría. Explica que nunca me había fiado de los otros dos Primigenii, que él mismo me pidió varias veces que les destruyese aunque me negué porque no representaban una amenaza para mí.

Concluye que tardaré mucho todavía en recuperar todo mi poder y que él no puede hacer más. Los sellos que retienen el resto de mi magia deben ser rotos desde el interior y solo yo puedo hacerlo. Recomienda que debo quedarme en las ruinas de Myd hasta que mi poder sea el mismo de antes. Cuando eso ocurra, él mismo me acompañará a Camelot si así lo deseo a través de un canal que se extiende desde el lago de Myd hasta las mazmorras bajo el castillo.

Para demostrarme que lo que dice es cierto, me lleva hacia una parte de la cueva que se abre con un conjuro y entramos en una enorme estancia repleta de manuscritos y compuestos para hacer pociones.

Observo con calma parte de los objetos mágicos que allí se encuentran sintiendo de algún modo cierta familiaridad con ellos, como si ya los hubiese visto antes, aunque eso no es nada comparado con la extraña sensación que

me produce leer un manuscrito tras otro y descubrir que todos ellos están escritos por mí.

—Mi señora puede probar con algo sencillo—propone Drarix inclinando la cabeza.

—*Buro émkarmor*—exclamo sorprendiéndome a mí misma y conjurando de la nada una bola de fuego que se me escapa y penetra en la roca.

Drarix me informa casi divertido de que he conjurado fuego infernal que es capaz de destruir cualquier material, aunque no sé ni cómo lo he hecho ni soy capaz de repetirlo.

Me dejo caer sobre una gran silla a reflexionar sobre lo que el demonio me está contando y sacudo la cabeza para sacar de la mente esas ideas. Es probable que la propia energía mágica de este lugar sea lo que ha conseguido que me sienta tan bien y pueda ser capaz de entender la Lengua Antigua, o puede que el propio demonio esté jugando conmigo con su magia fruto del aburrimiento, haciéndome creer que procede de mi interior. Seguramente esa es la explicación más obvia.

Al poco tiempo, al igual que había ocurrido en la gran biblioteca en su zona de libros prohibidos, me siento atraída sin saber cómo por uno de los pergaminos de la enorme estancia. Drarix se percata de ello y solícito corre a buscarlo para entregármelo con una disculpa, casi como si acabase de recordar algún encargo que le había hecho y del que se había olvidado.

—*Dakda rok riemok da Myd, aeu sa emqucu racrecao ukciro*—leo en voz alta sin ninguna dificultad. (Desde las ruinas de Myd, yo te convoco hechicera oscura).

La misma mujer de ojos azules casi transparentes se materializa dentro de una luz blanquecina saludando al demonio que se inclina dócil haciendo una reverencia a pesar de no tener ni siquiera forma corpórea antes de dirigirse a mí.

Sus clarísimos ojos azules se me clavan en el alma, aunque esta vez no me producen ningún temor.

—Me alegra que hayamos llegado a las ruinas de Myd, aquí estaremos a salvo hasta que recuperemos todo el poder—me asegura con una extraña sonrisa—. Imaginamos que tenemos muchas preguntas en nuestra mente, las responderemos todas.

Me quedo mirándola sin saber por dónde comenzar a preguntar, así que decido abordar el mismo tema que había hecho con el demonio; una explicación de lo que me ha pasado desde que salí de mi casa aquella aciaga noche para fotografiar las estrellas y acabé viajando en el tiempo hasta



Camelot.

Para mi sorpresa, la mujer de los translúcidos ojos azules no solo me explica con todo detalle lo que ocurrió esa noche, sino lo ocurrido mucho antes y decir que su explicación me deja de piedra, es quedarse muy corto.

—Llévame a Camelot, utilizaremos el canal que llega hasta las mazmorras, debo hablar con Nimue—ordeno al demonio levantándome con prisa de la silla.

—No lo recomendamos, es peligroso—advierte la hechicera de los ojos azules dentro de su luz blanquecina.

—Creo que tengo un plan, vamos—insisto haciendo una seña a la bestia para que me acompañe ante el gesto de desaprobación de la hechicera.

## Capítulo 20

# ANA

El demonio Drarix me conduce hasta las mazmorras del castillo en una pequeña barca atravesando un canal subterráneo que une el lago interior de las ruinas de Myd con Camelot. Rema aparentemente sin esfuerzo, pero su enorme fuerza nos permite avanzar a tanta velocidad que debo agarrarme a la barca para no caer.

La bestia habla y habla mientras avanzamos, me cuenta cosas horribles de mi yo pasado que a él le parecen hazañas, me informa de cómo están conectados los flujos de magia entre las ruinas de Myd, Camelot y otros núcleos de energía mágica de la zona e incluso ha desarrollado una especie de plan de estudio para que recupere todo mi poder, empezando por los conjuros ofensivos.

Al llegar a las mazmorras, gira la cabeza y abre sus ojos amarillos clavándome la mirada con cierta preocupación.

—Mi señora no debería ir sola, Drarix piensa que es peligroso—informa agachándose para ponerse a mi altura.

Me hace gracia la situación, el demonio medirá fácilmente dos metros y medio de puro músculo y, más allá de su aspecto terrorífico, así agachado parece casi un cachorrito preocupado.

—¿Puedo convocarte a distancia si fuese necesaria tu ayuda?—pregunto imaginando que quizá los hombres de Mordred me sigan buscando.

—Oh, sí, sí. La hechicera oscura solo tiene que llamarme y Drarix acudirá raudo, Drarix es muy rápido—me asegura orgulloso siseando mientras habla.

Tras confirmar a la enorme bestia que la llamaré si necesito su ayuda, tomo las oscuras escaleras de piedra que conducen al castillo repasando en mi cabeza qué es lo que le voy a decir a Nimue cuando la encuentre.

Me resulta muy extraño el hecho de que no me preocupe en absoluto atravesar un castillo en el que no sé con qué peligros me voy a encontrar; no solo desconozco si Mordred ha montado algún tipo de guardia por si regreso,

sino que ni siquiera sé a dónde conducen las escalinatas o si sabré llegar desde ese punto hasta los aposentos de Nimue.

Sin embargo, el miedo ha desaparecido de mi cabeza, se ha borrado de un plumazo, me siento llena de energía, como si pudiese enfrentarme a cualquier obstáculo y mi única preocupación es cómo contarle a Nimue quién soy.

Las frías escalinatas de piedra terminan en un ala del castillo que reconozco del primer día. Camino por uno de los pasillos sin mirar a la gente con la que me encuentro, tratando de pasar desapercibida y agradezco que ante el inminente asedio cada uno parece ir a lo suyo. Creo que ya han empezado a evacuar a las mujeres y los niños porque el ajeteo en el castillo no tiene nada que ver con la paz que reinaba cuando regresé a este tiempo desde el futuro.

Cruzo uno de los patios de armas y dos hombres me saludan inclinando la cabeza, pero no se detienen, lo que parece confirmar que mi persecución ha sido cosa de Mordred y no de Uther o del viejo rey Constantino. Deben estar haciendo acopio de víveres y armas, quizá esperando un largo sitio, aunque ni siquiera me detengo a observarlo, solo quiero llegar a los aposentos de Nimue lo antes posible.

Frente a su puerta, llamo tres veces con los nudillos y mi corazón se salta varios latidos al escuchar su voz indicando que pase sin preguntar si quiera de quién se trata. Nimue se encuentra en su laboratorio de magia, por llamarlo de alguna manera, mezclando con mucho cuidado unos polvos que imagino que pueden ser algún tipo de arma y no se molesta en levantar la cabeza para ver quién ha entrado.

—Nimue—exclamo con un tímido susurro.

—¡Ana!—grita corriendo hacia mí para abrazarme—no sabía nada de ti, habías desaparecido, unos decían que te adentraste en las ruinas de Myd, otros que te había llevado la hechicera oscura o que te habías marchado a la búsqueda de Arturo.

—He estado a salvo, tranquila—le aseguro mientras pienso en cómo enfocar mi historia.

—Me tenías muy preocupada, pensé que nunca más te volvería a ver—añade incapaz de retener las lágrimas en sus ojos—perdón, estoy bajo mucha tensión.

Me acerco a ella colocando mi frente sobre la suya y secando sus

lágrimas con mi dedo pulgar hasta que con un suspiro hondo, reúno fuerzas para empezar a hablar.

—Debo contarte algo importante—admito con el rostro muy serio.

—No has pactado con Arturo, ¿verdad?—pregunta con preocupación.

—No, pero es mejor que te sientes.

—Tus ojos...son mucho más claros ahora, parecen casi translúcidos—  
interrumpe clavándome la mirada con el ceño fruncido.

Tomo sus manos entre las mías y las aprieto, más para infundirme ánimos a mí misma que a ella, porque mi seguridad ha vuelto a desaparecer y me da pánico cómo puede reaccionar.

—Nimue, eres muy importante para mí, llevamos muy poco tiempo juntas, pero no quiero perderte—le aseguro besando su frente.

—Saldremos de esta, ya lo verás, las murallas de Camelot son fuertes, no estés preocupada—expone intentando darme ánimos.

Dejo escapar un suspiro al ver su cara de preocupación ante el próximo asedio de Arturo y sus huestes al castillo sin poder imaginarse ni en un millón de años lo que le tengo que contar.

—No estoy preocupada por eso, de verdad. Podemos salir del castillo cuando queramos si las cosas se ponen muy mal e ir a un lugar seguro—  
expongo apoyando mi frente en la suya.

—No te entiendo.

—A través de las mazmorras se accede a un canal que lleva directamente a las ruinas de Myd, nadie nos seguirá hasta allí—admito sin ser consciente de que me estoy precipitando.

Al escucharme pronunciar ese lugar, se le escapa un fuerte suspiro de pánico llevándose la mano derecha a la boca y asegurándome que eso sería una muerte segura a manos del demonio que allí habita.

—Siéntate, por favor, Nimue—suplico dejando escapar una gran cantidad de aire lentamente y mordiendo mi labio inferior mientras pienso bien en lo que le voy a decir.

La joven hechicera se sienta sobre la cama y me mira confusa

clavándome sus dulces ojos color avellana al tiempo que aprieta mi mano indicándome que empiece a hablar.

—Lo primero que quiero que sepas es que jamás te haría daño ni dejaré que nadie te lo haga—le aseguro—he aprendido algunas cosas sobre mí, ahora sé quién soy y no deseo que te asustes. Sé que no será fácil, pero quiero que me veas como a la misma persona.

—Sé que nunca me harías daño—añade con una preciosa sonrisa.

—Soy Kaeth Adú, o al menos lo era, ahora mismo ni siquiera sé muy bien quién soy—confieso observando con miedo su reacción.

—No digas tonterías, eres Ana y has venido desde el futuro, lo que pasa es que no sabemos por qué, ni los efectos que ha tenido ese viaje en el tiempo sobre ti, por eso estás confusa—me asegura apretando mi mano y besando mis labios.

Al ver su carita llena de esperanza, me dan ganas de no seguir adelante con la explicación, casi prefiero que siga viéndome así y no decepcionarla, pero debo contarle la verdad, al menos lo que conozco. Supongo que ya he mentido y engañado lo suficiente en mi etapa de hechicera oscura.

—Nimue, estoy confusa sobre muchas cosas, pero no sobre esto. He estado en las ruinas de Myd. Tú misma has visto a la hechicera oscura materializarse dentro de una luz blanquecina en la gran biblioteca, ella fue quien me indicó que debía dirigirme a las ruinas de Myd y allí Drarix me explicó quién soy y me ayudó a librarme de algunos de los sellos que impedían liberar mi magia. Puedes comprobarlo por ti misma—aclaro dejando al descubierto mi pecho izquierdo y haciendo una seña para que me examine.

La joven hechicera sacude la cabeza como indicando que no tiene tiempo para juegos, pero aun así accede a acercar su mano a mi corazón que sale rebotada en cuanto roza mi piel como si una gran fuerza la hubiese empujado.

Nimue me lanza una mirada entre el miedo y la incredulidad mientras se frota la palma de la mano.

—No...no es posible—es todo lo que dice extendiendo ambas manos para intentar captar la energía sin tocarme.

Su rostro se llena ahora de terror, ha perdido todo su color y trata de

alejarse torpemente de mí sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Nimue, por favor, soy yo, sigo siendo yo. Nunca te haría ningún daño, yo te quiero—le aseguro con lágrimas brotando de mis ojos ante el sufrimiento que me causa su reacción.

Al escuchar mi última frase, se detiene. Su mirada sigue repleta de terror, pero al menos no intenta escapar de mí.

—¿Has recuperado todo tu poder?—pregunta con un tímido hilo de voz.

—Solo una mínima parte—confieso negando con la cabeza.

—¿Una mínima parte? Tu cuerpo está repleto de energía mágica. ¿Te ha dolido mucho?—inquire preocupada.

—Nada—le aseguro—lo de Mordred fue una broma de mal gusto, me las pagaré por lo que ha hecho. Por favor, deja que te explique, sigo sintiendo lo mismo por ti.

Nimue asiente tímidamente con la cabeza y vuelve a colocarse cerca de mí dejando que coja su mano entre las mías y la acaricie. Sus ojos se abren como platos mientras le relato mi aventura escapando del castillo perseguida por los hombres de Mordred o perdida en los pasadizos rocosos de la cueva.

Suspira asustada al contarle mi encuentro con Drarix, el demonio, cuando pensé que perdería la vida y hace mil preguntas durante mi narración de cuando la bestia liberó parte de los sellos que contenían mi magia y sobre los pergaminos que esconden poderosos hechizos que solo Kaeth Adú conoce, asegurándome que le gustaría poder verlos algún día.

—Soy la misma persona y te quiero—admito estrechándola entre mis brazos.

—Ni siquiera eres humana y eres un ser de pura maldad—añade apesadumbrada desgarrando mi corazón con sus palabras.

—Nimue, cariño, no sé lo que soy, aunque te puedo asegurar que no soy malvada. Quizá un día lo fui, pero ya no soy esa persona. Al sellar mi magia, he sellado también mis recuerdos y no quiero recuperarlos, me da pánico conocer lo que he hecho en el pasado, prefiero no hacerlo, es mi oportunidad de empezar desde cero—explico intentando que no se aleje de mí.

—Por los dioses, Ana, llevo dos días sin dormir pensando que estabas

muerta, empezaba a enamorarme de ti y ahora eres la hechicera oscura—se inquieta tapándose la boca con una de sus manos y apartando de mí su mirada.

Le aseguro una y otra vez que en el fondo sigo siendo la misma persona de la que se estaba enamorando, la misma Ana que jamás le haría daño. Le suplico con los ojos bañados en lágrimas que me mire, que al menos me dé una oportunidad para demostrarle que es cierto, hasta que por fin sus ojos vuelven a clavarse en los míos.

—La hechicera oscura nunca lloraría, no le teme a nada—exclama intentando esbozar una sonrisa mientras seca las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—La nueva Kaeth Adú no tiene miedo a llorar, no eres más débil si lloras y claro que tengo miedo, estoy aterrorizada de perderte—reconozco entre sollozos.

Nimue muerde su labio inferior y menea la cabeza dejando escapar un pequeño suspiro antes de abrazarme.

—Deberías temer a Arturo y a Merlín, o a Mordred por lo que me cuentas.

—Tengo un plan—le aseguro—antes debo hacerle una visita a Mordred porque creo que los dos queremos lo mismo en estos momentos. Una vez que nos libremos de la amenaza de Arturo y Merlín ganaremos tiempo y necesitaré tu ayuda para recuperar mi poder.

—¿Te...te vas a quedar en este tiempo?—pregunta Nimue esperanzada.

—No pienso separarme de ti por nada del mundo—admito con un guiño de ojo.

—Dime una cosa, ¿por qué has viajado al futuro?

—Ni yo misma lo recuerdo—confieso encogiéndome de hombros—Drarix me ha dicho que estaba en duda entre explorar el inframundo de Lelyal Morifer y viajar al futuro. Supongo que quería ver la magia que había en ese tiempo.

—¿Y cómo es la magia del futuro? ¿Es poderosa?—indaga con brillo en los ojos.



—No existe—respondo negando con la cabeza—ha sido sustituida por la tecnología y la ciencia, aunque muchas de las cosas que pueden lograr con sus avances tecnológicos nos parecerían una magia más poderosa que la de los Primigenii.

Nimue sacude la cabeza sin querer contemplar la posibilidad de un mundo sin magia y, sonriendo, me empuja sobre la cama colocándose sobre mí. Al sentir el roce de sus labios en los míos dejo escapar un gemido apagado, mis sentidos están ahora tan agudizados que una simple caricia de sus cálidas manos logra que me excite hasta niveles que nunca creí posibles y sus dedos entre mis piernas me llevan al clímax sin esfuerzo alguno.

## Capítulo 21

### KAETH ADÚ

Por mucho que desee quedarme entre los brazos de Nimue, debo solucionar mis diferencias con Mordred lo antes posible, antes de que la situación se vuelva en mi contra, solo espero que el plan urdido en las ruinas de Myd funcione y salga viva de esto. Soy muy consciente de que ahora mismo no soy rival para alguien con el poder del Primigenius.

—Debo hablar con Mordred antes de que sea demasiado tarde, el tiempo apremia—admito peinando los cabellos de Nimue entre mis dedos.

—Voy contigo—afirma decidida.

—Es muy peligroso, tengo un plan, pero no sé si va a funcionar y ya conoces su enorme poder, en estos momentos nada podríamos hacer contra él —confieso intentando convencerla para que se quede en sus aposentos.

—Donde tú vayas, iré yo, no le temo a la muerte—añade la joven hechicera mientras se viste y esconde una daga entre su ropa como si pudiese servir de algo contra nuestro rival.

Cierro los ojos e inspiro una gran cantidad de aire para a continuación soltarlo muy lentamente mientras pondero en mi cabeza los peligros de lo que estamos a punto de hacer. Si mi plan no funciona, no estoy segura de si Mordred me mataría, posiblemente sí, aunque desconozco si tenemos algún código de conducta que nos impide asesinar a los de nuestra raza, quizá por eso yo nunca me he deshecho de ellos. De lo que sí estoy segura es de que no dudaría en hacer daño a Nimue, y si eso ocurre no me lo perdonaría jamás.

Caminamos por los pasillos de piedra con paso decidido hacia los aposentos del Primigenius en el ala donde se aloja la familia real. Casi todo el bullicio se centra ahora en los patios de armas interiores, en los almacenes y en las almenas donde los hombres del rey Constantino intentan montar un sistema defensivo a toda prisa ante el inminente asedio que sufriremos a manos de Arturo y las tribus celtas ayudados por Merlín.

Siento el corazón de Nimue acelerarse en cuanto nos detenemos frente a la puerta que conduce a los aposentos del Primigenius donde dos guardias armados nos detienen hasta que Mordred ordena que nos permitan la entrada

antes incluso de que pidamos hablar con él.

De manera instintiva, Nimue lleva una mano temblorosa hasta la empuñadura de la daga que porta con ella, con el corazón acelerado y su respiración entrecortada.

—Dile que no haga ninguna tontería—ordena con tranquilidad el Primigenius dirigiéndose a mí mientras se acaricia la barba.

Desde donde nos encontramos, a aproximadamente tres o cuatro metros de él, puedo percibir la energía mágica que desprende. Mordred me observa extrañado, sin duda percibiendo el cambio que he experimentado y frunce el ceño antes de empezar a hablar.

—Veo que te has desecho de unos cuantos sellos, no pensaba que podrías hacerlo tú misma sin ayuda—admite extrañado sin dejar de acariciarse la larga barba.

—Ya ves que sí y además no ha dolido nada—añado en tono irónico.

—Supongo que tienes un montón de preguntas, y quizá sea el momento de contestarlas—reconoce Mordred asintiendo con la cabeza—. Antes de nada, quisiera que sepas que los hombres que envié en tu persecución no pretendían hacerte daño, sino solamente detenerte antes de que te adentraras en las ruinas de Myd.

Abro la boca para empezar a preguntar las muchas dudas que tengo o para protestar por su persecución, pero antes de que pueda hacerlo, el Primigenius toma de nuevo la palabra adelantándose a mí.

—Imagino que a estas alturas ya sabes que no eres una tal Ana que ha llegado desde el futuro por casualidad, sino Kaeth Adú, la hechicera oscura, aunque sí parece haber llegado del futuro. Desconozco lo que hacías allí y no sé si te acuerdas de ello, pero eso es algo para discutir más adelante, ahora tenemos otros asuntos que nos ocupan—apunta antes de continuar—. *¿Raciardok ro Ramsio Omsesio?* (¿Recuerdas la Lengua Antigua?

—*Mí, raciardu ro Ramsio Omsesio varu dakau robror am ro Ramsio Cukúm voro pia Nimue muk amseamdo*—respondo seria. (Sí, recuerdo la Lengua Antigua pero deseo hablar en la Lengua Común para que Nimue nos entienda).

Mordred deja escapar una mueca de sorpresa y asiente con la cabeza haciendo un gesto con la mano para que prosigamos nuestra conversación en la Lengua Común.

—Desconozco por qué has sellado tu poder y olvidado tu pasado—indica

el Primigenius negando con la cabeza en señal de desaprobación—y tampoco sé cuánto poder has recuperado. Veo que bastante, aunque no lo suficiente o te habrías metido en mi cabeza para sacar directamente las respuestas necesarias sin necesidad de preguntarme.

Opto por no contestarle porque yo misma no sé por qué he sellado mi magia y en cuanto a mi poder actual, prefiero que no sepa que ando más bien justita todavía.

—Debemos remontarnos al principio, cuando el mundo era todavía joven. Merlín, tú misma y yo somos los últimos vestigios de la poderosa raza de los Primigenii. Hemos vivido rodeados de magia salvaje y esa energía ha modificado nuestros cuerpos y nuestras mentes, permitiendo también que el tiempo pase de manera diferente por nosotros, mucho más lento. La raza de los hombres se extendió por todo el planeta, perdidos en sus guerras y cegados por su ambición y codicia. La mayor parte de las criaturas mágicas se exiliaron voluntariamente a zonas remotas o crearon mundos fuera del alcance de los hombres donde vivir en paz—explica el Primigenius con voz calmada.

—¿Como el mundo de Lelyal Morifer?—interrumpo con curiosidad.

—Parecido—expone Mordred acariciando su barba—aunque Lelyal Morifer es un mundo prisión para mantener a muchos de los seres malvados que un día poblaron el mundo, como las diferentes razas de demonios, los Alps, las Banshees, los Boggarts que se alimentan de tus miedos y toda esa calaña de bestias que tanto te gustaban y llamaban la atención hace años. Tú misma has abierto un portal a ese mundo ignorando las súplicas tanto de Merlín como mías para que no lo hicieses.

De nuevo, asiento con la cabeza recordando al fiel demonio Drarix al tiempo que me maravillo de lo irresponsable que era mi antigua yo, cuando ejercía todavía de hechicera oscura.

—Con la ausencia de seres mágicos, la magia salvaje se fue debilitando y pienso que es mejor así. Algunos humanos son capaces de canalizar esa magia y eso siempre es peligroso incluso si es a un nivel muy elemental como la joven hechicera aquí presente—establece señalando a Nimue—aunque en la mayor parte de los reinos esa habilidad significa su sentencia de muerte en la hoguera.

—¿Por qué Merlín quiere atacar Camelot ayudando a Arturo?—interrumpo impaciente generando el descontento de Mordred.

—Todo parte de las diferencias de criterio entre nosotros, y veo que no recuerdas gran cosa—admite el mago—. Mi razonamiento fue siempre

utilizar la magia para ayudar a los humanos, aunque cada vez tengo más dudas de que merezcan nuestra ayuda y para ello prefería mantener los focos de energía mágica bajo control. Merlín en cambio, siempre ha buscado acrecentar su poder ayudado de la magia. Tú, por tu parte, te has obsesionado por encontrar los límites de la energía y en tu locura has buscado retos cada vez más arriesgados, hasta el punto de que te habías llegado a convertir en un peligro para el mundo.

Escuchar esas palabras me causa dolor, prefiero desconocer las horribles acciones que habré cometido cuando era la hechicera oscura, porque estoy segura de que he causado mucho más sufrimiento que el propio Merlín con sus ansias de poder. Nimue se da cuenta e instintivamente acaricia la parte baja de mi espalda y dejo escapar un suspiro que provoca una extraña mirada en Mordred, seguramente reconociendo mi punto débil.

—En tu ausencia, Merlín ha decidido agilizar sus planes y aprovechar la ambición de Arturo que siempre ha querido usurpar el trono de Camelot. El primer paso será hacerse con este reino, y después, con la ayuda de Merlín, el ejército de Arturo no tendrá rival. Es por eso por lo que al verte se me vino un plan a la mente que quizá pudiese funcionar—explica el Primigenius arqueando las cejas.

—¿Dónde encajo yo en tu plan?—insisto confusa.

Mordred me informa de que una vez que se dio cuenta de quién era, decidió liberar parte de mi magia para utilizarme simplemente como elemento disuasorio ante el ataque de los ejércitos de Arturo y Merlín. Las tribus celtas huirían aterradas en cuanto descubriesen que la hechicera oscura se encontraba en el castillo; ninguno de ellos me había visto jamás, pero habían escuchado suficientes historias horribles de muerte y destrucción como para saber a lo que se enfrentaban.

Tan solo tenía que mantenerme a una distancia lo suficientemente lejana como para que Merlín percibiera la magia que Mordred había liberado de mi cuerpo, pero que al mismo tiempo no pudiese adivinar mis limitados poderes. De ese modo, Merlín no osaría enfrascarse en un enfrentamiento directo y Arturo se quedaría sin aliados.

—Si te soy sincero, en vista de que eres capaz de recuperar tu poder sin ayuda de nadie, mis planes iniciales se han modificado sustancialmente. Mi

tiempo en este mundo llega a su fin, pueden quedarme dos o tres siglos a lo sumo, mi energía se debilita, soy el más débil de los tres y quiero una vida tranquila el resto de mis días—confiesa el mago con una extraña sonrisa—. Si te entrego a Merlín y me retiro de la defensa de Camelot estoy seguro de que me concederá un reino donde sus habitantes me sirvan hasta que mi luz se apague.

—¡No te lo permitiremos!—chilla Nimue sacando la daga que portaba bajo su túnica.

—No seas tonta, chiquilla. ¿Cómo me lo impediréis? Tú tienes menos magia que una cucaracha y en cuanto a Kaeth Adú, ya no es ni la sombra de la temible hechicera oscura. Que decida Merlín lo que debe hacer contigo—añade el Primigenius encogiéndose de hombros.

Sabía que no me podía fiar de Mordred, no ha tenido reparos en cambiar de planes y de bando y utilizarme como moneda de cambio para su salvación, claro que con mi historial pasado tampoco puedo culparle. Ante la amenaza, respiro hondo y alzo los ojos al cielo suplicando que mi plan funcione.

—*Ti kañuro sa cumquco, Drex*—grito con todas mis fuerzas ante la mirada atónita de Mordred.

—¿Qué has dicho?—pregunta Nimue entre susurros.

—He dicho “tu señora te convoca, Drarix”—susurro yo también ante la tardanza del demonio.

La cara de Mordred empieza a relajarse al ver que Drarix no aparece y esboza un gesto de superioridad que pronto se disipa ante un gran estruendo en el pasillo para a continuación tornarse en pánico al ver a la pesada puerta de la estancia volar por los aires junto a sus dos guardias armados.

—*Me kañuro, Drex aksá opií*—dice una potente voz detrás de nosotras. (Mi señora, Drarix está aquí).

La estampa de la enorme bestia llenando la sala con su presencia es digna de ver. Nimue se esconde detrás de mí temblando al tiempo que Mordred retrocede varios metros y alza sus brazos amenazando con lanzar un hechizo, aunque su rostro refleja el pánico que siente en su interior.

—*Siaso o si bakseo, racrecao ukciro*—chilla el mago dirigiéndose a mí. (Sujeta a tu bestia, hechicera oscura).

—Como ves, las fuerzas están más equilibradas ahora, Mordred—le indico alzando las cejas—quizá quieras reconsiderar tus planes.

—Nimue morirá antes de que el demonio pueda tocarme—amenaza señalando con su largo bastón a Nimue que tiembla hecha un ovillo escondida tras una mesa.

Se me huela la sangre al escuchar su bravata. En estos momentos, a todos nos conviene llegar a un acuerdo lo más amistoso posible. El mago ha detectado con facilidad mi debilidad, quizá la hechicera oscura no hubiese tenido ningún reparo en ordenar a Drarix que acabase con su vida aunque en el proceso Nimue perdiese la suya, pero yo ya no soy esa persona, y por nada de este mundo quiero que le ocurra algo malo.

—Creo que lo mejor es que nadie salga herido de esta sala, Mordred—le indico extendiendo las manos para intentar apaciguarle—. Tu plan inicial es perfectamente válido, y más con la presencia de Drarix en el castillo. Las tribus celtas se batirán en retirada en cuanto nos vean y Merlín desistirá en su empeño, al menos temporalmente, hasta que decida el tamaño real de la amenaza que supongo para él.

El Primigenius baja el bastón y se calma, meditando unos momentos su decisión mientras la respiración profunda y amenazante de Drarix retumba en los muros de la estancia.

—Está bien. Tenemos un trato—exclama el mago asintiendo con la cabeza—seguiremos el plan inicial y roguemos que funcione.

—*Me kañuro daba axeser im qímciru kásecu*—aconseja la bestia con su voz profunda. (Mi señora debe exigir un vínculo mágico).

Tras escuchar las palabras del demonio, vuelve a mi mente la utilidad de los vínculos mágicos, una especie de pacto irrompible que impediría que Mordred me traicionase y agradezco que Drarix tenga la cordura de recordar ese tipo de cosas.

—*¡Exeiu im qímciru kásecu!*—demando ante la sorpresa de Mordred. (Exijo un vínculo mágico).

El Primigenius acepta a regañadientes el acuerdo irrompible vinculado por magia, a sabiendas de que no tiene otra alternativa. Una confrontación en estos momentos no es buena para ninguno de nosotros, él perdería la vida a manos de la bestia y yo perdería a Nimue.

Su plan inicial, por otro lado, tiene todo el sentido del mundo, quizá no como una solución definitiva, pero si funciona nos permitiría ganar un tiempo precioso mientras pensamos en algo mejor y recupero parte de mi poder.

## Capítulo 22



# NIMUE

Me cuesta entender todo lo que está pasando en estos últimos días. He sido educada para tener una mente lo más abierta posible, esa es la clave para aceptar la energía mágica y lograr hacer uso de ella. Sin embargo, esto supera todas mis expectativas previas.

Si ya era extraño que una persona viajase a través de un portal temporal desde el futuro, enterarme de que la viajera es la mismísima hechicera oscura es demasiado para mí. Ahora que sé la verdad, me cuesta confiar en ella, las crónicas cuentan cosas terribles, pero su mirada parece tan sincera que es capaz de llegar a mi corazón. Quizá sea cierto que sellando su magia ha olvidado quién es; puede que esto suponga poder comenzar desde cero y darle una nueva oportunidad a ella y al reino de Camelot.

Desconozco al principio en qué consiste su idea para detener el asedio al castillo y enfrentarse a Mordred, pero también sé que una confrontación con el Primigenius es muy peligrosa y por mucho que esté aterrada, mi deber es estar a su lado.

Como me temía, las cosas no tardan demasiado en torcerse y el mago amenaza con entregar a Ana a nuestros enemigos a cambio de inmunidad el resto de sus días. Sin la oposición de los demás Primigenii, Arturo y Merlín no tendrán problemas a la hora de hacerse con Camelot, o con cualquier otro reino.

Con la mano temblorosa, amenazo al Primigenius con la daga que escondía bajo la túnica, aun sabiendo que mis posibilidades de éxito son nulas, hasta que se produce un gran estruendo en el pasillo y la puerta de la estancia sale volando por los aires destrozada por una horrible criatura de ojos amarillos.

Nada más verla, me escondo instintivamente tras Ana para a continuación meterme detrás de una mesa en un intento, posiblemente en vano, de quedar fuera de peligro.

La extraña situación en la que nos encontramos es tan tensa que el aire podría cortarse con un cuchillo. La enorme bestia desprende un olor

nauseabundo y parece obedecer a Ana. Frente a ellos, el Primigenius amenaza con matarme si el demonio intenta hacerle algo.

Si el maravilloso plan de la viajera era convocar a un demonio del inframundo de Lelyal Morifer e intentar matar a Mordred creo que no podré confiar nunca más en ella. Está claro que sigue siendo la hechicera oscura, algunas cosas nunca cambian aunque a mí de poco me servirá porque el Primigenius parece más que dispuesto a acabar con mi vida.

Tiemblo hecha un ovillo, esperando que mi muerte llegue en cualquier instante, hasta que los dos Primigenii parecen llegar a un acuerdo que sellan con un vínculo mágico, aunque la enorme bestia me sigue observando curiosa con sus ojos amarillos.

—Nimue, no tienes nada que temer, ven—expone Ana extendiendo su mano.

Me acerco a ella temblando, con el corazón en un puño, palpitando tan fuerte que parece querer salirse de mi pecho, sin saber ya en quién puedo confiar.

—Quizá Drarix podría adoptar otra forma para que Nimue deje de temblar—sugiere Mordred ante mi sorpresa.

—¿Puede hacer eso?—preguntamos Ana y yo con sorpresa casi al unísono. Quizá sea verdad que no recuerda quién es.

Ante mi asombro y, por la cara que ha puesto, también el de la viajera, el enorme demonio se transforma en un dulce niño de cabello rubio y unos ojos verdes preciosos. Sigue oliendo a putrefacción y muerte, pero al menos su aspecto no da tanto miedo.

Ana me mira sonriendo, tratando de acercarse a mí para abrazarme y puedo ver la decepción y la tristeza en su rostro cuando se lo impido.

—Has convocado a un demonio desde el inframundo—balbuceo mordiendo mi labio inferior llena de rabia y negando con la cabeza. No has cambiado en nada, todo era una gran mentira.

—Cariño, lo he hecho para protegerte y Drarix me estaba esperando en las mazmorras del castillo, no viene del inframundo de Lelyal Morifer sino de las ruinas de Myd, es su guardián. Está aquí para ayudarnos—me asegura con los ojos humedecidos.

Instintivamente, me acerco un poco más a ella, observar esos ojos tan azules bañados en lágrimas me ablanda el corazón, y por mucho que sepa que es Kaeth Adú o al menos que lo ha sido, esas lágrimas me indican que sus sentimientos son auténticos. Al verme, Mordred deja escapar un bufido de desprecio y mira hacia el techo de la estancia antes de dirigirse a nosotras.

—*Ne kepiearo kuek da ro kekko rozo, racreparo ukciro*—exclama dirigiéndose a la viajera. (Ni siquiera sois de la misma raza, hechicera oscura).

Se expresa de nuevo en la Lengua Antigua, en la que cuentan que hablaban los seres mágicos que habitaban estas tierras antes de la llegada de los humanos. Soy incapaz de comprenderle, aunque creo que nos ha mencionado y, a juzgar por el gesto de enfado de Ana, no ha debido de decir nada bueno.

—Vamos a dejar los cariñitos para más tarde, ahora necesitamos que vuelva la hechicera oscura y no una adolescente enamorada o estaremos todos muertos—añade el Primigenius golpeando el suelo con su bastón para llamar nuestra atención.

Su rostro es serio y preocupado, su mirada severa. En cierto modo, reconozco que tiene razón; por mucho que me duela, si queremos salir vivos del asedio nuestra única posibilidad es que Ana recupere una versión lo más cercana posible de su antiguo yo, lo suficientemente convincente como para que Merlín considere que sería muy peligroso para su vida seguir adelante con el ataque al castillo.

—¿No tenéis ninguna manera de convencer a Arturo y Merlín de que usurpar la corona de Camelot no es lo correcto?—me aventuro a preguntar con un hilo de voz casi inaudible.

—No—responde rotundo el Primigenius—. El problema es que ambos creen estar haciendo lo correcto y, desde su punto de vista quizá lo sea, al igual que Kaeth Adú, en su locura por explorar los límites de su poder, pensaba que hacía lo correcto abriendo portales al inframundo o al futuro y poniendo en peligro a toda la humanidad.

—¿Crees que Arturo está convencido de que la corona de Camelot le pertenece?—insisto elevando las cejas.

—Sin lugar a dudas. Su mente ha sido envenenada primero por su madre y más tarde por Merlín. Cree firmemente que es el legítimo heredero al trono

de Camelot y no Uther, y no cesará en su intento mientras le quede un ápice de vida. Me temo que alguien desde dentro del castillo le está ayudando también—explica Mordred.

—Entonces, ¿nuestra única opción es que Ana aparezca junto al demonio y les convenza de que es la hechicera oscura con todo su poder?—indago sin acabar de estar convencida de que pueda funcionar.

—Es nuestra única opción y ni siquiera me atrevería a llamarlo un plan. Desconozco el verdadero poder de Merlín en estos momentos, mi esperanza es que las tribus celtas huyan nada más ver a la hechicera oscura, ahora respaldada por una bestia del inframundo. Han escuchado las suficientes leyendas sobre ella y conocen las terribles atrocidades que ha cometido. Sin embargo, Merlín pudo haber aumentado su poder en estos últimos años y tener a todo el ejército de Arturo bajo un hechizo por el que no sientan ningún miedo—explica sin perder la calma el Primigenius.

—¿Eso es posible?—pregunto asustada.

—Lo es, se necesita un gran poder y canalizar una enorme energía para mantenerlo durante un cierto tiempo. Desconozco si Merlín es capaz de lograrlo o no—expone Mordred encogiéndose de hombros.

Los tres nos quedamos pensativos en silencio, ponderando las palabras del mago y buscando alguna solución. Los cuatro, en realidad, porque es el demonio Drarix, ahora convertido en un tierno niño rubio de unos nueve o diez años, quien rompe ese silencio.

—En cualquier caso, nadie osaría retar a la hechicera oscura—replica la bestia siseando con una vocecilla aguda.

—Como ya os había dicho, esa es nuestra esperanza, que Merlín no sea capaz de detectar el verdadero poder que tiene ahora la hechicera oscura que no llega al de un bebé de Primigenii. Merlín es mucho más poderoso de lo que te piensas, demonio—aclara Mordred.

—Si es nuestra única opción, no hay nada más que hablar, debemos seguir con ese plan hasta sus últimas consecuencias—interrumpe Ana en tono autoritario.

—En eso estamos de acuerdo, hechicera oscura—asiente Mordred—pero no soluciona los problemas nada más que a corto plazo. Merlín descubrirá

tarde o temprano el engaño, no sé lo que tardará, pero lo hará. Y queda el pequeño detalle del portal temporal que te has dejado abierto. Cabe la posibilidad de que Merlín haya viajado también al futuro y te haya buscado allí. No digo que sea fácil dado lo bien que has conseguido sellar tu magia, pero es una posibilidad y si lo ha hecho, ahora conocerá que ya no eres demasiado poderosa.

Las palabras del Primigenius pesan como una losa sobre mi pecho, en todo este tiempo no había reparado en el dichoso portal temporal, pero lo que acaba de decir Mordred es cierto, es posible que Merlín haya viajado al futuro y conozca que Ana ha perdido una gran parte de su poder. En cualquier caso, un portal al futuro abierto es un gran peligro, aunque solamente Ana y Merlín tengan el suficiente poder como para utilizarlo, en algún momento habría que ocuparse de él.

Cierro los ojos y dejo escapar lentamente una gran cantidad de aire mientras mi mente valora la situación. Desde luego, si lo pensamos fríamente, estamos algo mejor que hace uno o dos días, donde nos enfrentábamos a una muerte segura. Al menos, ahora tenemos una oportunidad, si bien remota, pero es una oportunidad al fin y al cabo. Nos permite ganar algo de tiempo para buscar nuevas soluciones, aunque el futuro no pinta nada bien para nosotros.

Es la historia de mi vida, parece una broma cruel del destino, ahora que encuentro a una mujer con la que quiero compartir el resto de mis días es la mismísima hechicera oscura y mi propia vida puede no durar mucho.

## Capítulo 23

### KAETH ADÚ

Una vez llegados a un acuerdo con Mordred, le indico al demonio Drarix que regrese a las ruinas de Myd, asegurándome antes de que puedo convocarle desde aquí en caso de necesidad.

Una sensación muy extraña recorre todo mi cuerpo, no siento nada de miedo, como si me creyese capaz de enfrentarme a cualquier cosa, aun sabiendo que no es así. La única excepción es cuando se trata de Nimue. En cuanto Mordred la amenazó al aparecer Drarix intenté mantenerme firme, pero en el fondo estaba temblando, me estaba rompiendo por dentro. Solo de pensar que le puede pasar algo me hace estremecer.

Caminamos en silencio a través de los fríos pasillos de piedra hacia sus aposentos. El castillo entero es un avispero de nerviosismo y actividad frenética, la gente corre ultimando los preparativos ante el inminente asedio. Desde uno de los torreones se pueden divisar las huestes de Arturo que empiezan a posicionarse para el ataque.

—No queda mucho, seguramente será esta misma noche—comenta Nimue en voz baja sacudiendo la cabeza como si quisiera borrar ese pensamiento de su mente.

—Si el plan no funciona quiero que me prometas que huiremos a través del canal que une las mazmorras con las ruinas de Myd— suplico cogiendo sus manos con la mirada clavada en sus ojos repletos de preocupación y dudas.

—No podemos abandonar a esta gente a su suerte, debemos ayudar con la defensa del castillo—replica Nimue con los ojos humedecidos por unas incipientes lágrimas.

—Si atacan el castillo todos estarán más que muertos, no hay razón para añadir dos muertas más a la cuenta—admito bajando la mirada—. Drarix les entretendrá el suficiente tiempo como para que podamos huir, luego pensaremos si permanecemos allí o proseguimos hacia otro lugar.

Nimue asiente con la cabeza apretando mis manos entre las suyas ya sin poder retener las lágrimas por más tiempo.

—He preparado todos los explosivos de fuego eterno que he podido en estos dos últimos días. Casi no he dormido, pero no serán suficientes—reconoce bajando la mirada con el rostro lleno de dolor.

—Nimue, si el castillo cae no será culpa tuya. El ejército que ha conseguido reunir Arturo es sencillamente impresionante, no sé cómo ha logrado aglutinar a todas las tribus celtas en su bando. Nos superan en número por lo menos cinco a uno, y con la ayuda de Merlín es un ejército invencible en la práctica—admito encogiéndome de hombros.

—El castillo de Camelot no ha caído nunca, en ningún asedio—me asegura más para convencerse a sí misma y quitar el miedo que otra cosa.

—Nunca se han enfrentado a un ejército como este—replico negando con la cabeza antes de apoyar mi frente en la suya—ven aquí.

Seco con mis pulgares las lágrimas de impotencia que ruedan por sus mejillas mientras un dolor indescriptible me recorre al escuchar sus sollozos.

—No te abandonaré, si decides quedarte me quedaré contigo, pero eso significaría la muerte de ambas y no le veo ningún sentido. Tenemos mucha vida por delante y una vía de escape si las cosas se tuercen—le aseguro intentando que cambie de opinión.

—¿Estarías dispuesta a quedarte en este tiempo? ¿No volverías a tu hogar?

—Mi tiempo es este, Nimue, y mi hogar está a tu lado—susurro besando sus labios.

—¿Eres consciente de que en el mejor de los casos si permanecemos juntas, suponiendo que Merlín no nos persiga para asesinarnos, yo envejeceré y tú seguirás más o menos igual? Lo que para mí es una vida entera para ti solamente será una pequeña parte de la tuya—reconoce Nimue apesadumbrada.

—No me importa, seguiré a tu lado sea como sea—le aseguro estrechándola entre mis brazos.

Confieso que no había pensado en esa posibilidad, somos dos razas diferentes por las que los años pasan a velocidades muy distintas. Por si fuera poco, la magia ha modificado mi cuerpo alargando mis años de manera artificial y será muy duro ver la vida de Nimue apagarse sin que yo pueda

hacer nada por evitarlo mientras mi cuerpo continúa sin envejecer.

La joven hechicera solloza junto a mi oído, con la cara escondida en mi cuello mientras acaricia mi espalda sin querer separarse. Escucho su corazón acelerado como si estuviese dentro de mi cuerpo al tiempo que rodeo su nuca con una de mis manos para intentar calmarla.

—Lo que me has dicho ha sido muy bonito, Ana. Lo siento, no puedo llamarte por tu nombre real, durante demasiado tiempo me ha provocado terror—se disculpa entre suspiros.

—Soy Ana—le aseguro.

Mientras la abrazo, sus lágrimas humedecen mis mejillas y el vínculo que me une a ella se va haciendo cada vez mayor. No puedo dejar que muera inútilmente en este castillo si nuestro plan no funciona; aun a riesgo de que no me lo perdona jamás, huiré con ella a las ruinas de Myd a la fuerza si hace falta, pero salvaré su vida.

—Si sobrevivimos a esta noche tendrás que enseñarme a usar la magia—reconozco cubriendo su cuello de pequeños besos.

—¿Yo enseñando magia a la mismísima hechicera oscura?

—Alguien me la tendrá que enseñar—reconozco susurrando a su oído.

—Te voy a dar la primera lección—indica separándose de mí ligeramente y observándome—por las crónicas, la hechicera oscura no vestiría así nunca. Siempre ha vestido como un ser siniestro, como alguien que ni siquiera pestañea ante los actos más horribles. Si quieres convencerles de que verdaderamente eres ella tienes que presentarte frente a ellos como si no te importase segar las cincuenta mil vidas de un solo golpe. Siento decírtelo, pero las tribus celtas asocian a la hechicera oscura a la misma imagen del mal. Mordred tiene razón; por mucho que me duela, debes encontrarte con tu antiguo yo. Ahora mismo pareces una delicada cortesana con tus cabellos rubios bien peinados y tu túnica verde.

—¿Cómo debo vestir? Yo no lo recuerdo—pregunto admitiendo la validez de su razonamiento.

—Para empezar de negro, siempre vestías de negro. ¿Recuerdas cuando tu imagen apareció dentro de aquella luz en la biblioteca de libros prohibidos? Cubrías tus ojos con una enorme mancha negra que te daban un



aspecto siniestro y amenazador, tu pelo estaba revuelto y vestías una túnica negra. Seguramente tengas algunas de esas túnicas en las ruinas de Myd—añade con brillo en los ojos.

—¿Quieres acompañarme?

—¿A las ruinas de Myd? Es el lugar más siniestro del planeta—indica con preocupación en el rostro.

—Un poco siniestro sí que es—reconozco recordando la oscuridad y los cientos de cadáveres que la bestia ha dejado en las orillas del lago—. Pero Drarix ya te conoce y vienes conmigo. No te pasará nada.

Para mi sorpresa, Nimue me asegura que le gustaría acompañarme y sobre todo ver la cripta donde guardo todos mis pergaminos con los conjuros que he ido desarrollando a lo largo de cientos o quizá miles de años.

Dicho y hecho, la tomo por la palabra y nos encaminamos hacia las mazmorras del castillo atravesando una serie de pasillos que en estos momentos se encuentran vacíos ya de gente. Bajamos con cautela por la larga escalinata de piedra, teniendo cuidado de no resbalar por la humedad, y en unos minutos nos encontramos frente al canal que nos conducirá a la antigua morada de la hechicera oscura.

—Desde aquí podemos llegar directamente a las ruinas de Myd. Este es el camino que debemos tomar si las cosas no salen como esperamos. Ahora debo llamar a Drarix—añado acariciando el reverso de su mano con mi dedo pulgar.

Nimue asiente con la cabeza, con el corazón desbocado dentro de su pecho en una mezcla entre miedo y curiosidad.

—*Yu sa cumqucu, Droxex. Lo racrecao ukciro sa rroko*—ordeno con voz firme. (Yo te convoco, Drarix. La hechicera oscura te llama).

Transcurren unos minutos en los que no ocurre nada hasta que las ondas en el agua nos indican movimiento y divisamos a la bestia bogando a una velocidad inconcebible hacia nosotras en su bote de remos.

El enorme demonio me saluda con deferencia y observa a Nimue que le mira con los ojos como platos, seguramente meditando si debe volver a convertirse en un niño para no darle miedo o seguir en su forma demoniaca.

—*Lréqomuk o rok riemok da Myd, ar seakvu ovrakeo*—ordeno señalando con la cabeza.

(Llévanos a las ruinas de Myd, el tiempo apremia).

—*Se, me kañuro*—responde la bestia solícita. (Sí, mi señora).

Los fuertes brazos de Drarix nos conducen a toda prisa por los canales oscuros en dirección a mi antigua morada. Por el camino me sorprende de que ahora soy capaz de ver más detalles que cuando recorrí el mismo trayecto en la dirección contraria, lo que seguramente indica que he recuperado un poco más de magia.

El demonio me había indicado que al abrir parte de los sellos que la contenían, más y más magia se iría liberando de manera natural, sin que yo tuviese que hacer nada para lograrlo, pero que en cualquier caso, recuperar mi antiguo poder requeriría de un magnífico esfuerzo tanto en tiempo como en energía.

Nimue se agarra a mi brazo con la preocupación reflejada en su rostro. Ya debe de ser bastante difícil recorrer el trayecto hacia un lugar que siempre ha estado prohibido junto a un enorme demonio sino que, además, seguramente lo está haciendo en la más completa oscuridad, sus ojos incapaces de ver en estas condiciones de luz.

En relativamente poco tiempo, llegamos a la orilla del lago interior de las ruinas de Myd, flanqueado por sus innumerables cadáveres y su olor nauseabundo. Al pisar tierra, observo a Nimue que hace un gesto de asco al percibir el olor putrefacto a descomposición que llena la gruta y se agarra con más fuerza a mi brazo.

—No veo nada—admite caminando con torpeza.

—Es mejor así—le aseguro entre susurros besando su mejilla para infundirle ánimos.

## Capítulo 24

### KAETH ADÚ

Los ojos de Nimue se abren como platos nada más entrar en la cripta en la que mi antiguo yo practicaba la hechicería. Observa con curiosidad los miles de pergaminos con hechizos y conjuros escritos a mano con todo detalle en la Antigua Lengua o se maravilla ante la inmensa colección de frascos y recipientes con todo tipo de compuestos que no sé ni para qué sirven.

—Esto es auténticamente increíble—balbucea recorriendo la estancia con asombro.

—Cuando todo el asunto del asedio se acabe podremos pasar aquí todo el tiempo que tú quieras—le aseguro con una sonrisa—yo tengo mucho que recordar.

—Y yo mucho que aprender—añade entusiasmada como si fuese una niña en una fábrica de golosinas.

—Tenemos que buscar la ropa adecuada—le recuerdo con desgana, aunque lo que de verdad me apetece es practicar junto a ella la magia y explorar todo el material que tenemos a nuestra disposición.

Nimue asiente con la cabeza y ambas recorremos la cripta en busca de las túnicas negras que al parecer utilizaba mi yo pasado en los tiempos en los que era la temible hechicera oscura, o en su defecto algo que inspire el mismo temor.

Para nuestra sorpresa, la gran bestia se aproxima a nosotras y nos indica un baúl donde se guardan algunas de esas túnicas negras, que se han conservado bastante bien a pesar del tiempo que ha transcurrido desde la última vez que me he puesto una.

Agradezco al demonio Drarix su ayuda y huelo la tela, esperando percibir el mismo olor putrefacto que procede del lago. En cambio, me alegro de haber guardado los ropajes con algún tipo de compuesto que no solo los ha mantenido en buen estado, sino limpios y con buen olor.

Nimue se coloca frente a mí y desabrocha con delicadeza los cordones de mi escote y el cinturón de mi vestido para ayudarme a deshacerme de él hasta

que me percato de que la bestia nos mira curiosa con sus dos grandes ojos amarillos clavados en nosotras.

—*Drorex, vur koqur kor kiaro im kukamsu*—solicito al demonio, que inclina la cabeza y sale de la cripta. (Drarix, por favor sal fuera un momento).

La joven hechicera deja escapar una sonrisa al ver a la bestia retirarse y sus ojos vuelven a recuperar ese brillo que logra que me tiemblen las piernas.

Sin romper nuestra mirada en ningún momento, termina de deshacer el nudo de mi vestido liberando mis pechos con una lentitud embriagadora mientras el roce de la tela sobre mis duros pezones logra que se me escape un pequeño gemido.

Nimue mantiene el vestido a la altura de mi cintura, observando mi pecho que se eleva con cada respiración, consciente de que sus ojos están ahora clavados en mis senos. Mordiéndolo su labio inferior con deseo, sacude la cabeza y tira del vestido hacia abajo, dejándome completamente desnuda frente a ella.

—Nunca me he atrevido a preguntártelo, pero siempre tuve curiosidad desde la primera vez que te he visto sin ropa—susurra Nimue acercándose a mí hasta besarme tras el lóbulo de mi oreja—. ¿Tu ausencia de pelo salvo el cabello es algo natural en la raza de los Primigenii?

No puedo evitar que se me escape la risa ante la cara de sorpresa de Nimue que me mira extrañada.

—No, Nimue, que yo sepa somos iguales en casi todos los aspectos. En el futuro es común en las mujeres depilar el vello del cuerpo; en las axilas y las piernas muy común y el del pubis bastante común—le explico colocando las palmas de las manos sobre sus mejillas y besando su frente—. ¿No te gusta?

—Me gusta, era solo curiosidad—admite Nimue con timidez antes de besar mis labios.

Yo no sé qué tiene esta mujer que me vuelve loca cada vez que me besa o me roza. Ese beso consigue hacerme temblar y la energía mágica de este lugar logra que mis sentidos se saturen de tal manera que cuando sus manos llegan a mis pezones estoy literalmente goteando.

Con torpeza, trato de desnudarla, pero mi pericia con este tipo de ropajes es muy limitada y Nimue decide desvestirse ella misma dejando su ropa a los

pies mientras exploramos nuestros cuerpos llenas de deseo.

Sobre una vieja mesa, devoro cada centímetro de la joven hechicera como si fuese lo último que haré en mi vida, ambas gimiendo ajenas a todo, sin importarnos lo que Drarix pueda pensar al otro lado de la estancia.

Con la respiración entrecortada, me tumbo a su lado sobre la mesa, sintiendo el contraste de su cálida piel sobre mis pechos y la fría madera en mi espalda y, sin mediar palabra, nos comemos a besos sabiendo que si las cosas se tuercen esta noche, puede ser la última vez que estemos juntas.

—Debemos volver, Ana—recuerda Nimue con la mirada perdida—. Pronto anochecerá y hay que prepararse para el ataque.

Con su ayuda, me coloco la túnica negra, sorprendentemente cómoda, y mezclamos unos compuestos para obtener una pasta negruzca que Nimue coloca alrededor de mis ojos, desde los pómulos hasta más allá de las cejas y que ayuda a darme un aspecto aterrador.

—En las crónicas, tu antiguo yo portaba en su antebrazo una muñequera de cuero sobre la que se posaba tu enorme cuervo negro, Geazae, que representaba tu sabiduría y anunciaba terribles presagios y destrucción, sembrando el terror cuando se le veía en el cielo—explica la joven hechicera.

—Ni siquiera sé dónde puede estar ese cuervo—me disculpo encogiéndome de hombros—es probable que esté ya muerto, han pasado muchos años.

—No pierdes nada por intentar llamarle cuando estemos en el castillo, o podrías preguntar al demonio, quizá sepa si está vivo. Estoy segura de que a las tribus celtas les temblarán las piernas si lo ven surcar los cielos a su alrededor—asegura Nimue alzando las cejas.

Le sonrío y colocamos una muñequera de cuero en mi antebrazo derecho antes de abandonar las ruinas de Myd, guiados por el demonio en dirección al castillo, conscientes de que esta noche nos jugamos nuestro futuro.

## Capítulo 25

# NIMUE

Pisar la cripta donde la mismísima hechicera oscura ha desarrollado su poderosa magia es una experiencia única. Las ruinas de Myd rebosan una energía que te cala hasta los huesos y maldigo tener que ser tan responsable como para volver a ayudar en la defensa del castillo.

Nada más llegar, Ana le pide a Drarix que se transforme para no asustar a los soldados, bastante miedo tendrán ya ante lo que se avecina, por mucho que hayan sido entrenados para ello. Mordred me ha indicado cómo preparar algo llamado *vuceóm qoraruko* una especie de poción que llena de valor tu corazón y que suministraremos a todos los defensores del castillo justo antes de empezar el ataque para que las armas no tiemblen en sus manos.

El viejo rey Constantino porta una armadura dorada con un fiero león en el casco, solo la había visto una vez con anterioridad y me pareció que le convertía en un blanco demasiado fácil de identificar en la batalla, salvo que su esperanza sea que su hijo Arturo respete su vida.

Uther está más tenso de lo que jamás le había visto y ayuda a sus caballeros a ultimar la defensa del castillo llevando el aceite hirviendo a lugares estratégicos para ser vertida sobre los primeros guerreros celtas que intenten colocar escalas para franquear nuestros muros.

Los soldados tiemblan y se apartan al ver llegar a la hechicera oscura; vestida toda de negro y con sus ojos oscurecidos infunde temor allá donde pisa. Le acompaña su fiel Drarix, en forma de un niño rubio de unos diez años para no causar la inquietud de las tropas hasta que sea el momento de desvelar su presencia.

Desde uno de los torreones se observa a la perfección a lo que nos enfrentamos. El ejército reunido por Arturo para usurpar la corona es sencillamente espectacular, en todas mis lecturas de los libros de historia jamás me he encontrado con una crónica que narrase un ataque con cincuenta mil hombres. No entiendo lo que les ha podido ofrecer porque estoy segura de que ha conseguido reunir a todas las tribus de muchos kilómetros a la redonda, aunque tampoco me extrañaría que hayan venido obligados por Merlín.

El atardecer tiñe el cielo de un rojo que en condiciones normales me

parecería precioso, pero que en estos momentos me produce una congoja que apenas me deja respirar y sin darme cuenta me agarro al brazo de Ana, que coge mi mano y me guiña un ojo intentando calmarme.

—Nada de arrumacos entre vosotras, eso indicaría a Merlín con claridad que la hechicera oscura ya no está ahí dentro—reprocha Mordred señalando a la cabeza de Ana—. Kaeth Adú no tendría ningún reparo en arrancar esas cincuenta mil vidas sin ni siquiera pestañear.

Los tambores de guerra empiezan a sonar junto a los terribles gritos de las tribus celtas al ver aparecer unas enormes estructuras de madera empujadas por trolls de las montañas a las órdenes de Merlín. Jamás había visto a uno, había leído sobre ellos, pero siempre pensé que eran un cuento para asustar a los niños, ahora veo que existen de verdad. Son seres enormes, fácilmente superan los tres metros de altura, una auténtica montaña de músculo.

Pronto entiendo la intención de esas grandes estructuras de madera que empujan los trolls, les ayudarán a salvar sin ningún problema el foso que rodea el castillo para llegar hasta la parte de arriba de las murallas. Se me hiela la sangre al comprender que nuestra primera línea de defensa no servirá de nada, y eso será después de que nos bombardeen las siete grandes catapultas que traen con ellos.

—Si vas a llamar al cuervo, este sería un buen momento para hacerlo—le indico a Ana con la cara descompuesta por la angustia.

Ella asiente con la cabeza y se aparta un poco para no ser vista todavía por nuestro enemigo antes de extender sus brazos e iniciar un cántico.

—*Geazae, ciarqu da ruk ukciruk oisireuk, ro kañuro ukciro sa cumquco*—grita varias veces cerrando los ojos. (Geazae, cuervo de los oscuros augurios, la señora oscura te convoca).

Se me cae el alma a los pies al no observar ningún ave sobrevolar el cielo, quizá Ana tenga razón y el cuervo esté ya muerto o puede que la energía que desprende Merlín sea tan grande que le resulte imposible acercarse al castillo.

Al cabo de un rato, se escucha un agudo graznido sobre nosotros y un enorme cuervo negro sobrevuela el castillo haciendo círculos hasta que Ana extiende su brazo derecho y se posa sobre la muñequera de cuero.

Creo que la viajera está tan sorprendida como el resto al ver aparecer al gran cuervo Geazae, porque le mira sin saber muy bien qué hacer mientras el ave se alza orgullosa sobre su antebrazo.



Los gritos de los guerreros celtas van en aumento acompañados con el ritmo de los tambores de guerra haciendo que mi angustia crezca hasta el punto de que me cuesta respirar. Sin esperar más, rebusco en un bolsillo de mi vestido y saco un pequeño frasco con la poción *vuceóm qoraruko* que Mordred ha mandado preparar en un intento desesperado de vencer al miedo que me atenaza.

El viejo rey Constantino me observa y con un gesto ordena a sus hombres que hagan lo mismo ante el inminente ataque de las huestes celtas de Arturo. El efecto de la poción es casi inmediato y en apenas unos minutos me encuentro mucho más tranquila.

—¿Quieres un poco?—pregunto a Ana con un hilo de voz.

—No, gracias—responde un poco seca.

—¿No tienes miedo?

—Temo perderte esta noche—confiesa con sus ojos azul translúcido humedecidos por las lágrimas.

Antes de que pueda contestar, de nuevo Mordred nos interrumpe solicitando a Ana que se comporte como la hechicera oscura que es, si es que queremos tener alguna posibilidad de salir vivos de esta noche.

—Suelta al cuervo, quiero ver la reacción de las tribus celtas, pero no te asomes, no deben verte todavía—le ordena en tono autoritario.

—*Viaro Geazae, kubraqiaro ar aiércesu ae qiarqa o kí*—indica Ana levantando el brazo. (Vuela Geazae, sobrevuela el ejército y vuelve a mí).

El negro pájaro sobrevuela las huestes celtas como si fuese un augurio de muerte, provocando un desconcierto inicial hasta que la voz de Merlín retumba como un trueno ordenando a los guerreros que se mantengan firmes en sus puestos.

—Han tomado *vuceóm qoraruko*, lucharán sin miedo hasta la muerte—admite Mordred mientras el cuervo regresa a nosotros y se posa sobre el brazo de Ana.

—¿Qué hacemos ahora?—pregunta el viejo rey Constantino empuñando valiente su gran espada.

Mordred respira hondo, acariciando su larga barba y meditando las palabras antes de contestar.

—Espero que a Merlín le quede algo de sentido común, es el momento de que vean a la hechicera oscura y a la bestia, incluso la poción *vuceóm qoraruko* tiene sus límites—reconoce el mago.

Nada más pronunciar la última palabra Drarix recupera su forma demoniaca causando el sobresalto de los soldados que nos rodean y sitúa su

colosal cuerpo detrás de Ana que se asoma al torreón por primera vez.

La imagen debe de ser terrorífica para las huestes celtas que no solo observan a la terrible hechicera oscura, sino que la ven acompañada de un enorme demonio.

—Os encamináis a una muerte segura—grita Drarix con su voz profunda retumbando en todos los confines del campo de batalla logrando que incluso los enormes trolls de las montañas retrocedan unos pasos.

La terrible visión de la hechicera oscura y su demonio consiguen el propósito deseado y la poción *vuceóm qoraruko* no es suficiente para infundir valor en los guerreros celtas que se retiran ante lo que ellos consideran que será una horrible muerte.

Sin embargo, cuando nuestros soldados ya empiezan a celebrar la victoria, Merlín golpea varias veces el suelo con su bastón y pronuncia oscuros conjuros que consiguen que los guerreros celtas se detengan y vuelvan a la formación entre gritos de ánimo acompasados por el ritmo de los tambores de guerra.

—Su poder ha aumentado, es enorme—reconoce Mordred—ha conseguido un conjuro para que le sigan hasta la muerte. Quizá no lo pueda mantener durante mucho tiempo, pero sí lo suficiente para comprobar si la hechicera oscura tiene aún el suficiente poder para hacerles frente.

Ana se gira hacia mí y su mirada lo dice todo, cierra los ojos y niega con la cabeza indicando que se ha acabado, no nos quedan opciones.

—Si vas a intentar algo tiene que ser ahora—chillo cogiendo sus manos entre las mías y apretándolas sin importarme lo que diga Mordred.

Ana muerde su labio inferior indicando el sufrimiento por el que está pasando al ver que el plan no ha funcionado. Las huestes celtas comandadas por Arturo y Merlín avanzan de manera inexorable hacia el castillo y empiezan a colocar en línea las enormes catapultas en las que los trolls colocan unas piedras de tamaño colosal.

—Intenta algo, por favor—vocifero nerviosa al ver volar el primer proyectil que pasa sobre nuestras cabezas y destroza uno de los torreones.

—No sé qué hacer—confiesa Ana angustiada.

—Haz algo, lo que sea—increpo desesperada con los ojos llenos de lágrimas ante lo que será una muerte segura.

—*Buro émkarmor*—grita Ana haciendo aparecer una bola de fuego.

La bola va creciendo entre sus manos temblorosas sin que parezca poder controlarla mientras ella aprieta los dientes sin saber qué hacer a continuación.

—Drarix, saca a Nimue de aquí, llévala a las ruinas de Myd, no puedo controlar el fuego infernal—ordena la viajera a la bestia que me coge sin esfuerzo sacándome del torreón a pesar de mis patadas y gritos.

## Capítulo 26

### KAETH ADÚ

El cielo se tiñe de rojo como presagio de la sangre que está a punto de derramarse si nuestros planes no funcionan. De camino a uno de los torreones me cruzo con numerosos soldados adivinándose el terror en sus ojos, el viejo rey Constantino ha logrado mantener un período de paz relativamente largo y la mayor parte de ellos nunca ha vivido una batalla.

En el fondo, ni los más veteranos han vivido jamás una batalla como esta. Nimue me asegura que ninguna crónica narra un ejército de cincuenta mil hombres, prácticamente la totalidad de las tribus celtas además de dos centenares de lanceros mercenarios. Y por si eso fuera poco, el propio Merlín liderando el combate junto a Arturo.

Mordred ha mandado preparar una poción llamada *vuceóm qoraruko* para infundir valor a los soldados, que a juzgar por la cara de pánico que ponen al verme, creo que deberían tomar cuanto antes, y eso que Drarix no ha tomado todavía su forma demoniaca y me sigue transformado en lo que parece un tierno niño de cabellos dorados.

No temo a la muerte, he morado en este mundo muchos siglos como la hechicera oscura y, por lo que cuentan de mí, seguramente la merezca, pero observar los ojos de Nimue repletos de miedo es más de lo que puedo soportar pese a los reproches de Mordred.

Decido hacer un primer intento llamando a mi cuervo Geazae, aunque ni siquiera sé si sigue vivo. Desde luego, si es un cuervo normal no puede estarlo, aunque es posible que su cuerpo haya sido modificado con magia alargando su vida. No lo recuerdo al igual que tantas otras cosas.

Tras varios intentos infructuosos, el negro pájaro vuela en círculos sobre nosotros antes de posarse en mi brazo extendido como un augurio de muerte. Mordred solicita que le haga volar sobre las huestes celtas para valorar si ellos también han tomado alguna poción que les haga olvidar el miedo, lo que complicaría mucho nuestros planes. Para nuestra desgracia, cuando el pájaro sobrevuela el ejército enemigo con sus temibles graznidos tan solo ejerce algo de confusión en ellos que es neutralizada por las rápidas órdenes de Merlín para que mantengan la formación.

Respiro hondo varias veces rompiéndome por dentro al observar los ojos bañados en lágrimas de Nimue temiendo las consecuencias del inminente

asedio al castillo y me aparto llevándome a Drarix conmigo para que Mordred no pueda escucharme.

—*Drorex, okesu, ka rok karqedu beam kicruk oñuk. Se miaksruk vromak krocokom sa vaderé pia rraqak o Nimue o im risor kasiru ae korqak ki qedo*—le indico en la Antigua Lengua para que la joven hechicera no entienda lo que digo. (Drarix, amigo, me has servido bien muchos años. Si nuestros planes fracasan te pediré que lleves a Nimue a un lugar seguro y salves su vida).

La terrible bestia me mira confuso, ladeando la cabeza casi con ternura desde su forma de niño humano antes de responder.

—*Me kañuro, ar dabar da Drorex ak vrusasar o ro racrecaro ukciro*—replica el demonio sin estar conforme con la orden que le acabo de dar. (Mi señora, el deber de Drarix es proteger a la hechicera oscura).

—*Yu sa rebaru da sik ubresoceumak, Drorex. Umo qaz pia vumsok o Nimue o korqu arak rebra da qurqar o si searro u kuror am aksa kimdu*—le explico ante su cara de asombro. (Yo te libero de tus obligaciones, Drarix. Una vez que pongas a Nimue a salvo eres libre de volver a tu tierra o morar en este mundo).

El demonio hace una reverencia agradeciendo su libertad y me asegura que si se lo solicito protegerá a Nimue y no se separará de ella hasta que se encuentre totalmente a salvo. Me anuncia también que no volverá al inframundo de Lelyal Morifer, sino que se quedará en este, aunque vivirá apartado en una zona tranquila.

—Es nuestro momento, Drarix—le indico acercándome al borde del torreón para poder ser observada junto a la bestia por las tribus celtas.

Drarix recupera su forma demoniaca y su aspecto es imponente, si esto no funciona difícilmente tendremos una opción de salir vivos porque la visión de la hechicera oscura flanqueada por un demonio de dos metros y medio tendría que ser lo suficientemente aterradora como para infundir el pánico en cualquier guerrero, haya tomado o no una poción para vencer el miedo.

Tal y como esperábamos, las tribus celtas retroceden aterradas rompiendo la formación ante la horrible visión, lo que provoca los vítores de triunfo de nuestras tropas. Sin embargo, Merlín lanza un conjuro que no soy capaz de identificar y los celtas vuelven como mansos corderos a formar filas junto a él y Arturo sin mostrar el más mínimo temor ante nuestras amenazas.

Muerdo mi labio inferior de rabia negando con la cabeza mientras observo a Nimue consciente de que esto se ha acabado, Merlín debe suponer que no represento una amenaza real para él, quizá sabe que he perdido mis poderes y el conjuro que ha formulado ha reforzado la poción haciendo

perder el miedo a sus tropas.

Los gritos de Nimue suplicando con los ojos bañados en lágrimas que intente algo me rompen por dentro hasta el punto de que mis piernas tiemblan.

—*Buro émkarmor*—exclamo en un último intento desesperado invocando una bola de fuego infernal que aparece entre mis manos temblorosas.

La bola crece sin que pueda hacer nada por evitarlo, parece pegada a mí sin poder deshacerme de ella y el terror se apodera de todos los que nos rodean.

—Drarix, saca a Nimue de aquí, llévala a las ruinas de Myd, no puedo controlar el fuego infernal—ordenó apretando los dientes consciente de que nuestro tiempo ha llegado a su fin.

La bestia asiente con la cabeza y me clava sus enormes ojos amarillos con una mirada que inspira tristeza, como queriendo despedirse, consciente de que nunca más nos volveremos a ver y coge sin esfuerzo a Nimue sacándola del torreón a pesar de sus patadas y gritos.

—Por favor, Ana, no me hagas esto, te lo suplico—chilla Nimue con los ojos bañados en lágrimas mientras intenta morder al demonio para que la suelte.

—Te quiero, debo ponerte a salvo—me disculpo rompiéndome por dentro de dolor—. Lo siento, Nimue.

La bola de fuego crece entre mis manos y ya ni soy capaz de controlarla ni me importa. Sé que quedan escasos minutos para que todos seamos consumidos por el fuego que he convocado, soy consciente de que moriremos de la manera más estúpida, sin ni siquiera haber peleado. Al menos será una muerte rápida, solo debo controlarla un poco más de tiempo, el suficiente para que Nimue se ponga a salvo.

—*Siarso ako buro, emkamkoso u muk kosorák o tuduk*—vocifera Mordred entre los gritos del caos que provoca en los soldados nuestra muerte inminente. (Suelta esa bola, insensata, o nos matarás a todos.

Le lanzo una mirada de impotencia, haciéndole entender que soy incapaz de controlarla y que el fuego sigue creciendo, alimentándose de mi energía sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—*Bikco am si emsareur, racivaro o ro racreparo ukciro*—insiste Mordred. (Busca en tu interior,

recupera a la hechicera oscura).

—No...no puedo—balbuceo ya sin fuerzas.

—Piensa en Nimue, si no la sueltas jamás la volverás a ver—grita el Primigenius en un último y desesperado intento.

—¡Nooooo!—grito desde lo más profundo de mi ser al tiempo que observo cómo la gran bola de fuego infernal sale propulsada hacia delante como disparada por un cañón e impacta en una de las torres de asalto haciéndola saltar por los aires junto a cientos de guerreros que se encontraban a su alrededor.

Las huestes celtas rompen la formación aturdidas y aterrorizadas huyendo en todas las direcciones, incluso los trolls de las montañas se dan a la fuga renegando de las órdenes de Merlín que se queda solitario junto a Arturo frente a nosotros.

El mago permanece unos instantes confuso, ponderando en su mente si mi poder es lo suficientemente grande como para hacerle frente hasta que, tras bajar la cabeza a modo de saludo, se da media vuelta y vuelve sobre sus pasos renunciando al asedio.

Desorientada por el enorme esfuerzo, me apoyo sobre una de las almenas del torreón tratando de recuperar el aliento entre los gritos de júbilo de los soldados que apenas pueden creer que hayamos salido vivos sin haber luchado.

En el campo de batalla, solamente Arturo permanece en pie, espada en mano, solitario junto a las llamas todavía ardiendo de la torreta de asedio y los cuerpos inertes y calcinados de los guerreros celtas que tuvieron la mala suerte de encontrarse cerca de ella.

—Nos hemos salvado por los pelos—reconoce Mordred con las manos apoyadas en mis hombros—. Sin embargo, o recuperas a la hechicera oscura o no vivirás mucho tiempo. Merlín ha sufrido un duro revés, pero volverá a intentarlo.

Asiento con la cabeza bajando la mirada, sin ser capaz de recuperarme del sufrimiento que me causa haber asesinado a un centenar de guerreros celtas cuyo único pecado ha sido estar en el sitio equivocado.

—¿Tú qué harás?—le pregunto tras dejar escapar lentamente una gran

cantidad de aire.

—Me marcharé lejos y mantendré un perfil bajo, ahora es un problema entre Merlín y tú, al menos durante un tiempo. Huiré a Aduvan Enaam, mi santuario en el norte, más allá de las montañas nevadas de Daez Enyrrar. En las ruinas de Myd estarás a salvo, es tu santuario, el lugar del que emana tu energía y Merlín no te atacará allí. Recuerda que tu poder sigue dentro de ti y, por mucho que te cueste, debes sacarlo para mantenerte con vida—reconoce despidiéndose.

De pronto, recuerdo a Nimue y a Drarix y corro por los pasillos del castillo hacia las mazmorras suplicando que sigan en las ruinas de Myd o en algún otro lugar en el que el demonio pueda escucharme si le convoco. No soportaría perderla ahora que ambas hemos salido milagrosamente con vida.

Los soldados del viejo rey Constantino me saludan al pasar y se inclinan en señal de deferencia por haber salvado el reino, pero ni siquiera me detengo para escucharlos. Corro con el corazón en un puño y nada más pisar las húmedas escalinatas de piedra de las mazmorras empiezo a gritar con toda la fuerza que puede salir de mis pulmones.

—*Drorex, sa cumqucu, Drorex*—chillo recordando que ya le he liberado y que no tiene la obligación de acudir. (¡Drarix, te convoco, Drarix!)

Me dejo caer de rodillas sobre el suelo de las oscuras mazmorras, llorando lágrimas de impotencia y golpeándolo con el puño al no obtener ninguna respuesta de la bestia, sabiendo que he perdido a Nimue para siempre hasta que unos enormes ojos amarillos se iluminan cerca de mí.

—¿Ana? ¿Estás viva?—pregunta tímidamente Nimue junto al demonio con un susurro de voz apenas inaudible.

Me levanto y corro hacia ella con todas mis fuerzas para estrecharla entre mis brazos sin cesar de llorar ante la mirada de Drarix que nos observa asombrado

—No es propio de la hechicera oscura llorar de esa manera—bromea Nimue.

—En estos momentos soy solamente Ana y temí no volverte a ver—confieso besando sus labios—la hechicera oscura tendrá que volver otro día.

De camino a las ruinas de Myd les explico con torpeza y precipitación lo



que ha ocurrido; cómo en el último instante conseguí lanzar la bola de fuego que a punto estuvo de matarnos a todos, cómo los celtas corrieron en retirada sin obedecer las órdenes de Merlín y cómo el mago decidió retirarse y no arriesgar un encuentro al desconocer mi verdadera fuerza.

—Nos hemos salvado de milagro—admito negando con la cabeza sin poder todavía creerlo.

Omito las últimas palabras de Mordred avisándome de que Merlín irá a por mí en cuanto esté seguro de que no soy rival para él. No quiero preocuparla y ahora es momento de celebración, ya pensaremos más adelante lo que hacemos en el futuro. Quizá haya algún modo de recobrar el poder de la hechicera oscura sin recuperar al mismo tiempo su crueldad; sinceramente lo espero, ojalá pueda mantener la parte humana que hay en mí.

En mi santuario de las ruinas de Myd queda un largo camino de aprendizaje. Drarix ha decidido quedarse un tiempo para ayudarme con la magia y, aunque no sea ningún palacio, tendré a Nimue a mi lado y eso ya es más que suficiente para llenar mi corazón de alegría.

—Fin—

**Si te ha gustado este libro, te pediría que dejes un comentario en Amazon o Goodreads. Es muy importante para que otras personas puedan encontrarlo y para una autora significa mucho.**

**Un millón de gracias por leerme.**

# Diccionario Lengua Antigua – Lengua Común

Lengua Común Lengua Antigua

# A

o

acerque

ocarpia

al

or

antigua

omsesio

apremia

ovrakeo

aquí

opí

augurios

oisireuk

ayuda

oaeido

batalla

bosorro

bestia

bakseo

bola

buro

buen

biam

busca

bikco

Camelot

Cokarus

castillo

cokserru

como

cuku

común

cukúm

convoca

cumquco

convoco

cumqucu

cuervo	ciarqu
de	da
debe	daba
dejado	daiodu
desde	dakda
deseo	dakau
Drarix	Drorex
ejército	aiércesu
el	ar
en	am
encuentras	amciamstrok
es	ak
esa	ako
está	aksá
estás	aksák
este	aksa
exigir	axeser
exijo	exeiu
favor	koqur
fluya	kriaeo
fuera	kiaro

gran	srom
ha	ro
hablar	robror
hechicera	racrearo
insensata	emkamkoso
interior	emsareur
invoca	emquco
la	ro
las	rok
lengua	ramsio
leyendo	raaeamdu
libero	rebaru
libre	rebra
llama	rroko
Llévanos	lréqomuk
los	ruk
lucha	ricro
magia	koseo
mágico	kásecu
matarás	kosórak
mi	me

mí	kí
momento	kukamsu
muertos	kiarsuk
mundo	kimdu
Mundo espiritual	Ardu Hae
nadie	modea
no	mu
nos	muk
o	u
oh	ur
ordenó	urdamó
oscura	ukciro
oscuros	ukciruk
para	voro
pergamino	varsokemu
pero	varu
poder	vudar
por	vur
precisando	vracekomdu
preocupa	vrucivo
que	pia

¿Qué?	¿Quie?
recuerda	raciaro
recuerdo	raciaro
recupera	racivaro
regresado	rasrakodu
ruinas	riemok
sal	kor
se	ka
sellos	carruk
señora	kañuro
servidor	karkedur
si	se
Sí	mí
sido	kedu
sobrevuela	kubrakiaro
suelta	siarso
sujeta	siiaso
sus	kik
te	sa
tiempo	seakvu
todos	tuduk



tu	si
un	im
uno	umu
venas	qamok
vajera	qeoiaro
vínculo	qímciru
vuela	viaro
vuelve	qiarqa
y	ae
yo	aeu

## Mapas



Mapa del reino de Camelot con su castillo y poblados. Al norte, más allá de la cordillera de Daez Enyrrar, habita el pueblo libre de las tribus celtas. Al sureste se encuentran las ruinas prohibidas de Myd custodiadas por la bestia Drarix, de donde nadie ha regresado con vida.

## Otros libros de la autora

No dudes en consultar el resto de mis libros en Amazon <https://www.amazon.es/ClaraAnn-Simons/e/B082J3CPQL?>

Allí encontrarás historias en varios géneros que seguramente te gustarán.

Gracias de nuevo por leerme.